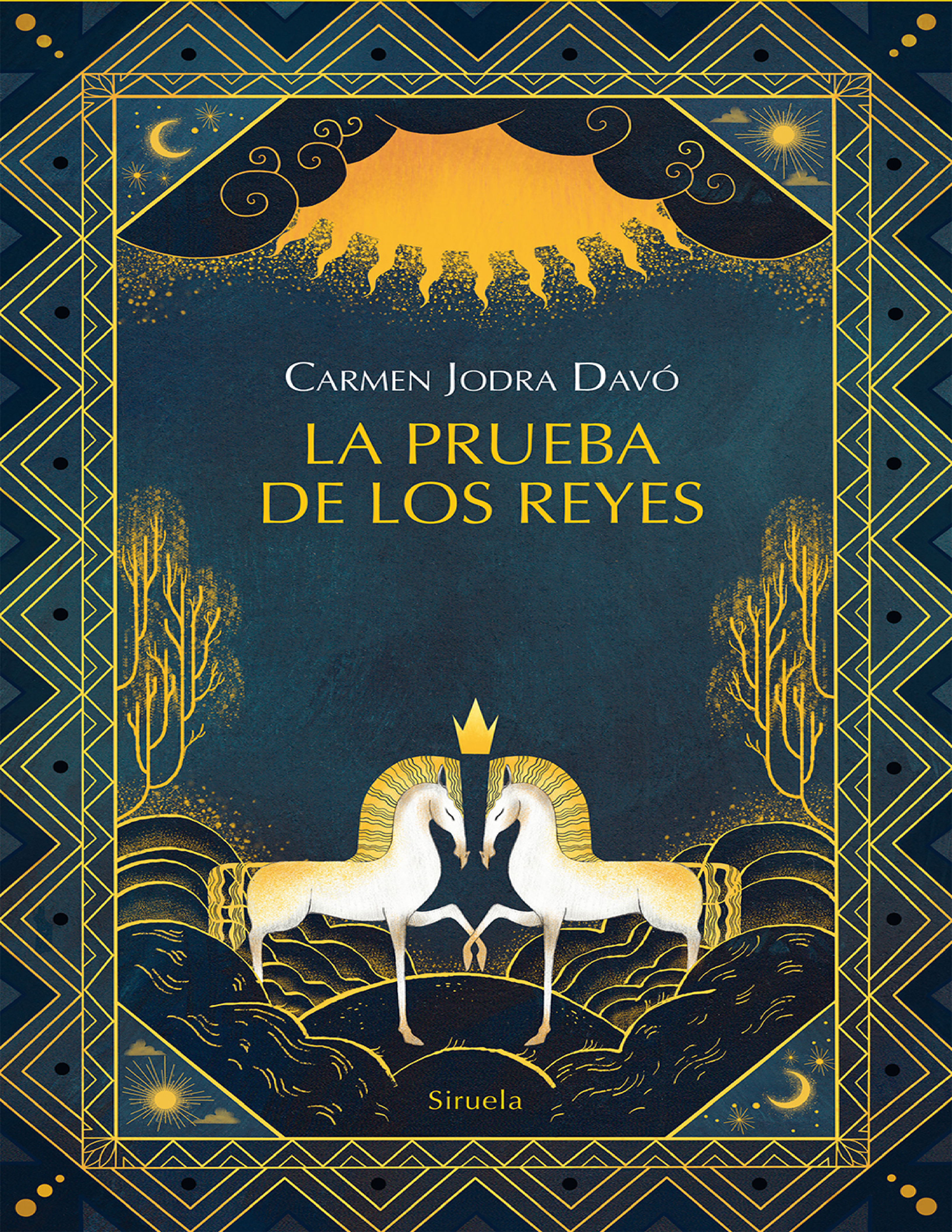
Carmen Jodra Davó
La prueba de los reyes
Siruela

Carmen Jodra Davó

LA PRUEBA DE LOS REYES

Prólogo de Elena Medel

Epílogo de Diego Román Martínez

Siruela

Las Tres Edades

Edición en formato digital: abril de 2024

En cubierta: ilustración © Carolina T. Godina
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Herederos de María del Carmen Jodra Davó, 2024
© Del prólogo, Elena Medel
© Del epílogo, Diego Román Martínez
© Ediciones Siruela, S. A., 2024

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-26-1

Conversión a formato digital: María Belloso

Prólogo
¿Con qué sueñas?

Mira al frente. ¿Qué tienes ante ti? Letras y letras que forman palabras, y palabras que se encadenan hasta las historias: conforme recorras los caminos de este mundo, y el tiempo avance contigo mientras lees, entenderás que la tinta fija sobre el papel los mismos rumbos que los mapas nos enseñan. Porque los libros a veces sirven como refugio cuando nos perdemos, nos muestran hacia dónde orientarnos para alcanzar la meta. También nos permiten los atajos, si la prisa nos gana, e incluso los recodos en los que pararse a tomar aire y descansar. Ríos y montañas en los mapas, colores del color del agua y del color de la tierra, y ciudades señaladas con un punto, y líneas que las unen igual que en el juego al que seguro que has jugado: así sucede en esta historia. Utiliza también si quieres este libro como brújula: aunque nos lleve al sur, sus personajes miran siempre al norte.

Carmen Jodra Davó quiso contarte la historia de Raik y Nosye. Cada uno de ellos inició un viaje desde lugares en los que ni las personas ni las costumbres guardaban nada en común, por motivos también muy alejados, aunque en el fondo sus destinos se parezcan. Raik ansiaba convertirse en el rey de su pueblo, los jinetes cazadores, quienes escogían a su monarca de entre el mejor de los suyos; Nosye heredaría el trono de Anlur, aunque no tuviera muy claro si lo merecía o incluso si lo deseaba. Conocerás a Raik cuando

acabe de cumplir once años, y a Nosye con doce. Quizá sea esa tu edad, justo, o quizá leas este libro un poco antes o mucho más tarde. Si tienes once o doce años, ¿qué sientes cuando miras a las personas mayores que te rodean, que están cerca de ti? ¿Cómo te imaginas cuando tengas su edad? ¿Hay algo que te guste tanto, que disfrutes tanto, que querrías dedicar toda tu vida a hacerlo?

Puede que te lo hayas preguntado alguna vez, o puede que te lo preguntes cuando cierres este libro, y la historia de Raik y Nosye quede ya en tu memoria, y te acompañen para siempre, y al mirar un lago pienses en el Lorentari, y las flores signifiquen paz y belleza para ti. Yo he leído este libro en varias ocasiones, muchas, de maneras distintas y en distintos momentos de mi vida. Lo leí por primera vez poco después de que Carmen lo escribiera, y sonaba de otra manera porque continuó escribiéndolo durante mucho tiempo, como quien disfruta de un momento que nunca quiere que termine. Tenía yo entonces poco más de veinte años, y aunque era algo mayor que los príncipes tristes, seguía descubriendo el mundo con su misma actitud: pensando con fuerza algunas esperanzas, dudando de si los demás dudarían de mí por no cumplirlas.

Ya sabes que la vida cambia: que a tu alegría de hoy quizá mañana la sustituya la tristeza, y que la tristeza se acaba marchando, como a veces la propia alegría. Que todo lo que vives, todo lo que piensas, también todo lo que lees te convierte hoy en otra persona que no es la del día de ayer, la del día siguiente. Raik y Nosye crecían mientras crecía Carmen y mientras crecía yo, mientras crecían las personas que la querían y que conocían este libro. Regresé a esta historia una vez más poco antes de escribir este texto, casi con el doble de la edad de aquella lectura primera. Hacía cuatro años que Carmen había fallecido, y yo —igual que Raik, igual que Nosye— también había viajado al sur queriendo algo parecido a lo que cada uno de

ellos buscaba. Mientras recorría de nuevo estas páginas, tenía la sensación de que las pruebas que superaban —antes de la definitiva de los reyes— se me aparecían también a mí, y debía plantearme qué huella me dejarían, si merecían la pena.

¿No te ocurre que las historias las confundes con espejos? Un libro o una película, una serie, incluso la anécdota o el recuerdo que otra persona te ha contado. Libros como mapas, como brújulas; pero también libros en los que puedes reconocerte. Si te asomas a estas páginas, te devuelven tu imagen: hablan de ti. Puedes sentirte como Raik o puedes sentirte como Nosye: ser ellos. Quizá los dos al mismo tiempo, quizá uno de los dos según lo que sientas un día. Verás que cada uno de los personajes escribe su propia historia: su propio libro. Un capítulo pertenece al libro de Raik, y el siguiente al libro de Nosye, y vuelta a empezar, hasta el desenlace. Sucede así porque son dos personajes a quienes los acerca justo aquello que perciben extraño en el otro; dos personajes así, que se han encontrado y han decidido acompañarse. Leerás que Raik se preguntará por qué se empeñan en viajar juntos, y sin embargo protege a Nosye, y que Nosye jurará no sentir dolor ni soledad cuando Raik se marche, y sin embargo elegirá cubrirse con la manta de piel de oso que le dejó su amigo.

Leyendo esta historia pensaba que la valentía no depende de la fuerza del cuerpo, sino de la del corazón. Que lo que tememos como errores otras personas lo interpretan como aciertos. Que quizá los senderos se recorran más veloces en soledad, pero se disfrutan más en compañía. ¿Qué pensarás tú? ¿Qué sentirás tú? En algún momento ante estas páginas, cuando tú lo decidas, cierra los ojos: imagina los paisajes que describió Carmen, escucha el relincho del caballo y el ruido de la hierba, huele el agua en la madera y el fuego que se aviva. Además de esta historia, y de muchos cuentos,

Carmen escribió poemas; reconocerás versos, los que Nosye ha leído y Raik aprendió en la voz de otras personas, y seguro que la forma en la que suenan las palabras te suena igual que la poesía. Porque para Carmen la poesía tenía que ver con las metáforas y las sílabas, pero sobre todo con la actitud con la que vemos el mundo y decidimos compartirlo.

Mira al frente. No al libro entre tus manos, sino más allá: al horizonte. ¿Qué te espera? ¿Qué quieres que te espere? Seguro que guardas sueños contigo, y seguro también que guardas algún miedo. No temas: Raik, Nosye y Carmen te acompañarán hasta que consigas aquello que deseas.

ELENA MEDEL

LA PRUEBA DE LOS REYES

El libro de Raik
I

Raik acababa de cumplir once años y ya hacía uno que esperaba poder someterse a su iniciación. Se sentía fuerte y preparado, mucho más preparado, en verdad, que ninguno de los jóvenes de su edad, el último de los cuales había regresado hacía apenas un mes, delgado como un junco seco y azul de fiebre, pero con las plumas doradas de un tiarin que le habían valido su admisión en el círculo de adultos. ¿Y él? Él tenía buenas razones para la paciencia.

—Paciencia —le había dicho el druida una noche, cuando se acercaba el plenilunio de diciembre y una exaltación dolorosa se había apoderado de todos los de su año—. Esto será lo que aprendas, y que muchos no aprenden; esto, ya que no otra cosa.

—¿Qué quieres decir? —había preguntado Raik, con un estremecimiento

—No podrás salir a tu iniciación este invierno. Deberás cuidar de tu madre.

Raik inclinó la cabeza. No lloraré, se prometió. No delante del druida. Hacía tiempo que temía esto: desde que su madre cayó enferma. No había nadie más en su pequeña familia. Ellos dos habían cuidado de sí mismos, y ahora le tocaba a él cuidarla a ella.

Y sin embargo llevaba toda su vida preparándose para la iniciación. Había enfrentado su cuerpo delgado y moreno al frío, a la lluvia, a los bosques hostiles; había trabajado y luchado por hacerse más

sabio y más resuelto, más resistente y más hábil que nadie; un día él habría de ser el primero de entre los hombres de su pueblo. Nunca había tenido dudas.

—¿No hay ninguna otra cosa…? ¿No puede ser de otra manera? —preguntó.

—No.

Bajo la mirada del druida, Raik luchó consigo mismo largos momentos, mientras el creciente de la luna avanzaba imperceptiblemente. Cuando volvió a alzarse la hirsuta cabeza, ceñida por una banda de cuero rojo, tenía la mirada brillante de lágrimas, y la voz le temblaba; pero no lloró.

—Muy bien. Yo mismo soy la víctima en el sacrificio. Pero he tomado mi decisión: no dudaré más. A mi madre no le faltará quien la cuide mientras yo viva.

Y no dudó más. De aquello hacía un año; volvía a acercarse el plenilunio de diciembre. Raik cubrió a su madre con una gran manta de parda piel de oso, y avivó el fuego.

—Abrígate bien, madre —le dijo—. El druida anuncia tormenta. Si llueve, hará menos frío.

Se sentó a su lado. Ella, que tenía el largo y lacio cabello negro de su hijo y los mismos ojos vivos y fieros, le acarició la cabeza y preguntó con la suavidad de los enfermos:

—¿Es cierto que se ha helado el río?

—Lo encontramos helado esta mañana. Rompimos el hielo y lo retiramos, y también en los arroyos. Mira.

Una línea enrojecida, reciente, en el dorso de la mano.

—Grandes placas de hielo —explicó. Estaba orgulloso porque había sufrido. Había levantado en vilo láminas cortantes con sus manos

desnudas y sumergido los brazos hasta el codo en el agua helada. Al poco de comenzar el trabajo ya no sentía sus propias manos, sino sólo un dolor que palpitaba en las puntas de sus dedos y se extendía a todo su cuerpo, tensándolo; una sensación tan aguda que ni siquiera se percibía ya como frío. No había sentido el corte hasta más tarde, cuando recuperó el calor.

Pero la madre movió la cabeza, sonriendo:

—Ten cuidado. Ya tienes suficientes cicatrices.

Aquella misma noche estalló la tormenta. Truenos largos y próximos fueron sus embajadores durante un tiempo; después la bóveda se despojó de su carga, y hubo una lluvia gruesa y apretada que caía con ruido, y un retumbar sordo que estremecía la tierra, y relámpagos. Pero lo más pavoroso era el viento. Raik, asomado por un resquicio entre los tapices de lana basta que cubrían la puerta, mirándolo azotar los árboles, desviar la lluvia, y hacer restallar las cuerdas sueltas de los caballos, tuvo la clara impresión de que este viento salvaje lo estaba desafiando a él.

—Apártate de ahí, Raik —ordenó su madre, con una nota de inquietud.

—No —replicó, volviéndose. No podía explicar por qué; quería salir. Habría que recoger los animales, ponerlos a cubierto; alguien debería haber pensado en tapar las jarras de grano.

—Deja que salga —dijo, casi sin darse cuenta.

—No —replicó ella levantando extrañamente la voz.

Se quedó donde estaba, observando y escuchando. El viento era gris e imprevisible, gris y poderoso, como una bestia del bosque, como un lobo cuando se enfurece y nadie está seguro de su vida ante él. Este viento daba más miedo. Una ráfaga golpeó de frente la

puerta del cercado de los caballos y se la llevó por delante. Uno de los animales gritó al recibir el impacto, y los otros se dispersaron en todas direcciones.

Raik se puso en pie de un salto y corrió hacia el exterior. Detrás de él, su madre le ordenó que regresara. No hizo caso. Su voz apenas le alcanzaba.

—Los caballos —se dijo en voz alta, y no se oyó. El viento le bramaba en los oídos, y el remolino arrastraba sus palabras.

Tenía que acercarse a los caballos, y luchó desesperadamente, pero el viento se burlaba de él, le soplaba a los ojos descargas de agua que lo cegaban, y se le enredaba entre las piernas. Su madre volvió a llamar, desde muy lejos, y él quiso gritar: «¿Lo ves, madre? ¡Soy fuerte! ¡No puede conmigo!». Entonces, el viento acometió con redoblada furia, y él quiso afianzarse sobre sus pies, pero no pudo, y entre violentos embates y bramidos fue arrebatado como una hoja, y se estrelló de costado contra una dura pared de adobe. Enseguida se abrió la puerta de la casa y alguien extendió los brazos, lo tomó y lo metió dentro. Estaba herido y ya no pudo seguir luchando, y la tormenta se alejó después de muchas horas, habiendo revuelto el cielo y la tierra y todo el frágil poblado de barro.

Raik fue azotado por haber desobedecido a su madre. Él mismo se presentó ante el druida para recibir el castigo; porque el pueblo de los jinetes cazadores no se dejaba guiar sino por los hombres que hubieran alcanzado la supremacía en todo, y el mejor de entre los mejores era el rey-druida. Recompensas y castigos eran administrados por los druidas, pues sólo de ellos se podía esperar que se los respetara sin temerlos, o que se los temiera sin dejar de amarlos; y eran severos, porque los cazadores vivían dispersos en

una tierra boscosa y abrupta, y necesitaban que sus hombres fueran fuertes y disciplinados si querían seguir existiendo como pueblo. Y también por esto sólo a los que superaban la iniciación se les permitía seguir viviendo entre ellos.

Raik se presentó, pues, ante el druida y dijo:

—Sé lo que he hecho, y sabía a lo que me exponía cuando lo hice, y sé lo que merezco ahora. Pero no hubiera podido dejar de hacerlo, y no estoy arrepentido.

El druida asintió, mirándolo gravemente, y respondió:

—Tú crees tener el poder de tomar en tus manos las cosas que son más grandes que tú. Y las cosas más grandes que tú pueden destruirte.

—Pero yo quiero ese poder —dijo Raik. El druida no dijo nada más.

Raik quería unirse a la partida de jóvenes que salieron a reunir los caballos dispersos por el páramo y los bosques, pero tuvo que quedarse en casa. La herida que se había hecho al golpear la pared le corría a lo largo del brazo; su madre ayudó al druida a frotársela con una mezcla de hierbas y a vendarle. Movía las manos muy despacio, como pájaros agotados, y terminada la cura besó a su hijo en la mejilla, suspirando, y se quedó a su lado. Cuando volvió la partida, Raik salió para saludar a su caballo castaño y se ocupó del heno y del agua limpia, a pesar de la molestia del vendaje.

—Perdóname —le dijo al caballo, que no tenía nombre. Era el caballo de Raik y eso bastaba—. No pude ir a buscarte.

La herida era grande pero superficial, y después de curarla cicatrizó bien. Mas Raik no miraba esta marca con orgullo, como solía. Era la marca de un oscuro fracaso que no habría podido poner en palabras.

A medida que pasaban las noches, el tiempo recrudeció. La víspera del día de la iniciación el frío parecía más intenso que nunca, e incluso Raik compadecía a los jóvenes que habrían de partir a la noche siguiente. Sin embargo, se decía: «¡Ojalá fuera yo uno de ellos!».

Aquella noche volvió a abrigar a su madre con la manta de piel de oso y, peinando su cabello en dos crenchas, se lo arregló en largas trenzas oscuras.

—Te estoy muy agradecida —dijo su madre, tan bajo que su susurro apenas se distinguió del crepitar de las llamas.

—No digas que estás agradecida —suplicó Raik—. Dime que estás orgullosa.

—Estoy muy orgullosa de ti, Raik.

Él se arrodilló a su lado y recibió su caricia, como una bendición.

En la misma noche se apagó suavemente. Raik la veló hasta el amanecer, besó su frente, que se había vuelto muy blanca, y su cara plácida, y susurró:

—Gracias, madre. Ahora soy libre.

Al siguiente crepúsculo se presentó en el campo junto a las puertas del poblado. Once jóvenes aguardaban en pie la salida de la luna llena. El druida entonaba salmodias, el cántico subía y bajaba como los sonidos de la noche. Los jóvenes temblaban: hacía mucho frío. Raik avanzó hasta el centro del campo.

—Mientras estos jóvenes —dijo— eran ungidos de aceite y encomendados a los dioses protectores, durante la mañana y todo el día de hoy, yo cargaba a mi madre a lomos de mi caballo. En el bosque, bajo los altos troncos grises le di sepultura, porque es bueno que los muertos vuelvan a la tierra que los alimentó, y que

alimenten la tierra que nos alimenta. Soy libre ahora. —Y volviéndose hacia el druida, que había callado, añadió—: ¿Se me negará el derecho a cumplir mi iniciación?

El silencio era absoluto. El pueblo reunido en la asamblea de la despedida miró al muchacho con asombro.

—Raik —dijo el druida—. Tienes coraje, y has cumplido hasta el fin tus deberes de hijo y de hombre. Los dioses protectores estarán contigo, aunque no hayas orado hoy ante sus altares, y contigo irá también el espíritu de la madre feliz que te engendró. Ve, y haz lo que tengas que hacer, y vuelve a nosotros.

Raik se inclinó profundamente ante él y marchó a ocupar su puesto junto a los jóvenes. El druida concluyó su oración: un murmullo ininteligible en la lengua de los antiguos padres. Salió la luna: perfecta y helada, asomó por los montes del este; y los jóvenes montaron sus caballos. Estremecidos, pero erguidos en toda su altura y con rostros impasibles, sus padres y madres se unieron al canto del druida, que, confundido con el estruendo del galope, acompañó a los jinetes hasta que salieron del valle. La lengua era la misma antigua lengua sagrada, y las palabras habían dejado de ser comprensibles, aun para los druidas mismos, mucho tiempo atrás. Pero el sonido era dulce y grave, y confortó sus corazones, y Raik, galopando en la noche luminosa, lloró como no había llorado por la mañana.

El libro de Nosye
I

Se separaron a la salida del valle, sin palabras, aunque algunos de ellos eran grandes amigos y se habían criado juntos. Pero no era tiempo de preocuparse sino cada cual de sí mismo, pues emprendían el más absoluto de los viajes, del que acaso no volvieran, o acaso sólo para partir de nuevo y para siempre; y habían de hacerlo por su cuenta, con la única compañía de sus caballos y de las armas que pudieran llevar. Algunos espolearon hacia el sur para tomar el gran camino de los viajeros; algunos doblaron hacia el este, como dirigiéndose directamente a las tierras de las fábulas; algunos se internaron en los espesos pero bien conocidos bosques occidentales.

Raik, que había soñado tan largamente con este instante, tenía su decisión tomada, y si decidió sopesarla todavía, lo hizo sin aflojar el paso de su caballo.

—Al sur… Cuentan que la vida es allí fácil y pacífica. Sobre el oriente hay canciones que hablan de las riquezas, de los animales bellos y desconocidos. Al oeste nuestros propios dominios se nos oponen con sus ejércitos de osos y de lobos. Pero yo debo tomar el camino más difícil. He de ir al norte y medirme con el frío y con las tierras y los hombres de los que nada sabemos, y con reinos más antiguos que el nuestro.

Y así, inició la ruta que se abría bajo la estrella del norte, a través del brezal, sin calzada ni camino alguno que hiciera más fácil el

avance. Eran los primeros pasos del viaje que había esperado siempre, y aún tenía lágrimas en las mejillas y una extraña paz, llena de expectación, en el lugar de su alma donde habían llegado las miradas de los suyos, a la vez duras y cálidas, y el canto del druida. Temblaba por el frío y la tensión de los nervios. Viajaría toda la noche, como era tradicional, y todo el día siguiente hasta el atardecer; y sintió un furioso amor por su pueblo y por la aspereza de su vida y sus costumbres, por cómo habían dispuesto que esta primera noche del gran viaje fuera tan suya e infinita, helada y vacía y larga como sólo son las noches de diciembre, para permitirle pensar en lo que estaba viviendo, y darse cuenta de lo que ocurría en el momento en que ocurría. Y espoleó el caballo y se entregó a la embriaguez de cabalgar a galope tendido en medio de la noche, cortando el páramo, despreciando el peligro de una caída. El mundo era suyo, y tenía mucho tiempo. Era diciembre, un comienzo y un fin.

Hacia la madrugada hubo un par de ocasiones en que se descubrió pensando en su madre y en la tierra que había removido con sus propias manos para que ella descansara allí. En otros momentos no pensaba en nada, sólo sentía, sin prestar atención, la regularidad de los movimientos del caballo y de los suyos en él, esa técnica que conocía desde siempre y que por eso le resultaba tranquilizadora. Y después se asombraba de no estar prestando toda su atención al hecho de que se encontraba, por fin, en la misión que había esperado siempre: ahora, ya, en este instante.

Pero a la vez todavía no había comenzado, y por el momento no podía hacer nada más que viajar y moverse, y alejarse del lugar que lo había protegido hasta entonces. Estaba cansado después de haber trabajado todo el día en la despedida y el duelo, y a pesar de la tensa felicidad, de la exaltación, sentía un poco de desconcierto,

porque después de todo no había nada diferente en aquella cabalgada en mitad de la noche, nada que no hubiera hecho antes. El galope tendido bajo la luna, el frío en el rostro y el olor de la tierra, por todo eso ya había pasado otras veces, cuando se adiestraba en el manejo del caballo y se desafiaba a sí mismo a pasar noches en blanco; como si toda su vida, desde muy pequeño, hubiera sido un largo camino hacia la excelencia, y la prueba a la que ahora se enfrentaba no fuese sino la culminación de algo emprendido hacía mucho tiempo: una larga promesa iba a cumplirse. Comprendió que así era y, sin embargo, muy muy atrás, alentaba una sombra de miedo, escondida, de no estar a la altura; de no ser lo que él mismo —no ningún otro, sino él mismo— había pensado siempre que era y que sería.

No quiso mirar aquella sombra. Volvió a espolear y se abandonó a la velocidad y al viento helado, que le levantaba a él los cabellos y al animal las crines; y alternaron el galope y un trote fácil hasta el amanecer. Raik se detuvo para contemplar el sol en su nacimiento: era el primer día de su iniciación. Dejó descansar un rato al caballo, que exhalaba vapor por todo el cuerpo; pero enseguida siguieron viaje, siempre hacia el norte, y estaban agotados cuando, mediada la tarde, el sol se puso por fin y Raik consideró que podía concederse unas horas de sueño. En la cañada de un cauce de agua, ahora seca y polvorienta, desembridó el caballo y lo dejó pastar, y se acurrucó envuelto en una manta de piel, cerca del fuego que encendió para protegerse de las fieras.

Despertó en la hora del amanecer, como llevaba haciendo toda su vida, y salió del círculo, pisando los rescoldos. Había diminutas gotas de humedad sobre la ceniza, de una suavidad perlada. Se inclinó

sobre la hierba y frotó su cara con la escarcha. De rodillas, quedó inmóvil un momento y murmuró:

—Protégeme, madre; y padre noble y bravo, y druida y rey-druida, que guías a mi raza, y dioses buenos; protegedme en este día.

Se incorporó sintiéndose singularmente ligero y animado. Nunca se desanimaba, pues no se lo permitía a sí mismo, y trabajaba para mantener la tensión laboriosa de su voluntad, y para estar dispuesto a acometer cualquier esfuerzo, en cualquier momento. Pero ahora sentía que una rara alegría había reemplazado a la tensión; y era una alegría igualmente capaz de todo, pero menos adusta y más humana que la rígida disciplina de espíritu que le habían enseñado. Comió algo, y bebió un largo trago de agua de su cantimplora, y partió hacia el norte, con el sol a su derecha.

No tenía prisa. Todo un año de tiempo se extendía ante él, hasta el próximo plenilunio de diciembre, si precisaba de tanto; pero él sabía que volvería muy pronto, con la primavera, con la tibieza y las yemas nuevas en los árboles. Llegaría antes que ninguno de los otros y se presentaría ante el druida, que tocaría el cuerno, y su gente se congregaría, admirada, y los niños lo mirarían con una atención devota. «¿Qué has hecho, joven Raik, para que te recibamos entre nosotros?», pronunciaría el druida repitiendo la fórmula ritual. Y entonces él proclamaría su gran hazaña.

Lo que proclamaría no lo sabía aún. Pero sabía que sería motivo de asombro y alabanza, y eso le bastaba. Sabía esto con certeza y no sólo por su infatigable ambición; lo había visto en un sueño. En el sueño aparecía él mismo y aparecía el druida, y este decía: «Joven, has superado las pruebas que tenías que superar, y la fuerza que puede regir el mundo está en tus ojos, y te acompañará hasta el fin de tu vida. Crece entre los tuyos en poder y en nobleza, y yo auguro que un día serás un gran rey».

Estas habían sido las palabras de su sueño, que recordaba cada vez que se veía tentado por la fatiga o el desaliento; y se estremecía al recordarlas. Un gran rey… Un rey como los cazadores no lo tenían desde hacía siglos, que extendería su nombre y su fama hasta más allá del mar. Se le había dicho en un sueño, y los sueños no mienten.

Sin prisa, con la suave alegría que le habían enviado los dioses, y recordando la profecía de su futura gloria, caminaba agradablemente descuidado por el lecho de la cañada, llevando al caballo de la brida. Era un camino cómodo, y casi sin darse cuenta empezó a cantar: una canción antigua, en la lengua común.

Quién me diera haber visto los reyes
y los reinos del tiempo de Ikol,
cuando se celebró el Gran Concilio,
en las tierras de Esmar bajo el sol.

Muchas hojas de espadas valientes,
muchas lanzas se vieron brillar
y panoplias de armas temibles,
bajo el sol en las tierras de Esmar.

Allí mantos de púrpura y seda,
allí joyas de grande valor,
bronce y plata se vieron entonces,
y oro de inapagable fulgor.

Y allí reyes cual nunca hubo otros,
comparables en fuerza y poder
a las altas montañas eternas,

se sentaron juntos a comer.

Allí Nydoe estaba el primero,
alto rey en el reino de Anlur,
junto a los manantiales del Lorsi,
muchas millas al norte y al sur.

Allí Esmar, el rey nómada sabio,
que al Concilio sus tierras prestó
y al morir con gran fama dijera:
«Quien me siga sea un rey como yo».

Allí la bella reina sureña,
Dimi Bátamir, Rosa-del-Mar,
y su pueblo hecho de muchos pueblos,
que llegaron cantando un cantar.

Y allí, luz para los cazadores,
alto y bello, prudente y sagaz,
más valioso que toda medida,
Ikol rey ha firmado la paz.

Y hubo paz duradera y concordia
en los jóvenes tiempos de Ikol.
Viera yo a mi gran rey y a los reyes
en las tierras de Esmar bajo el sol.

—*Allí Nydoe estaba el primero* —recomenzó, exaltado por la visión de las glorias de antaño, pero fue interrumpido por una voz dulce:

—¿Dónde has leído eso?

Su primera reacción fue volverse, sobresaltado, pues no había visto señales de hombre ni de animal cuando despertó por la mañana, y nada vio tampoco ahora. No había en torno a él grandes árboles donde ocultarse, y entonces comprendió, y alzó la vista a los bordes de la cañada.

Allí, en lo alto de la pared del este, medio oculto a sus ojos por el terraplén, se asomaba inclinándose un muchacho tal vez de su edad. Se interponía entre Raik y el sol, y en torno a su cuerpo la luz rebosaba en un nimbo blanco sobre el cielo azul, y él se recortaba en ese resplandor como un troquel oscuro. Entonces hizo un movimiento brusco, y el sol directo deslumbró a Raik.

—¿Dónde has leído esa canción? —repitió el muchachito con la misma dulzura.

Protegiéndose los ojos con la mano, Raik lo observó con desconfianza. Tenía el largo cabello, rubio y rizoso, recogido sobre la nuca, y un broche que le sujetaba el manto sobre el hombro izquierdo, emitiendo resplandores a la luz, y ojos azules que convencieron inmediatamente a Raik, quien por primera vez en su vida veía unos ojos azules, de que si este encuentro conllevaba riesgos para alguien, era para aquel muchacho y no para él. Dijo, todavía mirando hacia arriba:

—Me han enseñado a responder cuando se me pregunta, pero no sé qué es leer. El rubio desconocido se acuclilló al borde de la pared.

—¿No sabes leer ni escribir?

Hablaba con fluidez la lengua común, con mayor fluidez, reconoció Raik, que él y los suyos; de modo que aventuró:

—Acaso sepa hacerlo, si es que se trata de hacer algo, y no conozca las palabras. No entiendo nada de lo que dices.

El muchacho volvió a ponerse en pie, mirándolo con una especie de curiosidad que no le gustó a Raik, y de pronto descendió la

pendiente, resbalando. Raik retrocedió, pero él no pareció darse cuenta.

—Esto es escribir —dijo. Y se agachó y trazó varias líneas y signos con una piedra sobre el fondo arenoso de la cañada.

—No hay nombre para eso en mi lengua —dijo Raik, que se había olvidado del recelo porque sentía genuina curiosidad—. Pero he oído hablar de ello, sé que otros pueblos lo hacen. ¿De verdad hay palabras en esos signos?

El muchachito rubio lo miraba con una expresión indefinible, que iba y volvía de la confianza a la extrañeza.

—Sí.

—¿Cuáles? —insistió Raik.

—«¿Cómo te llamas?». Eso es lo que he escrito. ¿Me dirás cómo aprendiste esa canción? Yo no la conocía. No está en nuestros libros.

—Mi pueblo la canta desde antiguo —dijo Raik, que no sabía lo que eran *libros*—. Y me llamo Raik, de los jinetes cazadores —añadió con repentina seriedad.

El otro lo miró despacio, adoptando un aire más grave aún. Un gran cambio se había operado, y su actitud era casi majestuosa cuando dijo lentamente y como con música:

—Yo soy Nosye, príncipe hijo de Noar, de la Casa de Nydoe, rey de Anlur en las tierras del manantial del Lorsi, al norte y al sur, durante muchas millas.

Raik lo miró petrificado, asustado como si los grandes reyes de la canción hubieran salido directamente del otro lado de las leyendas para venir a posarse allí ante él, de nuevo vivos y presentes y proyectando sombra ante el sol como en otro tiempo, y se preguntó si no debía doblar una rodilla y besarle la mano a este joven príncipe descendiente de Nydoe. Pero se recuperó pronto, y dejando a su fiera alma que decidiese, decidió decir:

—Yo también seré un día rey: un gran rey como los grandes reyes de antaño, y resurgirá la gloria de entonces.

—¿Eres, pues, príncipe de tu pueblo? —preguntó Nosye. Pero Raik, prevenido esta vez y sin azorarse, respondió con orgullo:

—Entre los míos no es como en los otros pueblos: no es el hijo del rey el que será rey. En mi pueblo son príncipes los mejores de entre los hombres. Y yo voy a ser el mejor de todos.

Nosye lo contempló un rato con fijeza, estudiando también él al desconocido.

Después, inclinándose con gentil gracia, le tomó la mano y la besó.

Por este príncipe del norte, Raik cambió su camino, vencido a sus ruegos, y accedió a acompañarlo al oeste. Nosye pareció no comprender o no creerle cuando Raik le explicó cuanto había que explicar sobre su viaje de iniciación, pero dijo:

—Si es así, y verdaderamente no sabes aún lo que tienes que hacer, y da lo mismo lo que hagas, entonces puedes hacerlo igual en cualquier parte.

Y Raik le dio la razón y partió con él, porque le habían enseñado a prestar ayuda cuando se la pidieran, y porque le gustaron los ojos azules y francos de su recién hallado compañero. Pero él, por su parte, tampoco pudo averiguar gran cosa del motivo del viaje del joven príncipe. Le esperaba, dijo Nosye, un camino largo, incierto y peligroso, del que las millas que llevaba recorridas desde Anlur no eran sino el comienzo; estaba enfermo y sólo encontraría su curación en las aguas del Lorentari, o lago de los poderes celestiales, que Raik reconoció como el que su pueblo llamaba Lago Dorado, y del que en efecto se decía que se hallaba muy lejos al oeste, entre montañas inexploradas, más allá de los dominios occidentales de los cazadores. Nosye no dijo, sin embargo, que los sabios de su corte habían decretado que debía viajar solo, ni tampoco que era la

primera vez que traspasaba los límites del reino de Anlur y que los caminos desconocidos que debía seguir lo aterrorizaban; y cuando Raik quiso saber la naturaleza de su enfermedad —pues no parecía enfermo, sólo menudo y frágil, y sus mejillas tenían color y sus ojos brillo—, él dijo que no hablaría más de aquel tema y se hundió en el silencio.

Viajaron en línea recta hacia el oeste, por tierras aún no muy distintas de las que Raik conocía, para doblar después al sur e internarse en los bosques de los cazadores, y desde allí otra vez al oeste; cuando salieran de los bosques se enfrentarían a parajes desconocidos por ambos. Era una larga ruta, si bien no sabían exactamente dónde hallarían el lago, y avanzaban deprisa. Nosye tenía un hermoso caballo joven, gris y blanco como el invierno, de una raza más esbelta que la que criaban los cazadores. Trotaban durante todo el día, deteniéndose a descansar y a comer en las horas centrales, cuando el frío era menor, y a dormir por la noche. Sentado junto a la hoguera Nosye suspiraba de fatiga y soltaba sus cabellos, que resplandecían a la luz como oro rojizo.

Raik descubrió rápidamente que había muchas cosas útiles y hasta imprescindibles que el príncipe no sabía hacer, como encender fuego, o identificar plantas comestibles, o apretar un buen nudo. Pronto empezó a sentirse guía y responsable de esta expedición que ni siquiera podía considerar suya, y la responsabilidad le pesó como una piedra, enfriando un poco la simpatía aún algo recelosa con que miraba a Nosye. En una ocasión le cogió bruscamente las manos blancas, de largas uñas, entre las suyas atezadas y le reprendió, agitándolas:

—¿No te da vergüenza tener estas manos, como si no hubieran

trabajado nunca? En mi casa no daríamos de comer a alguien que mostrara unas manos así.

A esto siguió una discusión y un resentimiento, porque Nosye tenía doce años y aún no había participado en ninguna cacería de osos, cosa que Raik apenas podía creer, y el príncipe se defendió y su defensa era un ataque a su vez, porque Raik tenía once y aún no había leído ningún libro. Y Raik replicó sin dudarlo: «He leído exactamente los que necesito para vivir», y más tarde dijo también: «No entiendo que estemos viajando juntos».

Pero estaba acostumbrado a dominarse siempre, y cuando se le calmó la irritación, pensó que se había mostrado demasiado duro con un niño cuya educación había sido muy distinta de la que él había recibido en las hoscas tierras de su pueblo. Al amanecer alzó la cabeza y miró la figura tendida junto a las brasas, y levantándose suavemente se acuclilló a su lado. Pero Nosye no dormía, y cuando él intentó disculparse por sus palabras, le interrumpió con una voz que era casi un gemido.

—Tienes razón, y yo no —dijo—, y no he cazado osos, ni he hecho jamás en mi vida nada que tenga algún valor, y no merece la pena que siga arrastrándome entre la tierra y el cielo.

Así habló, y así Raik empezó a saber algo de la enfermedad que aquejaba al príncipe: la melancolía. Parecía dispuesto a dejarse morir de frío o de hambre allí mismo, y casi hubo que cargarlo a hombros para que se levantara y montara a caballo, y no dijo una palabra durante todo el día. A la mañana siguiente pareció más animado, y cuando Raik hizo una broma volvió a reírse, y siguieron viaje casi como antes; pero ahora cabalgaba con ellos una sombra que no podían dejar de ver, aunque no quisieran mirarla. Raik comprendió que aquel frágil norteño moriría con toda probabilidad si tenía que viajar solo, y después de pensarlo durante las horas

calladas de la noche se consagró a protegerlo, movido no por un rígido sentido del deber o de la lealtad, sino por la simple compasión, que nadie le había enseñado.

El carácter del mal de Nosye se le reveló claramente a Raik según iban avanzando hacia el sur; claramente en la medida en que podía revelarse un mal que permanecía velado y misterioso para el mismo Nosye, y que se resistía a dejarse expresar con palabras. En tanto contaba millas y jornadas, entre los árboles oscuros del bosque y las fluctuaciones del ánimo de su amigo, Raik tenía que vigilarse de cerca; pues aun cuando se había propuesto cuidar de él como cuidara de su madre, se veía ganado cada vez más frecuentemente por una impaciencia rabiosa contra el portador de esta enfermedad extraña, que no tenía motivo aparente, que no se transmitía por el aire ni por el alimento ni por contacto físico ni por picadura de planta o animal, que no se manifestaba en síntomas externos, y cuya víctima no parecía hacer nada por luchar contra ella. Al cabo de un par de semanas sus fuerzas se acabaron, y empezó a hablar con una crueldad que le hacía mucho daño a Nosye. Lo increpaba a propósito para herirlo, reprochándole todas las debilidades que le había descubierto durante el viaje, y Nosye apenas se atrevía a responder.

—No sé por qué tienes que tratarme así —se quejaba, con una tristeza que partía el corazón; pero a la vez se consideraba merecedor de aquellos reproches y de aquellos castigos, y entonces no dejaba a Raik modo de disculparse, por más que quisiera.

Esta actitud de ambos los perjudicó enormemente, y Raik en especial sintió el golpe; porque él, que había vivido siempre en el más cuidadoso de los equilibrios, no comprendía ahora por qué sufría esos accesos de furia y, se diría, de auténtica malignidad, que

se apoderaban de su ser convirtiéndolo en algo muy distinto de lo que en verdad era, y de los que se arrepentía inmediatamente. Al término de ellos volvía a consagrarse a Nosye con toda devoción —y su devoción crecía cada día, alimentada por la nobleza y la dulzura del príncipe—, pero el mal estaba hecho, y nunca volvieron a tener la facilidad de trato que hubiera entre ellos al principio. Por primera vez en su vida, Raik no sabía si estaba haciendo lo que tenía que hacer. No había paz dentro de su espíritu mientras recorrían sin tropiezo las selvas, y se preguntaba si no sería mejor abandonar a Nosye, quien, por otra parte, parecía depender más de él cada día que pasaba. Tal vez estaba haciéndole mal, y perjudicando además sus propios intereses. Pero alejarse de él ¿no era entregarlo a una muerte segura?

Estas eran las dudas de Raik, de las que nada decía. Hablaban muy poco ahora, como si hubieran aprendido que esa era la forma de protegerse de sí mismos.

A finales de enero hubo una temporada de tiempo más templado y lluvias intensas, continuas. Raik cabalgaba feliz bajo las cortinas de agua, y Nosye, que en aquellos días estaba tranquilo, disfrutaba también de esta nueva libertad. Se retrasaron mucho ante la necesidad de recogerse muy pronto cada día, por la tarde, para dar tiempo a que el calor del fuego, encendido bajo cualquier precario refugio —una hondonada, una cornisa en la roca—, secara sus ropas antes de que tuvieran que vestirlas de nuevo por la mañana; pero no les importaba avanzar despacio, y de hecho temían el momento de alcanzar la linde de los bosques, pues no tenían idea de lo que les esperaba más allá. En los bordes difusos marcados por los últimos árboles terminaban los dominios de los cazadores, y su

conocimiento del mundo.

Hubo un día en que la lluvia, que había empezado de madrugada como la agradable ducha de costumbre, se volvió tan violenta que resultaba peligroso continuar el camino. Acompañada de grueso granizo, caía sobre los árboles con estruendo, y los viajeros corrieron a refugiarse en un repliegue cubierto por un gran tronco caído, podrido y viejo. Allí, en medio del olor a hongos y humedad, entre el vapor que exhalaban los caballos, Raik abrazó a su amigo como si quisiera protegerlo con sus fuertes manos, y miraron la lluvia. De pronto dijo Raik:

—No te preocupes, porque no voy a ir a ningún sitio sin ti. Nosye se volvió y lo miró asustado, y después replicó:

—¿Por qué has dicho eso? Ahora que lo has dicho, lo harás.

—¿Que lo haré? —repitió Raik, sin comprender—. ¿No acabo de decirte lo contrario? ¿No sabes que los de mi raza no mentimos?

—Hay cosas que cuando se piensan una vez acaban haciéndose, tarde o temprano. ¿Por qué has pensado eso? Yo no te habían preguntado nada. Ahora sólo tengo que esperar.

—Te he dicho que no lo haré —insistió Raik, casi enojado.

La lluvia no cesó en todo el día, de modo que no pudieron salir de su refugio, y allí durmieron. A la mañana llovía aún, y Nosye parecía haber recaído en una de sus crisis de melancolía. Raik, familiarizado ya con sus silencios y pesarosos suspiros, fue a sentarse cerca del rincón donde su compañero se había acurrucado. Volvió a quedarse dormido, y sólo lo despertó el ruido de la tormenta.

—En mi tierra el viento no es así —dijo Nosye, asustado.

Se había levantado a lo largo de la tarde uno de los vientos huracanados frecuentes en las tierras altas de los cazadores: vientos que parecen brotar de debajo del polvo mismo y de las piedras, y soplar a la vez de todas partes. Desde su refugio, los dos muchachos

vieron pasar y perderse en remolinos árboles jóvenes, arrancados de raíz, y aterrorizadas alimañas del bosque, y las aves chillaban, perdido el control de su vuelo. Ante el espectáculo de la destrucción, de la fuerza que nadie había conseguido domar, Raik se sintió enardecido por primera vez en muchos días.

—¿Adónde vas? —le preguntó Nosye con alarma, al verlo ponerse en pie, muy erguido, y desenvainar su largo cuchillo.

—Afuera.

Afuera, eso era todo. Quería salir, no porque necesitase hacerlo, no porque quisiera cazar o recoger algo para comer —aún tenían provisiones de las reservas de Nosye—, ni porque sus ropas estuvieran húmedas desde el día anterior y hubiera pensado que no podían permitirse otra noche sin fuego, aunque la leña que pudiera encontrar estuviese mojada como había estado casi siempre últimamente. Quería salir para enfrentarse al elemento salvaje que era más grande que él, que le desafiaba, el poder contra la osadía. Hacía demasiado tiempo que no hacía nada verdaderamente difícil; llevaba semanas en el viaje que había de convertirlo en adulto y todo se reducía a ese trote ligero, un día detrás de otro, y a la lánguida melancolía del príncipe norteño. Nada grande, nada digno de su exaltación. Pero aquí estaba el viento, la tormenta que le ensordecería si salía de su refugio y alzaba la cabeza contra el vendaval.

—No vayas.

Se volvió con una súbita furia que estaba muy cerca del terror: el miedo a que se le escapara algo inmensamente grande, infinitamente mayor que él mismo. Abrió la boca para decir algo, para hacerle comprender a Nosye lo importante que era esto, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, oyó a su amigo suplicar:

—Por favor. Tengo mucho miedo.

Raik miró en su interior en busca de sus últimas reservas de paciencia, y suavizados con ella sus ojos volvió al lado de Nosye, se arrodilló frente a él y le tomó por los hombros, y con toda la dulzura de que era capaz aseguró:

—No va a pasarte nada. Tú quédate aquí, aquí estás a salvo, y no te preocupes. Yo volveré enseguida. No pasa nada.

Pero a Nosye le temblaban los labios y lo único que dijo fue:

—Por favor.

Y sus ojos eran los ojos más azules del mundo, y Raik miró en ellos y vio la súplica y el miedo y la ternura, y el miedo era insondable como el viento, como la vida y su propio valor, y a Nosye le temblaban los labios rojos, que habían palidecido. De manera que Raik cedió bruscamente, apartándose, y se cubrió la cabeza para no oír el viento, y se sentó con el rostro hacia la tierra para no ver su estrago.

Pero ahora estaba de un humor sombrío a causa de este sacrificio al que se le había obligado y que juzgaba inútil, y Nosye lo supo y se abismó en el sentimiento de culpa y en su secreta desesperación. Y en el anochecer, cuando el viento había amainado y la sombra descendía como un alivio para la tierra, lloró Nosye sin que Raik se moviera de su sitio, sin que le hablara con dulzura ni con dureza, sin que hiciera nada por consolarlo.

Cuando Nosye se durmió, Raik salió y paseó bajo la llovizna, restos y despojos de las descargas de los últimos días, y estuvo pensando en Nosye y en sí mismo. Y pensó que su madre había muerto para liberarlo, y que esa libertad la estaba perdiendo junto a su nuevo compañero. Pensó que no podría cumplir su iniciación si no lo abandonaba. Y en cuanto a Nosye, tendría que aprender a vivir solo, o morir. Tal es —se decía Raik, parpadeando para apartar las

lágrimas— la ley ineludible de la vida. Y si había de morir, que muriese, y así al menos lograría evadirse del sufrimiento sordo e inexplicable en que languidecía. Tal es —se decía, llorando en silencio— la ley de la vida…

Y sólo el afecto lo ataba a Nosye, el afecto extraño y mezclado de rencor, y cruel a veces y doloroso para ambos, doloroso y profundo; el afecto y la compasión, que había que cortar de raíz. Y así Raik, sin volver a entrar en la hondonada donde el frágil príncipe Nosye de Anlur dormía en ese momento, sin despedirse de él ni de sus labios rojos ni de su pelo dorado ni de su broche de ágata, sin recoger tampoco el manto hecho de la piel del oso que él había matado con sus manos, porque temía que si volvía a entrar perdería todo el valor, montó su caballo y partió al galope, luchando con el llanto que lo cegaba. Y mientras galopaba, rogó a sus dioses que permitieran a Nosye llegar al Lago Dorado y curarse. Merced a la sabiduría de su áspera vida, Raik había intuido lo que el príncipe aún no sospechaba: que aquella curación dependía, tanto como de las virtudes de las aguas milagrosas, del hecho mismo de llegar allá, a través de bosques y tierras y pueblos desconocidos. Seguía llorando porque recordaba las palabras que, tan sólo ayer, no había creído que pudieran cumplirse.

El libro de Raik
II

Tardó más de un día en darse cuenta de que cabalgaba hacia el sur, abrumado como estaba por el desgarro y la pena. Miraba sin ver, y no se había preocupado de guiar su caballo, que, dejado a su voluntad, sintió acaso la querencia de regiones más cálidas. Raik tuvo la intención de dar media vuelta y dirigirse al norte, como había decidido y planeado y empezado a hacer, antes del malhadado encuentro que lo llevara a cambiar su camino. Pero de pronto pensó que debía de estar muy cerca de las lindes del bosque, y sintió una intensa curiosidad por ver qué habría más allá. Sólo por eso mantuvo la ruta, prometiéndose que volvería hacia el norte si en un plazo de tres días no advertía ningún cambio.

A la jornada siguiente la espesa vegetación aclaraba ya, y Raik, espoleado por el afán de ver lo que nunca había visto, galopó a través de praderas inacabables, bajo la bóveda de un cielo nublado, el cielo más grande que hubiera conocido en su vida. Descubrió animales nuevos para él, y los cazó y tocó su piel y probó su carne, y, exaltándose, comenzó a olvidar a Nosye y su pena, y continuó hacia el sur. Vio cómo las praderas no se terminaban y se encontró perdido y pequeño en medio de ellas, y aunque no corrió ningún riesgo, aunque no tenía que enfrentarse a grandes fieras en aquella ruta, la emoción de la caza y el aire abierto renovaron su ardor, su alegría. Avanzaba sin esfuerzo, sin sentirlo apenas, pese a quemar

los días en agotadoras cabalgadas. Recordaba las noticias legendarias que sobre el sur tenía su pueblo, y se acrecentaba su curiosidad.

Por eso, la mañana en que divisó en el horizonte —en esa región en que todo era horizonte— el humo que es indicio y señal de la presencia humana, se dijo: «He aquí una gran ciudad». Porque compartía la idea de que el sur era una tierra opulenta, donde los caminantes viajaban cómodamente a través de una red de calzadas comerciales, y donde los mercaderes eran reyes; y sintió una gran emoción y casi inquietud ante la perspectiva de llegar a ver con sus ojos lo que era una ciudad. Imaginaba un gran poblado con edificios monumentales, habitados por tantos hombres y mujeres cuantos podía tener su pueblo entero de los cazadores, y con puertas: altas, gigantescas puertas de bronce tal como él las habría querido para su clan, para defenderlo de los lobos y de los osos. Una ciudad debía ser el lugar más seguro, el lugar más poderoso y rico y mágico y espléndido del mundo.

Con tales pensamientos trotó en aquella dirección sobre su macizo caballo castaño, y su decepción fue grande cuando estuvo lo bastante cerca para descubrir que no era una ciudad, sino un campamento lo que exhalaba el humo blanco que señala y promete la presencia humana. Raik había visto campamentos representados en los tapices de los druidas; en una ocasión el rey-druida había cantado para toda su raza, concentrada en las mesetas centrales, las viejas crónicas de guerras, gloria y larga paz, ante la mirada atenta y maravillada —y también, ya por entonces, voluntariosa y fiera— de Raik, que tenía cinco años y que le había visto señalar, sobre las preciosas telas pintadas o bordadas, a los jefes y los ejércitos que iba nombrando, y caballos y espadas célebres, y sus campamentos, como aquel que ahora estaba en el horizonte. La sedienta curiosidad

se mezclaba a la decepción, y Raik se acercó más, con cautela.

A medida que se aproximaba comprendió que no podía contar con ser bien recibido, de modo que bajó del caballo y avanzó a pie, y después acuclillado, y finalmente arrastrándose sobre su pecho y sus rodillas, cuando se vio ya muy cerca. Tan cerca que podía distinguir claramente a los soldados, que parecían pertenecer a muchos países y a muchas razas distintas: hombres como Raik se había figurado oyendo contar cuentos, algunos muy rubios, y muy brunos otros, con ojos negros o verdes o grises, y de un azul violeta intenso como el cielo del crepúsculo, y azul claro como los de Nosye; enfundados en corazas de cuero o en cotas de malla, y algunos con verdaderas armaduras de metal pulido, impenetrables y resonantes. Podía entender fragmentos de sus conversaciones, en la lengua común, tan cerca estaba; y le vinieron a la cabeza fragmentos de cierta bronca balada guerrera:

… Tenía tantos hombres en orden de batalla
cuantas son las arenas a la orilla del agua.

Y oía sus voces y sus pasos con tanta claridad, aplastándose contra el suelo, que no comprendió que aquellos pasos sonaban realmente demasiado cerca, hasta que fue tarde. Se incorporó a medias y se volvió, y fue alzado en vilo por una mano que lo agarraba férreamente de la túnica.

Atrapado. Maldiciéndose por no haberse mantenido alerta, tenía frente a su cara la cara curtida de un centinela, que se contrajo en una mueca de divertido desprecio y escupió:

—¡Míralo! ¿Para quién espías, pequeña rata?

Raik desenvainó el cuchillo y lo dirigió con toda la fuerza de su brazo contra el hombro del soldado. La hoja golpeó con un ruido

seco, y el hombre lanzó un alarido de furia. Pero el cuchillo no se había clavado. Raik lo miró perplejo, y entonces recibió un tremendo revés que casi lo derribó al suelo. Perdió el cuchillo, que el centinela recogió sin dejar de mantener a su prisionero firmemente sujeto, una mano crispada sobre la túnica de piel de los cazadores. Volvió a mirar a Raik a los ojos con ira mal contenida.

—Bien, pequeño traidor —jadeó—, veremos lo que el amo quiere hacer contigo. Pero no vuelvas a provocarme porque no tendré tanta paciencia —lo amenazaba con su propia arma. Después, volviendo a un lado la cabeza bestial, extrañamente hermosa, gritó:

—Gessa! Kuh mitene, koe redir Théadir!

A esta orden en lengua extraña acudió un segundo hombre, y el centinela se encaminó al interior del campamento, mientras el recién llegado, al ocupar el puesto de vigilancia, lanzaba a Raik una mirada burlona y, no obstante, alerta, entornando los ojos.

Con el muchacho en una mano, como un fardo, y el largo cuchillo en la otra, aquel hombre que debía de medir tres veces lo que él transportó a Raik por el campamento a través de calles rectas, entre pabellones cuyas enseñas ondeaban al débil viento. La curiosidad se había convertido en miedo porque había un peligro de muerte en estar entre estos soldados, como prisionero y bajo sospecha de espía, que era infinitamente mayor que todos los peligros de muerte —no muchos— a los que antes se había enfrentado Raik en las cacerías con los suyos, incluso en la matanza del oso. Y si mantenía el semblante impasible, vanamente trataba de dominar su interno terror, y, en vez de contemplar, como codiciaba, los pabellones y majestuosos estandartes que orillaban el camino, sólo veía la mano que lo había golpeado, cubierta por el guantelete, y bajo las ropas adivinaba la cota de malla que había detenido la hoja del puñal.

Se cruzaron con más hombres, que no les prestaron atención; Raik

percibía su presencia, el rumor de gente ocupada, demasiado asustado para verlos. Llegaron finalmente a una explanada amplia en cuyo centro se alzaba una gran tienda de seda púrpura. Ante la entrada de ella se detuvo el centinela y rudamente dejó a Raik en el suelo, pero lo mantenía aferrado de la túnica, y era impensable escapar. Los dos guardias uniformados de negro que se erguían a ambos lados de la puerta escrutaron a Raik desde la cima de su estatura.

—¿Y esto qué es? —dijo uno de ellos, frunciendo el ceño y los labios en un curioso rictus de severidad.

—Es un espía —respondió su captor en el mismo tono, aunque Raik advertía que lo tomaban muy poco en serio en realidad, y esto era mortificante—. Lo encontré husmeando alrededor del ala norte.

Él se revolvió exasperado, gritó:

—¡No es verdad! —Y un violento zarandeo de su guardián le advirtió de que se estuviera quieto.

—Mira, si sabe hablar —dijo el centinela de la puerta, con una sonrisa de mofa, pero tan sinceramente alegre que parecía casi inocente—. Veamos, ¿no eres un espía, dices?

—¡No! —Raik le clavó su mirada más feroz, aunque tenía que levantar humillantemente los ojos para encontrar los suyos.

—No me extraña —dijo con displicencia el segundo guardia, un poco más viejo—. Yo tampoco me valdría de un espía semejante.

—Y bien —insistió el primero—, ¿por qué estabas entonces en el ala norte?

—Porque yo quería —replicó Raik, desafiante.

—¿Ah, sí? ¿Y qué estabas haciendo?

—Dejadme —gritó, o gimió, sintiéndose zozobrar bajo las burlas y la hostilidad de aquellos hombres fuertes y crueles, y las lágrimas asomaban a sus ojos.

Torpemente, como un niño pequeño, golpeó el brazo que lo tenía sujeto, aun comprendiendo lo inútil, lo pueril que era aquel acto, que levantó una oleada de risas e increpaciones, burla y furia mezcladas. En ese momento se alzó la cortina que daba paso al interior de la tienda y una figura oscura surgió, preguntando:

—¿Qué pasa? ¿Qué es este ruido?

Tenía grises los ojos y la tez muy pálida. Era un hombre como Raik no había visto otro, y ello por una razón soberana: era bello, de una belleza delicada y sombría, como lluvia sobre las praderas, como un mar de plata bajo un cielo plomizo. Por el silencio que inmediatamente se hizo entre sus guardianes y la forma en que inclinaron respetuosamente la cabeza, Raik comprendió que era el jefe.

—¿Qué sucede? —repitió.

—Este muchacho, señor, que he sorprendido rondando el ala norte.

Y el salvaje centinela hablaba ahora con disciplina, con una sumisión no servil, que hizo brotar en Raik, a pesar de su odio, un impulso de admiración. Pues por primera vez en su vida se daba cuenta de lo que era un verdadero soldado.

El amo de los ojos grises miró a Raik con serenidad, sin la hostil desconfianza de sus hombres, y preguntó:

—¿Quién eres?

—Raik de los jinetes cazadores —proclamó con aire de reto. Lejos, sin embargo, de impresionar a nadie con su altanería, este anuncio provocó un nuevo estallido de carcajadas.

—¡Sólo de esos salvajes podía venir! —dijo el mayor de los guardias, si bien con algo más de mesura que en ausencia de su señor.

—Son un pueblo noble y valiente —dijo este gravemente, aunque sin severidad, como si tolerara, aun estando en desacuerdo con ella,

la grosera diversión de sus hombres—. Muy bien, ya basta. Dejádmelo, hablaré yo con él. Litha, vuelve a tu puesto. El centinela hizo una inclinación y se retiró, dejando la presa en manos del jefe.

Raik, tomado por la muñeca, se negó a avanzar.

—Será menos humillante para ti si vienes conmigo por tu propia voluntad —dijo el señor.

Raik sacudió el brazo, liberándose. Hubo un gesto de alarma en los guardias, dispuestos a saltar sobre él, pero no se movió.

—Vamos —dijo el amo, comprendiendo.

Entraron juntos en el pabellón. Raik dio unos pasos, sorprendido, sobre un piso de madera oscura, lisa y espejeante como agua. La penumbra era agradable, teñida de la regia púrpura de la cubierta exterior. Había algunos muebles extraños, como asientos que en su forma parecían rocas o tocones, cubiertos de tejidos brillantes, y candelabros de pie cuyos brazos de desplegaban a la altura de la cabeza de un hombre. Destacaba una larga mesa, rodeada de sillas hermosamente torneadas, y frente al tapiz de la entrada un complicado trono de esmalte. Pero no fue en él donde el dueño se sentó, sino en una silla, y ni siquiera esto, pues se acomodó sobre uno de los brazos: con una pierna plegada y apoyada en el mismo brazo, y la otra sobre el asiento.

—Siéntate si quieres —dijo. Raik se sentó frente a él en uno de los bancos entelados, que para su asombro cedió confortablemente bajo el peso—. Hablemos un poco. Me llamo Théadir.

Hizo una pausa para estudiar a su joven cautivo, quien no dejó de estudiarlo a él. Vestía ropas oscuras, de tejidos tan suntuosos como discreto corte, y sobre el pecho un medallón con un símbolo extraño, colgado del cuello por una fina cadena. Los cabellos eran de un brillante color castaño oscuro y caprichosamente peinados: muy cortos, se habían dejado mechones largos de los que algunos se

mantenían erizados con artificio, gracias a algún cosmético especial, y otros se trenzaban y enroscaban entre sí como nudos de serpientes. Pero era la belleza del rostro lo que reinaba y eclipsaba todo lo demás, aunque su reinado no era llamativo; no era la impresión de una hermosura espectacular la que producía, sino la de una grave nobleza, no exenta de dulzura. Y así también la voz, reposada y musical.

—Bien, estás ofendido y no te culpo. Los de tu raza no están acostumbrados a que los traten así. Pero tengo que protegerme: si eres un espía, deberé eliminarte. Tendrás una muerte sin dolor.

Se detuvo, pero no como quien espera una respuesta. Sus ojos escrutaban a Raik de una forma que remotamente le recordó a Nosye, y nada se atrevió a decir.

—Dispongo —continuó el señor— de tormentos que te harían hablar, pero a un cazador no hace falta atormentarlo para que hable, y verazmente. Dime, pues: ¿eres un espía?

Él no respondió, no por timidez esta vez, sino en mudo, airado desafío. Théadir le sostuvo la mirada, sin perder su sosiego.

—Por tu edad —dijo—, y por encontrarte tan lejos de las tierras de tu raza, imagino que debes de estar en el viaje de tu iniciación, como es costumbre entre los vuestros.

¿Me engaño?

Raik permanecía en silencio.

—No, no creo que me equivoque —dijo Théadir sin alterarse.

—No os equivocáis —dijo entonces Raik, impetuosamente—. Viajaba hacia el sur. No soy un espía. Si vuestros hombres lo creyeron es porque me encontraron mirando el campamento a escondidas. Me acerqué a verlo porque sentía curiosidad, y me escondí porque no sabía cómo me recibiríais. Nunca había visto un campamento antes. Sólo quería verlo. No pensé en entrar.

—Excelente —dijo Théadir, siempre en calma—. A los cazadores se os puede creer: es muy conveniente. Bien, Raik, te propongo una cosa. Yo soy el general de este ejército. Soy un soldado. Algunos me sirven, y yo sirvo a otros. Pero el número de los que yo sirvo es menor que el de los que me sirven a mí, y a los que sirvo son grandes señores. Aquí conocerías la vida de los hombres de guerra, tal como la hemos cultivado durante siglos, sin permitir desdoro. ¿Crees que los tuyos lo considerarían una iniciación adecuada?

Cogido por sorpresa, Raik no supo qué decir. Se preguntó si hablaba en serio.

—Esta es mi propuesta. Piénsalo el tiempo que quieras; de momento, serás mi invitado. Los de tu raza tenéis un temperamento que admiro. Yo te tomaría a mi servicio como escudero, y creo que estarías bien. Pero si decides lo contrario, podrás partir en libertad. ¿Querrás pensarlo?

Raik no abrió la boca, pero asintió.

—Muy bien. No voy a darte una tienda, pero haré instalar una cama de campaña donde prefieras. Pronto será hora de almorzar. Los guardas te indicarán el camino; ahora ya saben que estás bajo mi protección. Te doy desde este momento total libertad para moverte —concluyó Théadir antes de dirigirse al trono esmaltado, donde abrió uno de los cartapacios que cubrían la mesa y se hundió en su trabajo.

Esta vida marcial Raik la había imaginado o intuido en vislumbres misteriosos, pero de algún modo muy claros e intensos, a partir de unas palabras escuchadas a la luz del fuego, un gesto de diestra osadía durante la caza, el valor con que un adolescente se enfrentaba al dolor de una herida. Ahora la vio en toda su

impresionante grandeza. De nuevo ávido de mirar, recorrió el campamento donde los hombres, bajo el gran cielo gris, se ejercitaban en las artes de la guerra. Vio chocar las espadas y caer a los jóvenes, y cómo se tendía hacia ellos una mano fuerte envuelta en un guante de cuero. Vio la tensión exacta del brazo y de la cuerda y clavarse la flecha en el centro del blanco. Vio la vida de los héroes, vagando sin que nadie le prestara atención, y comprendiendo la autoridad del amo con quien había hablado. Desde cerca la vio, y supo qué distancia separaba los bosques y los páramos de los cazadores de este cielo nublado; y por primera vez en su vida se sorprendió pensando que hasta ahora no le habían ofrecido todo lo que merecía.

Cayó la noche y lo encontró aún absorto en el lento humor de su maravilla. Había pedido en las cocinas un poco de pan y queso y se sentó a comerlos en el filo del ocaso, al pie de la colina del suroeste, retirado de todo aquel esplendor marcial del que no se sentía digno. A su espalda se hallaba la torre de vigilancia con su hoguera recién encendida. Meditaba absorto, sombríamente, en tanto las sombras lo envolvían también en el exterior, y lo sobresaltó el ruido de los pasos del señor Théadir.

—Buenas noches —dijo con suavidad.

Raik saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Te molestaré si me siento a tu lado?

Poco acostumbrado a las formas de la cortesía, habría respondido que le molestaba si esa hubiera sido la verdad. Pero no deseaba otra cosa.

—Sentaos —se atrevió a pedir.

Théadir se acomodó en el suelo con una desenvoltura que quizá se habría considerado impropia de un jefe; pero había en él una dignidad que proclamaba que no podía ser otra cosa.

—Sé que es demasiado pronto —dijo— para preguntarte si has tomado una decisión. Sólo espero que lo que has visto hoy no te haya parecido indigno de ti. —Raik bajó los ojos—. Yo sé cómo se educa a los cazadores —aclaró el señor—. No es fácil ponerse a vuestra altura.

Hablaba con toda franqueza, y Raik, que escuchaba con la cabeza inclinada, no pudo advertir que lo miraba sonriendo. Cuando alzó la vista, Théadir contemplaba los últimos e intensos colores del anochecer. Raik se sentía profundamente intimidado ante este caballero y su grave majestad, y, no habiéndose sentido así antes, no estaba seguro del tono en que debía hablarle, de qué gestos hacer o qué decir.

—Lo que he visto hoy… —replicó lentamente, vacilante—. Lo que he visto hoy es lo más grande que haya podido ver nunca. Soy yo el que no está a la altura…

Se dio cuenta de que no sabía cómo dirigirse a él. «Señor», había estado a punto de decir. Y en verdad eso era lo que sentía: este era un gran señor de hombres, merecedor de ese título. Nunca había llamado así a nadie; sólo a los reyes se los llamaba así, sólo al rey-druida, con quien él jamás había hablado.

—No lo creo —dijo Théadir, en voz muy baja—. Pero me halaga que un cazador piense así.

—Yo no soy un cazador —dijo Raik inmediatamente. Se sintió obligado a advertir esto, por más que deseara, en aquel momento, mostrarse ante Théadir tan noble y digno como fuera posible; pero no podía arrogarse un nombre al que aún no tenía derecho—. Todavía no. No he cumplido mi iniciación, y si algo sale mal, no podré formar parte de mi pueblo.

—No creo que nada vaya a salir mal —respondió Théadir, cada vez más quedamente.

Y no dijo más. Raik esperó a que siguiera hablando. Esperó. Oía el canto de los grillos y el rumor del campamento tras de sí. Esperó un comentario o una indicación porque realmente no creía que él tuviera nada que decir ante Théadir, nada digno de ser dicho. Aunque no se daba cuenta, lo que esperaba era una orden.

Pero Théadir, silencioso, contemplaba el último rastro de luz verdosa sobre el horizonte del oeste. Raik siguió esperando —ahora oía su propio corazón— hasta que su inquietud se volvió insoportable. Estaba muy claro lo que correspondía decir en este momento, aunque Théadir, al parecer, no estuviera dispuesto a decirlo él mismo.

—Creo que sí —pronunció al fin Raik, abrumado.

El general volvió la cabeza para mirarle con un movimiento infinitamente suave. Él sintió cómo el rubor ascendía desde el cuello y le cubría las mejillas y las orejas y la frente. Bajo aquella mirada, se maldijo por haber dicho algo tan perfectamente estúpido. Pero estaba acostumbrado a mantener un rostro de piedra, aunque su sangre lo estuviera ahogando.

—Creo que quiero quedarme. Quiero cumplir mi iniciación aquí.

Théadir sonrió. Algo dentro de Raik se sintió morir. No tenía la menor idea de lo que le estaba pasando; nadie le había hablado del poder de la belleza. Pero detrás de la sonrisa había algo que no era luminoso, una especie de recelo.

—No lo sé —dijo el amo, con su voz tranquila—. Te creo, por supuesto, y creo saber cómo te sientes ante lo que has visto en mi campamento, si nunca lo habías visto antes. Tú, que eres de los que no se conforman con menos que lo más grande, debes de estar ahora complacido por nuestra disciplina, por nuestros ejercicios de guerra. Y es cierto que tratamos de mantener esta arte en toda su nobleza. Pero no sé si es cierto esto que sientes ahora. —Lo que

Raik sentía en ese momento era que Théadir estaba poniendo las palabras exactas, que él no había podido encontrar, a su fascinación —. No sé si lo que puedo ofrecerte es más grande que la vida de los tuyos.

La única razón por la que Raik no lo interrumpió entonces fue porque no estaba seguro de cómo anunciar, de una manera convincente y definitiva, el hecho clarísimo de que *sí*, de que quería esto, y ahora que lo conocía no iba, en efecto, a conformarse con menos. Había sentido orgullo ante esas palabras, que explicaban lo que él había sido toda su vida.

—Escucha —volvió a empezar Theádir, y Raik dejó de oír los rumores de la noche para escucharle con más intensidad que antes, si era posible—. Puedo ofrecerte esta vida, tal como te dije a la mañana: puedes adiestrarte en nuestros estilos de lucha, manejar estas armas, que son diferentes de las de tu pueblo —«Tan diferentes», pensó Raik, con una especie de suspiro—; puedes estar a mi lado y asistirme, y en noviembre participar en el torneo que se celebra cada año cuando es tiempo de paz. Si compitieras allí, podrías ganar el primer grado del nombre de guerrero, que te será reconocido donde vayas.

Noviembre, calculó. No le quedaría mucho tiempo para volver con los suyos después de eso. Pero sería tan espléndido. «*¿Qué has hecho, joven Raik?*», le preguntarían…

—Te pido que lo pienses despacio, a pesar de todo. Acaso te lo pido porque yo mismo estoy pensando ahora en ello como hace tiempo que no pensaba, ahora que tengo en mi campamento a uno de la raza que respeto tanto. Me has dicho que nunca habías visto nada como esto. Imagino que percibes nuestra vida militar como una expresión más perfecta del heroísmo que guía a tu pueblo. Pero no sé si es así. Estarás en el torneo y te medirás con otros jóvenes,

y sudarás y te agotarás con el peso de la espada, y sentirás, como ahora, que no hay nada más grande que esa emoción. Lo sé porque yo he sentido cosas parecidas. Pero tal vez no sea verdad. No seré yo quien diga que nuestros juegos de guerra son más nobles que el coraje de los tuyos cuando cazan, o cuando tallan una flecha, o cuando simplemente se enfrentan al frío y cantan canciones antiguas que los enardecen.

—Pero… —empezó Raik, arrebatado, antes de darse cuenta de que no sabía cómo continuar.

El tono de Théadir había sido tan grave, con inflexiones tan profundamente serias, y por debajo corría una melancolía invencible, a pesar de su serenidad. Había hablado de la vida de los cazadores tal y como era, y, sin embargo, Raik no sentía calidez ni añoranza, sino la urgencia de probarle a este gran señor que se equivocaba, que aquella vida no era lo que él creía, que la aldea hecha de barro y el cercado de troncos apenas desbastados, donde todo era del color del barro, y el viento que traía los aullidos de los lobos, y el frío y el grano en altas tinajas y los caballos y las pieles curtidas… Que todo aquello no era lo más grande que se podía ofrecer a un espíritu anheloso justamente de eso, de lo más grande, de grandes cosas, de grandes emociones y esfuerzo y alegría, que aquello no era y esto sí…, esto sí.

—Piénsalo —repitió Théadir, después de aguardar cortésmente en vano a que Raik hablara.

—No tengo nada que pensar —exclamó Raik con pasión, casi en un grito—. Yo… Una vez salí al viento…

Pero cómo explicar a este guerrero lo que había sido aquel viento, que hubiera podido matarlo; lo que había sentido, la exaltación cuando salió desoyendo a su madre y la primera helada ráfaga le agitó los cabellos sobre los ojos. Habría dado una mano por hacer

ver a Théadir que aquello había sido una hazaña, o al menos la semilla de una hazaña, que le daba derecho, a él, al joven Raik, a estar allí sentado junto a un general de Ejército… Théadir le escuchaba sin apartar la mirada de él, veía los ojos perdidos, sus manos, cómo las apretaba en un puño, veía toda la sed que lo agitaba; y ocultó una sonrisa ante el arrebato de aquel niño que quería ser un héroe y que no tenía las palabras para explicarlo. Pero Raik se dijo que era inútil, que a los ojos de un soldado el viento sólo sería viento, la caza sólo caza, nada más.

Había, sin embargo, otras cosas de las que quería hablar, y preguntó a Théadir cómo sabía de los cazadores. El amo sonrió, esta vez una sonrisa lenta, triste.

—Soy más viejo de lo que parezco, creo. También yo quería eso…, lo mismo que quieres tú. Busqué todo lo más grande, exploré las vidas que pudieran darme las emociones más altas. He estado al norte, mucho más allá de Anlur, y he vivido en el desierto, y en los bosques del último oriente, tan espesos que no dejan pasar la luz del sol, y en un barco en el mar… Y los jinetes cazadores siempre han tenido alta fama. Sé que desconfiáis de los extraños y no estáis acostumbrados a tener huéspedes, porque la tierra misma es inhóspita en vuestro país; pero yo me dirigí al rey-druida, en las estepas centrales, que en ocasiones tiene trato con los jefes extranjeros. De esto hace mucho tiempo, no era el mismo rey que tú habrás conocido… Viví entre ellos y supe de sus costumbres. Y después me fui y seguí buscando, aprendiendo de todo el que me parecía que podía enseñarme algo valioso, viviendo todas las vidas.

—¿Y elegisteis esto?

—Elegí lo que me daba sentimientos más grandes: los que no pueden compararse con nada. Si te quedas, sabrás más sobre todas estas cosas, poco a poco.

—Ya os he dicho que voy a quedarme —dijo Raik—. Si vos me lo permitís. Yo he tomado mi decisión.

Entonces Théadir alzó la mano izquierda, y con aquella mano pálida le acarició la nuca con un roce tan suave que parecía estar más allá de todas las caricias humanas.

—¿De veras? —preguntó: no fue más que un susurro. Raik pensó: «La voz es tan clara como cuando habla normalmente». Y ante la leve caricia recordó con nitidez las largas uñas de Théadir, que antes había visto sin fijarse: blancas y pulidas, como también las llevaba Nosye.

—¿Por qué me lo preguntáis? —dijo—. Sabéis que sí.

—Puedes irte cuando quieras. Pero si te quedas, debería ser hasta el otoño —exigía sin que pareciera exigir, con su peculiar, suave firmeza—. Hasta el torneo. Con lo que te enseñaron los tuyos y lo que aprenderás aquí, no tendrás problemas en la competición.

Al oír esto Raik olvidó por un instante su admiración, su temor, su deseo de impresionar a este jefe de guerreros, de que le permitieran quedarse aquí con él, porque había una sola cosa que le importaba más que nada en el mundo, y no era Théadir.

—Tengo que estar de vuelta entre los míos —dijo— antes del plenilunio de diciembre.

—Para entonces estarás allí, con tu iniciación cumplida; y creo que se te admirará más que a ninguno.

Siempre decía «creo», «no creo». Era más gentil que ningún hombre que Raik hubiera conocido, incluso que ninguna mujer; ponderaba tan serenamente las cosas. Había apartado la mano, pero no los ojos de los del muchacho, y aun en la noche la mirada era clara y gris, de un extraño gris crepuscular. Raik percibió la calidez que se desprendía de la piel pálida y supo que lo amaba ya y que a la vez nunca se había encontrado tan lejos de nadie como del gran

señor junto a quien estaba sentado. Pero entonces Théadir se puso en pie, con los colores lívidos del cielo en torno.

—Me disculparás —dijo—. Tengo que irme, todavía me queda trabajo que hacer. Pediré que te instalen una cama. ¿Dónde prefieres dormir?

—Donde vos digáis… —vaciló; no estaba acostumbrado a que tuvieran en cuenta sus deseos.

—Puedes quedarte en mi tienda, si quieres. En el atrio. ¿Te parece bien?

—Sí, mi señor —dijo Raik.

En adelante ya siempre lo llamaría así.

El libro de Nosye
II

Nosye yacía envuelto en la manta de Raik en el mismo lugar en que había pasado la noche. La manta cubría su cabeza y sus pies y todo su cuerpo, doblado como el de una criatura. Unos rizos de pelo rubio escapaban por debajo. Nosye había aceptado la soledad como quien acepta la muerte y con el mismo fatalismo. A quien acepta la muerte deja de importarle el resto del mundo: de pronto pierde la inclinación a los placeres y el temor a las penas. Ante la muerte todo es lo mismo y nada. Nosye yacía inmóvil y su tristeza y su asco habían llegado hasta tan hondo dentro de él que ya apenas los sentía, o sólo como se siente el propio cuerpo, con una aquiescencia más bien inconsciente. Nosye pensaba en Raik y no sentía nada; pensaba en sí mismo y no sentía nada. Nosye, con toda su tristeza y su asco, no sentía, y no pensaba. Yacía inmóvil y dormitaba, y comía de las provisiones que Raik también había abandonado. Comía y dormía indistintamente en el día o en la noche. Cuando no comía ni dormía, simplemente yacía inmóvil, insensibilizado por su misma tristeza y asco hacia todo lo que no fueran ellos.

Pasó el tiempo y pasaron dos días y tres y cuatro, y Nosye yacía envuelto en la manta de Raik en el mismo lugar en que había pasado la primera noche, y cambiaba de postura cuando se cansaba. Los fabulosos ojos azules permanecían secos. Estaba ahora más allá, con mucho, de aquella etapa de su mal que en Anlur lo hacía estallar

en lágrimas durante las largas noches, ante el fuego encendido de su cámara, y faltar a las comidas. Su madre solía mirarlo con una inquietud mortal y terminaba irritándose contra él. Esta enfermedad era una condena porque irritaba a cuantos la veían y eran incapaces de comprenderla, ahuyentándolos y alejando todo consuelo para que la víctima quedara enteramente a su merced. Nosye pensó: «Yo he espantado a Raik», y no sintió nada, pues su dolor había alcanzado el límite la mañana en que despertó al abandono, y ya no podía dolerse más.

Pasaron los días, tres y cuatro y cinco días, y Nosye percibía con asco a la vez cansino y doloroso la lasitud de su cuerpo, su miseria y sus olores, toda esa actividad en la que no se piensa en la vida civilizada y que ahora le parecía tender a la putrefacción. Pasó el tiempo y pasaron cuatro y cinco y seis días y a Nosye le daba la impresión de que llevaba una eternidad echado en la hondonada bajo un tronco podrido, cubierto con la manta de piel de oso de Raik, toda su vida, de no ser por los recuerdos del pasado, de otros lugares y otras personas, que venían a él sin lograr hacerle daño, porque su dolor había alcanzado el límite y ya no podía dolerse más, y estaba tan dentro de él que no lo sentía. Nosye soportó con desesperación creciente su cuerpo, como un fardo pesado, y su propia ignavia, como quien espera la muerte. Pero la muerte no venía. «Ojalá pudiera dejarme morir sin más —se dijo Nosye sin sentir nada—. La muerte debería venir cuando la llamo y no hacerse esperar tanto tiempo». Pero la muerte no venía. Nosye aguardaba inmóvil envuelto en la piel de oso y de nada le servían su espada corta ni su puñal enjoyado, porque sabía que había aceptado la muerte si ella quería venir pero que no tenía valor para procurársela, y su lasitud alcanzaba también a esto.

Llegó un momento en que dejó de saber cuántos días llevaba

tendido y acurrucado, durmiendo o nada más que mirando frente a sí con los ojos fijos y vacíos, como ojos de cristal o de una estatua, y alrededor del lugar de su hundimiento ramoneaba el caballo, tanto tiempo liberado de su deber. «Vete», pensaba Nosye cada vez que lo veía, pero el caballo se alejaba algunos pasos y encontraba pasto por su cuenta y volvía siempre, con sus crines del color de las mañanas de invierno, cuyo nombre llevaba. A Raik siempre le había hecho gracia la manera en que Nosye pronunciaba esta palabra en su lengua, invierno, *hyalorim*, una palabra que tenía que ver con el agua y con el hielo, y había tratado de imitarlo en vano, la angostura violenta de la vocal, como un siseo, que también aparecía en el propio nombre de Nosye. No era capaz de repetirlo correctamente, y se había reído, nunca podré llamarte por tu nombre de verdad, había dicho, riendo… Porque se reía más a menudo de lo que hubiera podido creerse de un espíritu tan austero, y cada vez Nosye se había maravillado ante él, tan fuerte y resuelto y sin embargo tan cálido a veces, acuclillándose a su lado cuando avivaba el fuego, levantando el rostro para sentir la lluvia, tan amable con él, a veces, cada vez menos veces, hasta que no había podido serlo más, hasta que no había podido soportarlo. Pensando así, Nosye sintió lágrimas caer por su cara, y detrás del embotamiento se alzó un vago asombro por estar llorando sin sentir nada.

Durante muchos días vivió de esta manera, envuelto en la piel de una bestia que él no había cazado y en su propio calor y sudor, y en el vaho del aliento del caballo, que se tendía cerca de él como el más fiel y silencioso de los servidores. Dejó de comer y sólo bebía de las cantimploras, llenas de agua de lluvia. Una mañana lo despertó una tensión en el vientre que iba más allá del dolor: una contracción, un atenazamiento que alcanzaba también a su pecho y a la garganta y al corazón, haciendo irregular el ritmo de su pulso,

demasiado presente —un zumbido demasiado alto, demasiado sonoro en sus oídos— y a la vez frágil, como si no pudiera estar seguro de que fuese a continuar mucho tiempo así. Jadeó, asustado, y descubrió que no podía respirar de otra manera que esa. Levantó la cabeza. Por un momento no vio nada. Después volvió la luz y Nosye, que sabía perfectamente dónde estaba y se sentía aterrorizado ante esta inesperada traición de su cuerpo, se arrastró hasta el rincón donde había dejado las alforjas, aspirando aire a grandes tragos, y buscó cualquier cosa comestible entre los bultos de su equipaje, que de nuevo apenas era capaz de ver porque una bruma de sangre le llenaba la cabeza. Las manos le temblaban violentamente, pero encontró un trozo del pan denso y dulce que se ofrecía en Anlur a los caminantes y el frasco de vino que apenas había tocado en todo el viaje, se dejó caer en el suelo de cualquier manera, porque las piernas no le sostenían, y comió y bebió como no había hecho jamás porque jamás le había pasado esto, no mucho, pero con una avidez que cualquiera hubiera creído hambre, pero que no era más que terror, y esperó desesperadamente que se tratara nada más que de eso y que el dolor remitiera, se abrazó el vientre y cerró los ojos, sintiendo que iba a la deriva en mitad de algo suave y lento y espantosamente desagradable en lugar de sentir la tierra dura y desnuda en la que estaba sentado, caído, acurrucado y doblado sobre sí mismo, hasta que remitió el mareo y el espasmo de dolor y Nosye se quedó allí un rato aún, no atreviéndose a moverse, boqueando de miedo y más aún de asombro.

«Y si es esto —pensó—, si va a ser así, prefiero cualquier otra cosa. Cualquier cosa tiene que ser mejor que esto».

Conocía las maneras, muchas y crueles, en que su misteriosa enfermedad podía volverse contra él: fatigándolo, rompiéndolo;

entrando en su conciencia como un cansancio, como una frustración, hasta tenerlo por completo en su poder. En forma de terror, en forma de rabia fría; dejándolo sin fuerzas para levantarse de la cama, sin ánimo para salir de sus habitaciones, obligándolo a temer el trato de los cortesanos como si fueran monstruos; haciéndole desobedecer a sus preceptores, herir a su madre, rebelarse ante su padre, huir, huir, negarse a la vida que tenía y a la vida que le esperaba; llevándolo a llorar sin motivo, a negarse a acudir a las comidas, a ocultarse en el jardín con un libro o en el rincón más oscuro bajo un tapiz sin más compañía que su propia herida.

Pero todos estos eran daños que afectaban a su ánimo y a su conciencia y a lo que él quería decir cuando decía «yo», y dejaban intacto su cuerpo. Durante doce años, bien alimentado y vestido, cuidado por gente a quien la supervivencia del heredero le importaba mucho, sin verse sometido a frío ni calor ni esfuerzos extremos, su cuerpo había respondido siempre con tan dócil facilidad que Nosye se había olvidado de él; como suele ocurrirle a quien está sano, sencillamente había olvidado que su cuerpo formaba parte de él o que él también era su cuerpo. La violencia del dolor físico acababa de mostrársele de una vez para siempre y Nosye supo que no tendría el valor de soportarlo. Y se puso a llorar porque no creía que fuese capaz de levantarse y salir de allí, y menos aún —incluso si consiguiera moverse— de llegar a algún sitio, y en su imaginación vio el filo de su precioso puñal enjoyado abrirle las venas azules de la muñeca, manejado por la otra mano; lo vio más de una vez y pensó que no podría dejar de llorar, tan pungente era el sentimiento mezclado de desdén y total conmiseración de sí mismo que caía sobre él al saber que nunca, nunca, nunca iba a ser capaz de hacer eso. Y si no podía darse muerte ni podía irse, lo único que le quedaba era esa otra muerte, la que, como ahora sabía, vendría

precedida de aquel desgarro salvaje en el vientre y en el pecho y en el corazón y en los oídos, y no vería nada ni podría pensar por el vértigo y sólo sería el pulso agitado y el jadeo y el dolor, el dolor, el dolor.

Cualquier cosa sería mejor que eso, sollozó.

Una vaharada acre del olor de su cuerpo lo asaltó con insólita aspereza. Nunca se había visto en una situación tan ruin. Se repitió todas las palabras que él mismo y otros le habían dicho en los últimos años: cobardía, bajeza, ignominia. Un deshonor para la casa de los reyes. Ruin, ridículo, vil. Pero no servía de nada: le dolían, y a la vez no. Le dolían, pero se las había repetido demasiadas veces. Ni siquiera su padre el rey le había hecho jamás reproches tan brutales como los que él se hacía a sí mismo.

Lo único cierto era aquello: la descomposición de su cuerpo, pareja a la de su voluntad, y que ahora había tomado el primer plano. Muchísimas veces Nosye había sentido que la situación en la que estaba era insoportable, pero nunca se había tratado de carne y sangre, de hambre y suciedad, de escalofríos como los que aún le sacudían las manos. Bajo el pesado manto de piel que lo envolvía, el largo cabello le molestaba en la cara y en el cuello, le daba demasiado calor; sentía la humedad resbalar desde la nuca a la espalda. Como un acto reflejo, como quien aparta un insecto sin darse cuenta, reunió en la mano izquierda la mata de pelo rizoso y lo cortó con la derecha, sacando el puñal de su vaina con el movimiento automático que le había enseñado su maestro de armas para que en el combate pudiera hacerlo sin pensar.

Y sólo después miró con asombro los mechones rubios en su mano, como si no pudiera creer lo que había hecho.

Lo sorprendente no era tanto haberse cortado el pelo, que le daba igual, como haber hecho algo. Haberse movido. Y volvió a llevarse la

mano a la nuca y recortó las guedejas, igualándolas. Ahora podía sentir el aire fresco y húmedo en el rostro, y se apartó de los hombros la manta para percibirlo mejor; se quitó su propio manto de viaje, arrancando el broche de ágata, y el brial y la camisa, y se frotó el cuerpo con ellos, limpiando el sudor. Para entonces se encontró jadeando otra vez, y volvió a asustarse de lo débil que estaba. Tuvo que descansar antes de buscar prendas limpias en las alforjas.

Igual que había hecho aquello, podía hacer algo más, lo que fuera, cualquier cosa que significara dejar de estar allí acurrucado, asistiendo a su propia degradación. Cualquier cosa mejor que eso. Se puso en pie; se tambaleaba. Su caballo, al verle, hizo lo mismo.

—Hyal —lo llamó Nosye. Pero no tenía fuerzas para subir a él. Volvió a dejarse caer, y tardó un rato de pura desesperación en darse cuenta de que podía montar mientras el caballo permanecía tendido, como se hacía a veces en Anlur con los niños muy pequeños.

—Vámonos —dijo.

Y partieron, sin más esperanza que alejarse de lo que había pasado esa mañana y todos aquellos días, sin pensar en ir a ningún sitio, sino simplemente porque cualquier cosa sería mejor que eso.

Verano tras verano, Nosye tendía a olvidar el invierno y la realidad de las heladas y del viento cortante; cuando en otoño le anunciaron el viaje al que lo enviaban los sabios, pensó en el terror de hallarse solo, pensó que nunca había tenido que buscar él mismo su comida, pensó que nadie sabía dónde estaba el lago Lorentari; no pensó en el frío. Habían cesado las lluvias que templaban la atmósfera y durante todo el día el aguanieve le azotó el rostro, y él siguió

adelante por la única razón de que no era él quien hacía el esfuerzo: sólo tenía que dejarse llevar, inclinado sobre las crines de Hyalorim para ofrecer menos resistencia al viento. Iba arrebujado en tres mantas de lana de las que había traído de Anlur, una sobre otra; no había querido usar la piel de oso de Raik y la había empaquetado entre la carga del caballo, por una especie de superstición, porque le parecía una cosa contaminada por la desesperación que había albergado. Pero cuando cayó la noche, que se le antojó muy temprana, comprendió que necesitaría todo el calor posible, y se envolvió de pies a cabeza en cuantos abrigos tenía: los varios gruesos mantos de lana y terciopelo que había en su equipaje y también la manta de piel, que lo aislaría de la humedad. No había tenido fuerzas para recoger leña y hacer lumbre, y despertó preguntándose cómo sería la sensación de morir de frío. Aquella idea mórbida le acompañó todo el día, pero cuando anocheció esta vez, se ocupó de encender un fuego. Tardó mucho en hacerlo porque era Raik quien solía atender a esa tarea. Después se sentó junto a la hoguera. Ya no temblaba con el simple esfuerzo de ponerse en pie, pero estaba agotado de cabalgar. Y sólo llevaban dos días, y no era él quien ponía todo el trabajo. Miró al caballo, que era como un soldado bien adiestrado: que no pensaba, sólo obedecía, y hacía bien lo que querían que hiciera.

Hyalorim lo miraba a su vez con sus grandes ojos tranquilos.

—Ojalá yo pudiera ser así. Ojalá yo pudiera ser tan bueno como tú, Hyal.

Y se echó a llorar porque sentía que no valía nada y que por eso Raik, que valía tanto, lo había abandonado. Pero al día siguiente volvió a ensillar el animal y partió al trote. Porque ya había tenido demasiado tiempo para prestar atención a su propio llanto.

Un día vio, sin previo aviso, la primera yema del año. No la

esperaba tan pronto, pero lo cierto era que había perdido la medida del tiempo. ¿Febrero? ¿Más tarde aún? En su vida anterior, en Anlur, siempre había estado atento a las plantas. Había amado las flores, los árboles sobre todo, grandes criaturas apacibles que nunca le harían daño. Le gustaba pisar el barro con sus botas de montar y hundirse en él hasta el tobillo. Qué tonto había sido soñando con aventuras, pensó. Como un niño ignorante. Ahora estaba en un gran viaje, como los de las sagas heroicas, y cada paso era doloroso. Los bosques eran más densos que cuando viajaba con Raik, y llegó un día en que Hyal se detuvo. Nosye había estado balanceándose sobre él en un precario estado de semiinconsciencia; el frío le embotaba la cabeza, y envuelto hasta los ojos en lana como iba, pasaba la mayor parte del tiempo perdido en una suerte de ensueño que estaba hecho de recuerdos de su vida en la corte, y que le habría hecho daño si hubiera estado en condiciones de sentirlo. Fue entonces cuando el caballo se detuvo bajo el mediodía.

—Hyal… —dijo Nosye. El caballo respondió con un resoplido. Nosye abrió los ojos con esfuerzo. Tenían por delante todo un día para viajar, pero no había senda. Ningún caballo se aventuraría entre la maleza sin que lo guiaran a pie.

—No puedo hacer esto —jadeó Nosye.

Y esa fue la primera recaída. Fue dura y dolió más que todos los días que había pasado en la hondonada del tronco caído, porque el sufrimiento sordo de entonces había empezado a disiparse en estos días en que Nosye se había obligado a permanecer en movimiento, y ahora ya no era sordo, sino atrozmente cortante. Nosye oyó sus propios sollozos y, conservando una helada conciencia de sí, el ruido de su llanto le pareció ajeno. «¿De verdad es mi voz? —se dijo—. ¿De verdad estoy yo llorando así? Si oyera a otra persona llorar así, me daría lástima… Sí, pero sobre todo la despreciaría», oía decir a

otra voz dentro de sí, que provenía de la parte más lúcida de su cabeza, aquella que todavía estaba en calma —aguas subterráneas, no perturbadas por la agitación de la superficie—, pero que tampoco era él. ¿O sí? ¿Era esa conciencia burlona su verdadera voz? Pensó en Raik y en cómo le habría visto todas esas veces que él había llorado en su presencia, y comprendió su abandono. «Yo también me odiaría —pensó—. Yo también me abandonaría a mí mismo si pudiera».

Y parte de la desesperación consistía en saber que esto estaba pasando de verdad. El hecho de que él, él, estuviera aquí, consigo mismo. Era más que extraño; era monstruoso. La compasión de sí reavivó su llanto, y un gemido profundo, cuyo sonido no pudo reconocer como propio, se abrió paso por su garganta, dolorosamente. Sintió vergüenza. Y esto estaba pasando de verdad: este era él, el mismo que dos meses antes era el príncipe de Anlur y sonreía a los invitados, grácil en su jubón de terciopelo gris. No tenía control sobre su vida: sus sollozos brotaban como de otra persona, y su cuerpo no tenía fuerzas para levantarse. Y la voz lúcida, fríamente, le despreciaba.

Tal fue la primera recaída, y Nosye se dio cuenta de que no sería la última. Pero lo que nunca volvió a hacer fue abandonarse a la negra maraña de su desaliento, porque ya había pasado por aquello y sabía que sólo conducía a una desesperación más insoportable. Al día siguiente, cuando se sintió capaz —ya era mediada la tarde—, tomó al caballo por las riendas y lo hizo seguir sus pasos entre el monte bajo de matorrales.

—No es tan terrible —se dijo. Ni él mismo se lo creía—. Sólo tengo que andar.

Pero el terreno era difícil, y él estaba débil y se agotaba. Nosye se metió dentro de sí mismo, donde estaba todo lo que había vivido y

sentido y pensado antes de que lo mandaran lejos de casa, y allí se refugió ese día y al siguiente y al siguiente, por la simple voluntad de no volver a retorcerse de desprecio hacia sí mismo, no tan pronto. Y nada más que un paso y otro paso, sin pensar, o pensando en cosas lo bastante lejanas para olvidarse de los pasos. Con frecuencia iba tan absorto en lo que estaba pensando que no veía el camino, aunque llevara los ojos clavados en él, y a menudo tropezaba y caía, una raíz o un desnivel y caía, o en una ocasión una roca afilada que le hizo una herida. Si caía, sabía casi siempre que ese sería el fin de su jornada, que había perdido la desesperada concentración en el vacío que le permitía seguir avanzando, y que no podría volver a levantarse. El día en que se hirió contra la roca aceptó, como tantos otros días, que ya no caminaría más por hoy y acampó allí mismo, y sentándose junto al fuego para pasar la noche se lamió la herida y se preguntó si uno grita solamente cuando espera que alguien pueda escucharle, porque recordaba perfectamente cómo había sentido abrirse la piel contra el filo irregular, y el dolor, en el mismo silencio que no había roto desde hacía días. Ahora quiso romperlo y cantó una canción de las que aprendiera en palacio, una que le gustaba especialmente porque no hablaba de ser valiente, ni de ser hermoso o noble, sino de la noche, o de nada en realidad, de cosas tan vagas que eran como nada. Era la primera vez que cantaba desde que dejó Anlur, pero cantó un rato largo, hallando un suave placer en el sonido de su propia voz, a la vez potente y diluido en el aire del bosque, y después se durmió sin más, porque llevaba semanas en las que no hacía otra cosa más que andar y pensar, porque no había nada en sus jornadas sobre lo que tuviera que reflexionar antes de dormirse, como le habían enseñado a hacer en su vida anterior; y ni siquiera era de noche aún cuando se durmió, sin pensar en todo el camino que podría hacer todavía si

fuese capaz de levantarse del suelo, sin pensar en su caída, que era un fracaso, ni en las horas que había caminado, que eran un triunfo. Sin pensar en nada porque así era la única forma en que podía continuar moviéndose.

Iban hacia el oeste y Nosye se negaba a mirar de frente la razón que lo había hecho seguir ese rumbo; se negaba a la noción misma de rumbo, a la idea de que se dirigía a algún sitio, y le parecía por el contrario que hacía cada jornada por pura obstinación, sin saber lo que iba a pasar después de la noche siguiente. Los bosques raleaban y volvían a cerrarse, a veces de día en día, y seguir viaje era sólo un poco menos doloroso que tenderse a esperar el final, y mucho más difícil. Y mil veces no pudo soportarlo y se echó a llorar, y Hyalorim lo llevaba mansamente, si el camino era cómodo; pero si no, no avanzaban más ese día porque Nosye perdía toda su fuerza en la rueda siniestra de sus pensamientos, que no era capaz de detener, y no podía desmontar para buscar el terreno más llano, ni caminar guiando al caballo de las riendas, ni hacer ninguna otra cosa. Así perdieron mucho tiempo, si es que puede perder el tiempo quien no pretende alcanzar nada con él.

Pero con todo, a pesar de las recaídas y de los llantos, a pesar de la rabia de aquel avance ciego y del negarse a la esperanza, los días de camino le habían hecho bien, y el aire se entibiaba, y se encontró mirando en torno suyo de vez en cuando, en lugar de sólo a su interior. Cuando vio una ardilla entre las ramas aún desnudas, pero cubiertas ya de los pequeños bultos que serían yemas y hojas, pensó que podía cazar. No tenía la destreza de Raik, capaz de disparar, con perfecta puntería, a un blanco en movimiento desde un caballo al galope; pero acaso podría matar algo para comer…

Pensaba mucho en Raik porque con él acababa de tener la prueba definitiva del violento rechazo que su debilidad provocaba en los

demás —tanto más en los que eran más fuertes—.

Dos palomas, en difícil equilibro en lo más alto de un árbol, comían brotes o semillas. Les disparó y levantaron el vuelo con ruido; pero ese mismo día alcanzó a un conejo, y encontró una de las plantas que Raik le había enseñado que eran buenas para comer, y después otras. Seguía pareciéndole que era demasiado pronto, pero lo peor del invierno había pasado, y quiso decir la palabra en voz alta:

—Primavera.

Había adquirido la costumbre de hablar solo o al caballo. La palabra le hizo sonreír. Hacía mucho tiempo que no sonreía.

Hojas diminutas, transparentes, yemas casi invisibles en las ramas más finas, frágiles pero rezumantes de savia nueva. Tallos tendidos infinitamente hacia el cielo, en una tensión más vertical que ninguna otra de las líneas del viejo árbol. Y comparaba esta belleza con la del otoño anterior, que aún le parecía cercano. Demasiado pronto, se decía. Había sido un otoño espléndido, hojas rojas y amarillas de colores tan vivos como joyas, dolorosamente bello, herido de una inquietud mortal, un presentimiento que era miedo; sabía que él era para sus padres y para el reino entero una preocupación y una carga, y percibía una inquietud en la corte; apenas se asombró cuando le dijeron que tenía que irse. Y ahora, Nosye de Anlur, que había deseado morir, se dijo que la vida pasaba demasiado pronto, y se preguntó cuántas veces más podría ver aquello, las hojas que nacen, las hojas que caen.

Volvió a llover; sus botas se hundían en el barro, y ya no era un juego. «Esto es lo que ocurre —pensó en un raro momento de calma— cuando uno sale de casa en lugar de quedarse a hacer un viaje imaginario». Le gustaba tanto leer, soñar; era extraño no estar echando de menos sus libros. Y se rio de sí mismo ante la idea de sentarse a leer tranquilamente, entre la lluvia helada y el horror que

llevaba dentro. Pero en Anlur sí, leía mucho, también porque era una manera de no hacer otras cosas más temibles, y de estar solo. En sus mejores momentos (en sus días, sus temporadas mejores), bajaba las escaleras a saltos, dejándose llevar por la inercia de su peso, como si volara, para desayunar a toda prisa e irse a un rincón, con una provisión de libros y un lápiz hecho con una rama quemada, por si asaltaba su fantasía algo que reclamase ser escrito o dibujado. Podía verse a sí mismo tal como debían de verlo otros, sentado en palacio, quizá frente a una alta ventana que da al jardín, leyendo y pensando; a menudo levanta la vista del libro y mira las hojas de los altos árboles, tan tiernamente verdes a pesar de la fuerza que las sostiene, una fuerza mansa; casi doradas, casi translúcidas al sol. «Yo no quiero que los libros se parezcan a la vida —piensa—. Prefiero los libros a la vida». Porque la vida es no sólo dolorosa, sino aburrida además, y a veces al mismo tiempo. «¿Es esto la vida?», piensa. Pero quizá es también estas hojas iluminadas, proyectando nítidas sombras, las unas sobre las otras, en el contraluz; y también es cuando una imagen, un olor, parecen abrir una puerta en su percepción y permiten advertir la fundamental extrañeza de las cosas, un estado del mundo que no es aburrido, y que quizá puede hacer daño, pero quizá no. «¿Es eso la vida en realidad? —piensa, y tal vez suspira—. Entonces los libros se parecen a la vida…». Y su madre lo veía con la mirada perdida en los árboles del jardín, con un libro en el regazo, pero sin leer, soñando despierto, como siempre.

En sus temporadas peores era incapaz de salir de su habitación, de enfrentarse a las pocas caras bien conocidas y acaso hostiles que tendría que ver antes de alcanzar su rincón junto al estanque, su refugio. Esto era así, y sin embargo nadie le creía. Se quedaba en una esquina de su cama, se encogía sobre sí mismo, abrazándose, dándose consuelo. «No quiero ver a nadie», murmuraba. Y siempre,

siempre, daba igual que dentro o fuera de él brillara el sol o no, siempre venían a buscarlo para que atendiera a sus clases y para que se sentara junto a su padre en la sala de audiencias, y él sentía el terror de la vida que le esperaba. Porque era heredero del reino y habría de ser rey, y él nunca sería capaz de trabajar como trabajaba su padre. Y sería así toda su vida, un año tras otro de instrucción mientras fuera el príncipe, y después el peso del reino de Anlur, antiguo y noble, cantado en tantas leyendas. Aunque él no pudiera levantarse de la cama, y no había salida. Y no había salida tampoco ahora, y era fatigoso caminar entre el barro, pero de repente sintió un cansancio que no provenía de su cuerpo. «Me gustaría —se dijo— saber dejar de pensar». Y ese fue otro de los días en que se detuvo y no avanzó más, y lloró porque realmente no sabía a dónde iba ni cómo acabaría todo.

«Cuando recuerde esto… —pensó una noche, antes de caer en la inconsciencia—. Si vivo y un día recuerdo esto, no habrá nada que pueda relatar. Sólo el cansancio, las sensaciones de mi cuerpo…, la desesperación». Pensar la palabra *desesperación*, pronunciarla así en su interior, tan claramente, le arrancó un sollozo, pero ya no hacía caso de semejantes cosas. «Ningún encuentro, nadie… Ninguna palabra de sabiduría, sólo yo. Será un extraño relato». No podía pensar con claridad debido a la fatiga. No supo cuándo se había deslizado en el sueño.

Había entrado en lo que parecía un valle; el denso bosque aclaró hasta casi desaparecer, y a uno y otro lado se alzaron montañas lejanas, que parecían translúcidas en el aire claro. Ante la engañosa hermosura de la estación, Nosye sentía su ánimo oscilar de un extremo a otro, enloqueciéndolo. A veces era un verdadero placer caminar sobre la tierra húmeda y esponjada, que a medida que se adentraban en el valle se cubría de hierba y en la que nacían los

mismos lirios morados que le eran familiares (demasiado pronto, demasiado pronto), pese a estar tan lejos de casa. Otros días el camino era más difícil o él estaba más cansado, sus pensamientos se enredaban; para qué tanto esfuerzo, en realidad: no iba a ninguna parte, y seguía estando seguro de que hubiera preferido morir, si tan sólo fuera más fácil. Y todavía otras veces su estado de agitación era tal que mezclaba las dos actitudes y maldecía la primavera por obligarlo a salir de sí mismo: ya está aquí otra vez, rociándonos de belleza, haciéndonos sentir culpables si seguimos abatidos en medio de los colores verdes y rosas, las hojas nuevas tan finas como alas de insecto, la alegría, el calor; sentir como si nos estuviéramos perdiendo para siempre algo muy grande si nos cerramos a ella. ¿Cuántas veces más? Y se enfadaba consigo mismo y se decía que preferiría sentirse de una sola manera, aunque fuera la más espantosa, aunque fuera otra vez como se había sentido en la hondonada, porque así al menos sabría quién era, y no este joven loco, que lloraba y cantaba en el curso de un mismo día. La hierba, cada vez más crecida, ocultaba a la vista las irregularidades del terreno; Nosye se sentía más seguro si iba a pie y el caballo lo seguía. Pero una vez más, ¿para qué, para qué todo esto? No sé a dónde voy. He dejado mi casa, me he perdido. Tampoco podría volver; soy el príncipe de Anlur pero no lo soy, no puedo serlo. Hablaba en voz alta para sí, la vista clavada en el suelo.

Tropezó en un matojo cuya altura no había calculado bien porque iba distraído. No llegó a caer, sino que recuperó el equilibrio golpeando con el pie bruscamente en la tierra, en un ángulo extraño, levantó la vista y vio el agua. Agua azul frente a él, al otro extremo del valle. Allí estaba el lago, y a Nosye se le cortó la respiración.

El libro de Raik
III

En su primer día en el campamento, Raik había despertado, como siempre, al amanecer.

Por un momento quedó tendido en su cama de tablas, protegido hasta los ojos por los cobertores. Sabía dónde estaba, y le sorprendió haber despertado igual que siempre, a la misma hora de siempre, cuando su vida había cambiado tanto.

Pensó que, cuando apartara las mantas y se pusiera en pie, se entregaría a un mundo en el que no había estado jamás. Tuvo miedo.

Ignoró el miedo.

Se encontraba solo en el pabellón. Salió al umbral de la entrada y, temblando ligeramente de frío, contempló el campamento de cuya fascinación había caído víctima, la confluencia de las hileras dobles de tiendas, la tierra erizada de lanzas y picas clavadas en vertical, como árboles severos, y se sobresaltó cuando le dirigieron la palabra. Eran los guardias, uno a cada lado de la puerta, como ayer. Pero no eran los mismos.

—Tú eres el escudero de Théadir, ¿verdad? —No esperaron respuesta—. Ve a que te den algo de comer. Te espera un largo día.

«Estoy acostumbrado a las largas jornadas. No me asusta el esfuerzo». O algo así es lo que hubiera debido decir Raik, pero no fue capaz de pensarlo siquiera. Miró al hombre con hostilidad. Uno

como él lo había maltratado; se habían burlado de él, y no tenía derecho a darle órdenes, y dónde estaría Théadir, el amo Théadir para decirle lo que tenía que hacer.

Sin abrir la boca, partió en la dirección que le habían indicado. Iba descalzo y con su cuchillo de caza ceñido al costado, una imagen de lo salvaje entre los guerreros que hablaban en extrañas lenguas.

En el pabellón que cubría las cocinas y las grandes mesas donde comían los hombres, mientras él hacía grandes esfuerzos para que no se le notase que nunca en su vida había visto ni imaginado cocinas como aquellas, ni bancos capaces de acomodar a treinta hombres, y mucho menos tanta comida junta, alguien se le acercó y se presentó como su instructor de esgrima. Raik siguió al desconocido hasta la misma explanada donde había contemplado el espectáculo de los ejercicios militares el día anterior, y allí, ejecutando las instrucciones que se le daban, empuñó el cuchillo y lo blandió, fingió atacar a un enemigo invisible y después estiró los brazos, flexionó los brazos, para que su instructor pudiera observar el juego de los músculos, y a continuación las piernas, la espalda, y respondió a las preguntas sobre su edad y su vida y lo que le habían enseñado hasta entonces. Respondía con brevedad y secamente porque jamás se había visto estudiado y observado con tanta atención, y porque era incapaz de decidir si podía confiar en su instructor —llevaba guanteletes de metal, como el centinela que lo había golpeado ayer, y una armadura ligera, lino y cuero y más placas metálicas, y brazales, y grebas, y Raik no sabía cómo nombrar la mitad de lo que veía—; y más tarde, cuando el muchacho estaba ya jadeando porque hacía mucho tiempo que le pedían que repitiera un determinado movimiento, un paso como de una danza bárbara, con el puñal aferrado de una manera que no era la que él había usado siempre, apareció un segundo hombre y dijo

que él se ocuparía de adiestrarle en el tiro con arco, y Raik, que era un buen arquero y llevaba meses alimentándose de lo que cazaba con sus flechas, sufrió una punzada de ira.

En cierto momento interrumpieron la instrucción para mostrarle una colección de puñales y dagas y estiletes y que viera las diferencias en su peso y en su hechura, las sutiles muescas y depresiones en el puño que permitían a un tirador hábil manejarlos de uno u otro modo, y en algunos le señalaron el delicado trabajo de ornamentación y Raik pensó: «¿Qué adornos necesita un cuchillo?», aunque no era lo que creía de verdad, ya que su propio pueblo también se complacía en trabajar hermosamente no sólo sus armas, símbolo e instrumento de su fiero valor, sino los objetos de uso común, vasijas y peines, las riendas de los caballos. Pero estaba confuso, y de todos modos nada dijo, pues se hallaba demasiado intimidado para hablar. Y después de las armas blancas vino el arco, y aunque el segundo hombre, su instructor en esto, elogió su puntería, Raik sabía que habría podido hacerlo mucho mejor sin la fatiga que le agitaba el pulso a causa de los ejercicios previos, y se sintió irritado e insatisfecho. Y para cuando los dos instructores dieron por terminada la sesión, Raik estaba bañado en sudor, más por la tensión del ánimo que por otra cosa, y el sol debía de estar ya muy alto en el cielo, aunque tras las pesadas nubes del color del plomo no se veía siquiera el pálido disco que traspasa a veces la cortina de los días oscuros, y las nubes le trajeron a la memoria la imagen de Théadir, sin que supiera por qué. El maestro de arco —enjuto y no muy alto, de rápida sonrisa— le puso una mano en el hombro mientras lo guiaba de vuelta al gran comedor, y de nuevo Raik no sabía qué pensar de él, como del otro, porque le incomodaba la familiaridad del gesto, pero este hombre había disparado diez flechas seguidas y las diez habían acertado en el

centro del blanco. Y por la tarde hubo otra sesión de adiestramiento, y Raik, en cuya naturaleza no cabía el ponerse fácilmente en el lugar del humilde discípulo, no sabía si llorar, gritar o clavarle a alguien uno de aquellos afilados estoques que tenía cerca, pero prefirió obedecer, incluso cuando pretendieron indicarle —a él, a Raik de los jinetes cazadores— la postura correcta que debía adoptar en el galope.

Lo dejaron libre por fin, y entonces se fue al mismo lugar donde la tarde anterior había estado meditando a solas y hablando con Théadir después, y se preguntó dónde estaría el general, a quien no había visto aún en todo el largo día; y dentro de él se alzó un resentimiento porque lo hubiera dejado así solo, entregado a hombres desconocidos que habían sido duros con él. Pero no: no habían sido duros. Ninguno le había dicho una palabra hiriente. Era él quien había creído que no necesitaba instrucción, para inmediatamente demostrar cuánto la necesitaba en realidad, cuánto le faltaba para llegar a ser el guerrero hábil que creía que ya era. Diez flechas en el centro del blanco. Se frotó el brazo, bajo el codo, allí donde todavía sentía el músculo dolorido por la tensión. Al darse cuenta de todo esto, se enfadó consigo mismo.

Pero a la noche apareció Théadir, y se retiró a hablar con él en una esquina de la larga mesa donde se sentaba a cenar con su Estado Mayor, y le preguntó por su día y por su ánimo, e incluso se disculpó por no haber podido verle antes —como si no fuera el jefe y el amo, como si el señor Théadir tuviera que disculparse con su escudero recién llegado—, y con sus propias manos sirvió vino con agua para los dos. Raik le arrebató el jarro y en adelante lo sirvió él, deseoso de mostrarle que verdaderamente se hallaba a su servicio, que las de la tarde anterior no habían sido palabras vacías, y descubrió por qué las nubes bajas sobre el campo de ejercicios le habían hecho

pensar en Théadir. Por los ojos grises, naturalmente; por los ojos grises y por la belleza. Le habló con franqueza de lo que había sentido bajo las instrucciones de sus maestros de armas, de lo torpe que resultaba al lado de ellos; le habló incluso de su orgullo herido y de su desaliento, de su repentino rencor; y Théadir rio, con tanta mesura que no podía haber ofensa en ello, y le sonrió y le contó de las diferentes técnicas que usaban los distintos pueblos, tranquilizándole, y de la primera vez que él había intentado montar a pelo como hacían los cazadores; él, que estaba acostumbrado a sillas y jamugas, había estado a punto de caer del caballo, dijo; y volvió a reír, y se apartó un largo mechón de cabello que le caía sobre los ojos. Y cuando Théadir se retiró a descansar, Raik se sentó sobre su pequeño lecho de tablas, en el atrio de la tienda, y veló a su amo en la noche silenciosa, como si hubiera de protegerlo de algo, aunque Théadir no necesitaba protección de nadie; como si quisiera asegurarse de que nada perturbaría la serenidad de su alto espíritu, de su voz medida.

Así fue desde entonces, febrero y marzo, y la primavera llegó y pasó, abril y mayo y junio, aunque Raik sólo llevaba la cuenta del tiempo por los meses que le separaban del torneo donde hombres de muchos países reconocerían su valor. Siempre había una cosa nueva que despertaba su asombro o su admiración o aquello otro más hondo, más dolorosamente punzante, el ansia de emular, de estar a la altura, sobre todo de hacerse merecedor de las atenciones del señor Théadir y digno de sentarse a su mesa, como a menudo le pedían que hiciera. Se ponía a su izquierda, entre los capitanes que comían con él, y se sentía a la vez exaltado e intimidado; prefería con mucho permanecer de pie y servirlos, alcanzarles el vino,

mostrarse útil. A lo largo del día acompañaba también a Théadir las raras veces que este se levantaba de su mesa de trabajo y abandonaba sus papeles y sus mapas para recorrer el campamento. Raik caminaba a su lado y sentía su devoción crecer en lugar de disminuir: las ropas, los gestos, ese paso lento, altivo; cómo hablaba a la gente, con la misma actitud que había despertado la admiración del chico el primer día, una dignidad que no era arrogancia, como si pudiera ser compañero de sus hombres y seguir siendo el jefe. Los guerreros lo saludaban inclinando la cabeza, lo llamaban «señor» o «general», o por su nombre combinado con uno de estos títulos; algunos se ponían en pie hasta que él pasaba.

Raik se ganó pronto el aprecio de los hombres, y pasaba mucho tiempo con ellos, que podían hablarle de sus lugares de origen y mostrarle sus costumbres y sus tesoros, objetos y armas y joyas cuyos nombres él tenía que aprender. Lentos ocasos en torno a una de las hogueras de vigilancia, la hermandad entre los soldados. Brazales, guanteletes, gargantillas y colgantes. Esto es el arriaz, esto la empuñadura. No puede alzar las pesadas espadas de estos hombres más allá de su cintura, y esto le avergonzaba. Alguien le dice que hay una lengua en la que la manera de decir gargantilla es «lo que ahoga», pero nadie le dirá qué representa el símbolo que el general lleva sobre el pecho. Las manos de Théadir, que se mueven fuertes y gentiles entre pliegos de papel, dagas y antorchas, no se ocupan de él.

En raras ocasiones se ponían en marcha y trasladaban el campamento, formando a través de las infinitas praderas una larga columna de caballos de guerra y de carga seguidos por los carros de la impedimenta. Solían evitar las poblaciones, pero una vez pasaron cerca de un mercado que Théadir estuvo de acuerdo en visitar, y Raik volvió a encontrarse en medio de una multitud de cosas que no

había visto nunca, colores y olores y brillos de luz que parecían girar en torno a él. En un puesto había una cosecha de gavillas de hierbas aromáticas, en otro, preciosas obras de los plateros, arquillas de filigrana, brazaletes, espejos. Théadir rechazaba con un gesto cortés, de infinita gracia, todo lo que le ofrecían los feriantes: no como quien lo tiene todo y rehúsa por hastío o por desdén, sino como el hombre de guerra cuya austeridad se ha templado en mil muertes, o como quien ha luchado contra sí mismo y ha vencido. Y esto era lo que admiraba Raik en él más que nada, ahora que comprendía que las galas y el esplendor marcial que al principio lo habían atraído a esta vida no tenían valor alguno sino como prolongaciones y muestras de semejante espíritu. Él también, en su deseo de agradar al caballero, de mostrarse —un deseo doloroso— irreprochable a sus ojos, quiso decir no a todo lo que se le presentaba. Pero al cabo, cuando se acercaban a un puesto de armería, Théadir pagó tres piezas de plata por una daga de empuñadura de marfil labrado, en una vaina de cordobán, y se la tendió a Raik, quien la recibió con embarazo.

—Pero, señor —objetó—, yo ya tengo un puñal. —Y mostró su cuchillo largo, del que estaba tan orgulloso. Théadir sonrió:

—No es ese el puñal de un caballero.

—Tal vez no —dijo Raik, bajando la mirada—, pero me trae recuerdos de mi pueblo; es el que usaba en la caza.

—Comprendo —dijo Théadir—, aunque te hacía despegado de todo.

Y esto, que hubiera debido sonar como un reproche, lo dijo con tal sonrisa de indulgencia que a Raik le llegó donde ningún reproche le hubiera llegado; de modo que a la mañana siguiente dejó el viejo cuchillo bajo su pequeña cama de campaña, y se presentó ante sus instructores con el otro.

En los meses de verano, días de calor implacable a los que seguían bruscas tormentas, sudaba tirando contra su maestro de armas, un puñal en una mano y una espada corta en la otra, con el mismo ardor bajo el sol o bajo la lluvia; le elogiaron lo mucho que había aprendido y él recordó cuánta rabia había sentido al principio ante la idea de que pretendieran dar lecciones a un cazador. Únicamente en el arco no habían podido enseñarle nada, y la continua práctica había afinado su puntería; con frecuencia los hombres organizaban competiciones en las que él nunca quedaba más allá del segundo o tercer puesto. Alguna vez Théadir fue a verlos y aplaudió su primera flecha, directa al centro de la diana.

Con el inicio del otoño, el campamento emprendió la marcha que habría de llevar a Raik a su última, definitiva prueba. Exaltado con el movimiento y la perspectiva del torneo que se acercaba, el muchacho buscaba al general para interminablemente hacerle preguntas. Théadir le hablaba del esplendor viril, de la música de trompetas y graves flautas y atabales, que encendía el corazón, y de los hombres magníficos que acudirían allí a probar que la paz no había ablandado sus cuerpos ni sus voluntades; se detenía en describir los bordados de los estandartes, de hilo de oro, plata y seda, los jaeces de los caballos y las plumas que adornaban las cimeras de los yelmos; en cada escudo, decía, una imagen que había que descifrar y un lema de nobleza; y a pesar de toda la pompa, ni uno solo de ellos olvidaba que no eran sino hombres de guerra, y que el esplendor de que adornaban sus habilidades era simplemente una manera de honrar el ideal heroico al que estaban entregados. Y Raik se estremecía al oírle hablar así, desesperadamente feliz porque su señor hubiera podido encontrar

un rato para estar con él y contarle todo esto, entre las largas horas de marcha y su trabajo.

Un noche se despertó en la oscuridad, sobresaltado por un sonido afilado y por el tumulto a su alrededor. Las trompetas tocaban alarma, que era una señal que él no supo reconocer porque no había sido necesaria en los meses que llevaba en el campamento. Pero reconocía la urgencia y el peligro; estaba solo en el atrio de la tienda del general, como de costumbre, y al otro lado de las cubiertas púrpura había desorden y una actividad ansiosa, chirridos metálicos, gritos. Tras el tapiz de sus habitaciones apareció Théadir vestido con una cota de malla: nunca lo había visto así, armado por completo. Raik corrió a ajustarle el tahalí.

—Señor —dijo, como una pregunta, negándose a gritar a pesar del miedo.

—Estamos bajo un ataque —dijo Théadir con toda calma, pero más severamente de lo que solía—. Quiero que te quedes aquí.

—Yo puedo luchar —dijo Raik inmediatamente.

—No.

—Dejadme luchar a vuestro lado, mi señor…

—Raik —pronunció Théadir con el tono de lo que es definitivo—. Nunca me has fallado. Obedece.

Y salió sin decir más, y Raik obedeció. Obedeció cuando oyó perderse el ruido de los cascos del caballo, y obedeció cuando un grito ronco demasiado cerca de la tienda le hizo temblar, y todo el tiempo que estuvo allí rodeado del fragor de la batalla obedeció y venció el impulso de tomar sus armas y salir, y no se movió y no hizo nada: tal era el poder que tenían sobre él las palabras de Théadir. Durante un tiempo infinito permaneció acurrucado junto a su cama de tablas, con los ojos cerrados, tratando de olvidar lo que estaba ocurriendo a su alrededor y a la vez atento a todos los sonidos que

pudieran darle una pista de cómo se desarrollaba el ataque. En ese tiempo fluyó al interior de la tienda la luz azul del crepúsculo del día y luego la luz blanca de la mañana, y continuaba el infierno en torno a él y él estaba en su centro pero fuera, apartado de todo y ciego, y creyó que se volvería loco.

Finalmente llegó el silencio, y Raik no supo cómo había llegado; y cuando se disponía a salir a mirar, a pesar de las órdenes que había recibido, volvió a aparecer Théadir ante él y Raik se encontró abrazándolo antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Está bien —lo tranquilizó el amo, y le acarició el cabello. Olía a humo, y a sudor, y a sangre. Con una nota de fatiga en la voz, se negó a responder preguntas y le rogó que acudiera junto a los médicos para ayudarlos a distribuir a los heridos en los carros de la retaguardia, y Raik, vagamente aliviado de poder ser útil en algo, así lo hizo. Aquel mismo día continuaron la marcha, como si no hubiera ocurrido nada extraordinario, y él no fue capaz de enterarse de quién los había atacado ni por qué razón, pero todo había ido bien, decían los hombres; no habían perdido a ninguno de los suyos, y habían hecho un prisionero importante.

La curiosidad de Raik habría podido calmarse si el general o algún otro hubieran accedido a hablarle de aquella escaramuza; la primera acción militar de su vida, pensaba Raik amargamente, y no le dejaban saber nada. Todos se habían vuelto opacos para con él, Théadir a la cabeza, como si guardaran un espantoso secreto; y aunque Raik respetaba los secretos, le dolía que no quisieran compartirlo con él, como si no fuera uno de ellos ahora, como si no hubiera pasado cada momento de cada día, desde que llegó, esforzándose en aprender a ser como ellos, como si no venerase al señor Théadir como no había venerado a nadie, excepto quizá al druida y al rey-druida.

—Los soldados tienen enemigos —le decía Théadir—. Eso es todo lo que necesitas saber por el momento. —Y otras veces—: Aún no. Todavía no.

Raik preguntaba cuándo. ¿Después del torneo, acaso? Pero después del torneo tendría que volver con los cazadores.

—Aún no —repetía el general, implacable, pero los ojos grises sonreían. Entonces Raik se sentía tentado de preguntarle si era verdad que habían tomado prisionero a uno de los jefes del Ejército atacante, como decía el rumor: a alguien muy importante, un aristócrata. Pero nunca preguntó porque sabía que obtendría las mismas respuestas que nada le decían. La curiosidad se quedó con él, avivada por tanto misterio, y cuando pudo satisfacerla él mismo, no lo dudó, ignorante de las razones de Théadir.

Se acercaba noviembre, su adiestramiento se hacía más intenso en previsión de las pruebas del torneo. Estaba decidido a ser el mejor en todas. Cada noche miraba la luna creciente —este sería el último plenilunio antes del que marcaba el plazo de su regreso— y caía rendido sobre las mantas, pero antes del alba lo despertaba su propia anticipación; estaba nervioso y no era capaz de quedarse en la cama hasta el toque de las trompetas. Se levantaba antes que nadie, paseaba por el campamento, respirando el aire frío —de día en día más frío—, pensando en el viaje de vuelta a su casa, en las palabras que le diría el druida, tal como él las había oído en un sueño, y en Nosye: si estaría vivo, si se habría curado, qué le habrían parecido a él Théadir y este ejército.

Paseando así, se encontraba a veces ante rincones del campamento que no conocía, a pesar de que las tiendas, en cada alto de la marcha, se disponían según el mismo orden que habían

tenido en la sede fija de las praderas. Una mañana vio un pabellón ante el que montaban guardia cuatro hombres. Él creía que sólo ante la puerta de Théadir había una guardia permanente.

—¿Qué hay dentro? —quiso saber, acercándose.

—No es asunto tuyo —dijo uno de los hombres, y bostezó porque llevaba allí toda la noche.

Raik se alejó como si no le importara, y cuando llegó al final de la larga hilera de tiendas, dobló el costado de la última y rehízo el mismo camino por la parte trasera de la fila. La tienda de Théadir tenía una puerta secundaria a espaldas de la cara frontal, pero estas no. Nadie guardaba el pabellón por ese lado. Sólo tuvo que hendir la lona con su daga y entrar; era casi demasiado fácil.

Ahí estaba el prisionero, tal como había pensado.

Raik se acercó sin hacer ruido. Los hombres tenían razón: era un noble. Las ropas destrozadas habían sido aún más ricas que las de Théadir porque Théadir vestía discretamente de oscuro; aquí Raik vio los bordados de colores vivos entre las grandes manchas de la sangre, los tejidos gruesos y suaves. Sí, un aristócrata: un conde, registró Raik, que había aprendido hacía poco a leer los emblemas y cifras de la nobleza. Estaba sentado en el suelo, maniatado; era anciano, casi anciano, no había belleza en la frente vencida, pero las facciones, las líneas de la boca, el ceño fruncido, estaban llenos de orgullo: era la cara de un príncipe que sabe que sigue siéndolo a pesar de su miserable situación.

El hombre levantó la cabeza al percibir la presencia de Raik. Le miró de lado, con un solo ojo estremecedoramente directo, como el de un ave de presa.

—Un niño —dijo. Y, para sorpresa de Raik, rio—. ¿De dónde sales, niño? ¿A qué vienes? —Rompió a toser. La tos era ronca y se diría provenir de cavernas profundas en su cuerpo.

—Sirvo aquí —contestó Raik, porque le habían enseñado a responder a lo que se le preguntara. Pero le costó encontrar su propia voz.

—Ah, sirves aquí. Un niño de los jinetes cazadores, ¿no es verdad? No sé qué haces en un sitio como este. —La voz era igual de áspera y bronca que la tos, no parecía surgir de una persona viva—. Sirves en este campamento, niño de los cazadores. Sirves al señor Théadir.

Raik asintió, sorprendido, no muy seguro de si se le estaba haciendo una pregunta.

—Pues bien, joven cazador —continuó el prisionero, y a Raik le hubiera gustado hacerle callar, tan evidente era el doloroso esfuerzo con que pronunciaba cada palabra—. Dile a Théadir que me mate cuando quiera. Que no espero otra cosa. Mátame tú ahora, si es eso lo que has venido a hacer. —Él negó con la cabeza y retrocedió un paso. Se dio cuenta de que no quería estar allí—. Ah, tienes miedo —dijo el hombre, y de nuevo no se podía saber si era una pregunta porque la cadencia de su voz se hundía al final de cada frase, inaudible, jadeante—. No entiendo qué haces aquí, joven cazador. Nunca había visto a uno de los tuyos. Los hombres de guerra respetamos a tu pueblo. —Raik se estremeció ante lo extraño de la situación: el noble destrozado repitiendo las mismas palabras que Théadir solía usar—. Nunca os había visto… Qué haces tú aquí, niño. Nunca pensé que vería a uno de los tuyos al servicio de la infamia.

Raik miró aquel ojo reluciente en lo hondo de su cuenca, que se clavaba como si cortara, haciendo daño.

—No entiendo lo que queréis decir —musitó, descubriendo que apenas podía hablar.

—No lo entiendes —se burló el anciano—. Cómo prefieres que lo nombre. No te gusta pensarte un infame… Los jinetes cazadores son orgullosos. Yo en tu lugar no conservaría tanta soberbia, pequeño

infame. ¿Qué haces en un ejército oscuro? No eres más que un niño. Vuelve a tu casa. Las mesetas de los jinetes están a un mes a caballo. Quizá te acepten. Pero no, ¿verdad? Estás manchado de la misma inmundicia…

Raik lo miraba, sólo lo miraba, como hipnotizado, queriendo replicar, incapaz de replicar.

—No puedes trabajar en el estiércol sin mancharte, ¿no es cierto?, niño tonto… Lo oscuro mancha lo que toca. Sirves a Théadir… Ah, un gran título es ese. Como ser príncipe de lo infame, paladín entre los guerreros de lo oscuro…

—Pero, pero yo —tartamudeó al fin Raik, ahogándose—, yo lo he visto… Yo he visto a los hombres de este Ejército, yo he visto a Théadir trabajando, siempre está trabajando, Théadir es… no hay nadie más noble que él…

—El noble Théadir. —Rio el prisionero, con tal desdén que su risa era como si vomitara una ponzoña mortal—. El gran general Théadir. Lo conocemos bien. ¿Y en qué crees que trabajaba todo ese tiempo? En extender la inmundicia de los poderes a los que sirve, en conquistar y corromper, abiertamente o con la insidia que les es propia a esos espíritus de serpiente… —se interrumpió con violencia, en un nuevo acceso de tos; escupió; jadeaba—. A esos gusanos… Cómo ganar para sí las almas de los inocentes, de los que no saben nada, y cómo seducir las nuestras… Pero no podrán. Nos opondremos a ellos, no importa lo poderosos que sean, y tú, que estás de su lado, deberías avergonzarte… Ah, infamia, uno de los cazadores luchando por los dioses oscuros.

Pero no, pensó Raik desesperadamente, pero no, qué había de todo eso en el señor Théadir, qué había en ese espíritu noble y en esa disciplina y en todo él que mereciera aquellas palabras envenenadas… Y entonces recordó los mapas sobre los que trazaban

líneas, las discusiones del general con su Estado Mayor, horas y horas, durante las que él no estaba presente, y cuando entraba para llevarles vino, sus voces eran tensas y duras, en una lengua que él no conocía…

—Pero estos hombres. —Las palabras salían de su boca con un ritmo singular, como borbotones de sangre, con un esfuerzo doloroso y a la vez por sí solas, antes de que él pudiera pensarlas, ordenarlas—. Este Ejército, los ejercicios que hacen, la disciplina… Habrá un torneo, son grandes guerreros, yo sé cómo manejan las armas… Los caballos…

—No sabes nada —jadeó el conde—. Joven cazador, pequeño salvaje… Te han corrompido y no sabes nada… Los soldados son iguales en todas partes. Los campamentos son siempre iguales, la guerra sólo puede funcionar de una manera: con disciplina y con hombres que amen a su jefe. Los soldados matan y mutilan siempre, en todas partes, se manchan las manos de sangre por igual en todas partes. Yo he enviado ejércitos a la carnicería. Mis hombres han matado igual que yo… Pero nosotros luchamos por un mundo donde un día ya no haya que matar. Orden y justicia. Paz, campos fértiles, donde las cosas transcurran tranquilas, seguras. Pregúntale a tu general por qué lucha él. Pregúntale a cuántos ha obligado a ofrecer sacrificios humanos a sus inmundos dioses, poniéndoles una espada al cuello. Y pregúntale a cuántos ha hablado, con la lengua impregnada de una miel venenosa, de libertad, de indulgencia, de los placeres que corrompen el alma. Eso es lo que ellos ofrecen. El culto al caos, el culto al desastre y a la degradación, una vida en la que no haya que luchar contra los impulsos más bajos de nuestros corazones. Dadle la bienvenida a la pereza, dicen ellos, dadle la bienvenida al odio, que es una fuerza poderosa, y a la lujuria, a la que no hay que temer, y a la ambición de ser uno mismo sin tener

en cuenta a nadie más, y a la sed de poder sobre los otros, y desechad el miedo, dicen… Y seducen los espíritus de aquellos que son demasiado débiles para oponerse a sí mismos, y los ganan para su causa. ¿Tú has visto las casas de los adoradores de los dioses oscuros, joven cazador, joven traidor? Nuestros espías las han visto. Los perfumes encubren el olor a orín. Los días son tan vergonzosos como las noches. —Y de pronto el murmullo que era su voz se encrespó, enloquecido—: ¡Vergüenza sobre ti, que te has dejado engañar por el gran Théadir, por sus maneras suaves y la mentira de su voz! ¡Vergüenza sobre todos los hombres que se han alineado con los engendros de lo oscuro en esta guerra! Yo voy a morir aquí. Pero mis hermanos de armas acabarán con vosotros un día. Arrancarán a Théadir sus ojos grises y su lengua falaz. ¡Acabarán con vuestros generales y con vuestros ejércitos como el que quema las malas hierbas y siembra de sal el campo! Y tú… —Respiraba afanosamente, agotado después del estallido—. Tú deberías avergonzarte, niño de los cazadores…

Su energía pareció abandonarlo. La cabeza se le descolgó sobre el pecho; largos mechones de cabellos sucios cayeron como una cortina, ocultando sus ojos, la boca de la que habían salido furiosamente las palabras, y aquella cabeza aristocrática, temible, temible, se balanceaba mientras musitaba todavía, incoherente:

—Gentes limpias en campos de paz… Lo oscuro, como quien quema malas hierbas.

Raik continuó con la vista clavada en él durante un tiempo indeterminado, incapaz de moverse, temblando de pies a cabeza. Cuando quiso irse, su cuerpo apenas le respondió. Salió arrastrándose sobre las manos y las rodillas. No se le ocurrió siquiera que con toda facilidad podría cortar las ligaduras que sujetaban al prisionero antes de marcharse. Se deslizó por la abertura, como

había entrado, y huyó al pie de la atalaya del norte, donde pocos hombres solían moverse y la actividad era escasa, y no acudió a su adiestramiento de armas, ni al almuerzo bajo los grandes pabellones de las cocinas. Théadir no lo hizo buscar. Durante todo el día Raik permaneció lejos, y pensó, y gimió, y estalló en sollozos.

Regresó por la noche, a tiempo para aguardar a Théadir a la entrada del pabellón. A la luz de la luna llena lo vio llegar, y se le estremeció el corazón. Bajo esta luz iba a abandonarlo, bajo la luna que le concedía, casi en una amenaza hostil, el último plazo; bajo la luna que lo iluminaba iba a dejar para siempre a su señor. Théadir lo saludó con una sonrisa; venía de hacer la ronda nocturna, el viento del primer noviembre le había desordenado los cabellos. Raik lo siguió al interior de la tienda con el alma hundida de pesar. Este era su señor, no podía dejar de repetirse; estas ropas que ahora abandonaba en sus manos con aire ausente, pensando en otra cosa, quizá en algo que le habían dicho sus capitanes, eran sus ropas; el calor de su cuerpo las había entibiado. Era su voz la que le preguntaba ahora, con la dulzura que adoptaba a veces, mientras él se acuclillaba para descalzarlo:

—¿No has querido estar con nosotros hoy?

—A veces prefiero estar solo. ¿Os molesta?

—Sabes que no. ¿Estás bien?

—Sí —mintió Raik.

Cuando tuvo descalzo sobre su rodilla el pie derecho, por el que su superstición siempre empezaba, no pudo contenerse y lo besó; y entonces Théadir posó una mano sobre su cabeza inclinada y lo acarició con su amable displicencia de gran amo. Pero acaso era pudor tan solo, pensó Raik, y sintió que no podría resistir más y que

moriría de amor y de pena aquella misma noche. Se levantó, no obstante, y dominó su rostro e impasiblemente ofreció a Théadir la lucerna para que se la llevara a la alcoba. Théadir desapareció tras la cortina, sin decir nada más —tal vez la luna lo había puesto taciturno, o tal vez simplemente estaba cansado—.

Y Raik, en lugar de irse también a su cama, quedó allí de pie junto a la cortina, dudando. Pero su duda era inútil porque sabía lo que tenía que hacer, y no ganaba nada demorándolo. Y con todo no podía resolverse. Del otro lado de los velos, tan infranqueables ahora como una pared de piedra, Théadir ya debía de estar acostado. Entonces apagó la lucerna y sólo quedó el débil brillo de la antorcha: muy débil porque estaba muy lejos. Raik imaginó que apartaba la colgadura y entraba: el resto vendría solo. No había terminado de pensarlo cuando ya se hallaba dentro.

Théadir se incorporó, volvió la cabeza hacia él. Frunciendo el ceño, más como alarmado que con enojo, preguntó:

—¿Qué pasa?

Raik no respondió. Cerró la cortina tras de sí. Era consciente de que estaba cometiendo la mayor de las insolencias, y le daba igual. Recordaba —desde la primera noche no lo había olvidado— que había una sola cosa en su vida que le importaba más que ninguna otra, y no era Théadir. Había creído que era la iniciación; pero ahora, con la iniciación perdida, veía que se trataba de algo escondido más allá de eso. Con paso firme, aunque estaba temblando, llegó al lecho y se sentó junto a su señor. Théadir, demasiado asombrado para irritarse, dijo:

—¿Qué es lo que quieres, Raik?

Y al oír su nombre el muchacho tuvo un instante de desfallecimiento porque lo que en realidad quería era que Théadir lo abrazara y quedarse allí durmiendo hasta la mañana, y a la mañana

despertar para ponerse de nuevo a su servicio y que todo siguiera sucediendo como llevaba meses sucediendo, y como si nunca hubieran existido prisionero noble ni espantosa revelación. Pero era inútil, y él no podía traicionar su propio honor, aunque su deseo le pidiera traicionarlo, y tenía que ser fiel, aunque lo perdiera todo, y sabía que lo perdería: ya lo había perdido. Estaba obligado a hacer aquello y su voluntad triunfaba sobre su deseo, como siempre, haciéndole daño, como siempre. Y con todo su dolor se encaró con Théadir y lo miró a los ojos, lo cual en aquella situación era una increíble insolencia y una falta de respeto, y preguntó lo que iba a ser su ruina.

—¿Es cierto que servís a los dioses oscuros?

Théadir permaneció mirándolo y en los ojos grises Raik vio por primera vez un sobresalto; después la expresión se suavizó, como la de aquel que se resigna, y Théadir ocultó la cara entre las manos.

—Oh, Raik… —fue todo lo que dijo.

Los dos comprendieron que no había insolencia ni falta de respeto.

Comprendieron que eran iguales y que no había nada fuera de derecho si Raik insistía:

—Decidme. ¿Es cierto?

—Sí.

A Raik le temblaban los labios y sabía que rompería en llanto si intentaba hablar. Hubo así un largo silencio, y finalmente Théadir abandonó su postura y se sentó junto a Raik, enfrentando sus ojos. Raik pensó que tenía que adelantársele y sin esperar más, dijo:

—Me marcho.

Théadir no respondió enseguida. Se unió a su tristeza en una larga mirada.

—No, no te vayas.

—Tengo que irme —dijo Raik, sintiendo que se le partía el corazón,

pero sosteniendo la grave mirada sin esfuerzo. En aquella pena no quedaba lugar para la tensión. Eran iguales.

—Conozco —dijo Théadir— el engaño del que me he hecho culpable contigo, y te pido disculpas, aunque no me arrepiento. —Raik comprobó entonces qué parecidos eran, qué parecidos habrían llegado a ser—. Pero jamás te he dicho una mentira. El torneo se celebrará dentro de dos días. Si estás decidido a marcharte, por supuesto no te lo impediré. Pero quédate hasta entonces y vuelve a casa con tu iniciación cumplida.

—¿Y qué creéis que dirán —replicó Raik— cuando sepan que la he cumplido al lado de un señor oscuro?

Théadir pareció reflexionar antes de preguntar a su vez:

—¿Y entonces?

—No podré entrar a formar parte de la tribu. Los que no superan la prueba de la iniciación son expulsados de las tierras de los cazadores. —A medida que explicaba lo que había sabido desde siempre, iba dándose cuenta él mismo de la magnitud del desastre—. Seré un exiliado. Se me expulsará formalmente, hay un ritual, una humillación pública… Como apátrida, tendré que vivir por mi cuenta.

—Pero tú sabes que no puedes acabar así. Vales más que ningún mortal que yo haya conocido. —Esto, pensó Raik, significaba que había conocido a los legendarios inmortales de los que se decía que podían matar mil hombres con un gesto de su dedo, y que en ello se regocijaban—. No te sometas a esa humillación. No la mereces. —Suspiró, y se pasó la mano por la frente—. Te has enterado demasiado pronto. —Sonrió—. No se me ocurrió que podrías hablar con el prisionero: así de simple. Podría haberlo evitado tan fácilmente… —Leyó la pregunta en los ojos del muchacho—. Esperaba que llegase el momento en que estuvieras tan decidido a

quedarte… a quedarte para siempre…, tan deseoso que eso te diera igual: que estuvieras dispuesto a renunciar a lo que te enseñaron de pequeño.

—Entonces este prisionero me ha sido providencial —confesó Raik— porque habría renunciado. —No quiso callárselo—. Que los dioses me perdonen: casi desearía que hubiera sido así.

Théadir le acarició la mejilla con súbita ternura.

—¿Tus dioses o los míos? —dijo sonriendo. Sólo duró un instante—. Raik, no te vayas si lo que quieres es quedarte. No me equivocaba al pensar que en esta vida encontrarías tu alegría y tu deseo, ni me equivocaba al pensar que yo los encontraría en ti. No te vayas. ¿Por qué tienes que obedecer los códigos de tu pueblo, las leyes que dicen quién es válido y quién no? No los has elegido tú: te los enseñaron. Si hubieras sido hijo mío, habrías aprendido otros. —Raik pensó en su padre, de quien se acordaba cada vez menos; pensó en su madre. No estaba seguro de haberlos amado más de lo que amaba a Théadir—. Tu tribu va a rechazarte: ¿qué tienes tú con ellos? Quédate y sé lo que estás llamado a ser.

—Pero sí los he elegido —dijo Raik dolorosamente—. Hoy los he elegido. Es la opción mía.

—No entiendo por qué —dijo Théadir, muy despacio—. Te estoy suplicando que te quedes. Ni siquiera estarías con los dioses oscuros: estarías conmigo. ¿Es que no me amas?

—Vos sabéis cómo —susurró Raik, sintiéndose morir.

—Si te quedas, no lo lamentarás, te lo prometo. ¿Dónde voy a encontrar otro como tú? —Apartó la vista, y Raik contempló el perfil del noble rostro con aquella devoción que no había sentido por nadie, tampoco por el druida ni por el rey-druida, y pensó que ojalá pudiera poner en quedarse todo el desgarrado valor y la firmeza que estaba poniendo en partir. Pero había una sola cosa que le

importaba más que nada, y no era Théadir.

—… Ahora tienes once años. Cuando tengas dieciocho, serás mi mano derecha. Gobernaremos juntos: es lo que he pensado que sucedería desde que te conozco. Seremos reyes entre los señores oscuros…

Volvió a mirar a Raik, y Raik lo miró a su vez, mientras todo en su interior se venía abajo porque por fin comprendía. Aquello escondido y oculto que era más él mismo que el amor que tenía a Théadir, más que los soldados o la caza o la veneración al druida o la promesa de la gloria, más que cualquiera de sus tesoros, no era sino la rectitud, la orientación fundamental al bien que tal vez le habían enseñado los de su tribu, como Théadir decía; pero tal vez no, porque se hallaba tan enraizada en su alma como si hubiera nacido con él y siempre hubiera estado allí. Esto era lo que le importaba más que nada; y ahora sentía furia contra ello y le parecía una imposición odiosa, enloquecedora, pero seguía importándole más que nada, y seguía eligiéndolo.

—No me tentéis más, es inútil. No deseo nada más que quedarme, mi señor. —Se le quebró la voz porque supo que era la última vez que lo llamaba de este modo—. Pero servís al mal y yo no puedo hacerlo. Si fuerais un noble de Anlur o de la República, sería vuestro para siempre. Pero es inútil —repitió antes de derrumbarse, y acercándose al que había sido su amo apoyó la frente en aquel pálido pecho: suplicaba un perdón que le llegó en la forma de un abrazo. Sin embargo, no había nada que perdonar por ninguna de las dos partes.

—Si con los tuyos sucede como has dicho —insistió aún Théadir, comprendiendo que de nada servía—, ¿volverás aquí?

—No.

La tibieza del lecho suavizaba de algún modo la tristeza al

envolverlos en su propia y dulce fatiga, y a la vez no podía haber cosa más triste que aquella pena cálida y lentísima. Dijo Théadir:

—Duerme al menos esta noche conmigo. Mañana tendrás tu caballo a la puerta del pabellón.

—¿Os veré? —preguntó Raik.

—No. No soportaría la despedida.

Antes de dormirse, Théadir le puso la mano en la mejilla, dibujando con la palma la delicada forma del hueso bajo la piel.

—No podré amar a otro como te he amado a ti en siglos —dijo.

—No podré amar a otro como os he amado a vos jamás —dijo Raik; y por fin se echó a llorar.

El libro de Nosye
III

Se extendía, frente a él, hasta donde alcanzaban los ojos. A uno y otro lado la vastedad era más mensurable, menos inquietante: lo cerraban las mismas montañas azules que había estado viendo durante semanas, de líneas curvas, suavizadas por la edad. Pero a la derecha, hacia el norte, se alzaban tras ellas picos mucho más altos, afilados como cristales y todavía cubiertos de nieve.

Nosye avanzó los cien pasos que lo separaban de la orilla y se quedó allí, acezante, contemplando la superficie de agua azul —no dorada— recorrida por estremecimientos bajo la brisa, y la larga línea donde se unía con el cielo. Después bajó la vista y miró las diminutas ondas que llegaban hasta la hierba a sus pies.

Su vida se detuvo.

Su historia dejó muy pronto de tener palabras. Tal como había pensado mientras viajaba, habría muy poco que contar si alguna vez tenía que contárselo a alguien. Pero no tenía que contarlo.

Al principio sí: al principio la crónica de su hallazgo y de su meta y tesoro, pues había encontrado el lago Lorentari como el héroe que en las leyendas encuentra el talismán, habría podido narrar que allí mismo, junto a la orilla, se dejó caer y sintió como si todo el cansancio de su viaje le sobreviniera ahora redoblado, ahora que se

había detenido. Sentado en la hierba, mientras el caballo vagaba libremente, contento con la humedad del pasto, Nosye pensó: «Estoy aquí. Verdaderamente estoy aquí. He llegado». Y recordó el día en que los sabios de la corte de Anlur habían anunciado, con la gravedad de las ceremonias solemnes, su decisión de que el príncipe debería partir en busca de aquel lago y del poder de sus aguas. Lo recordó con toda claridad porque sus oídos habían oído esas palabras una vez, pero en su cabeza las había oído diez mil veces desde entonces. En aquel momento, él había sabido, sin lugar a duda, que no había ninguna esperanza para el príncipe Nosye de Anlur, heredero de un reino, enviado en una misión. Había sabido que no tenía ninguna posibilidad de alcanzar lo que le pedían, y que volvería habiendo fracasado, o que no volvería. Moriría en el camino, y había sentido terror y una pena inmensa. Y desde entonces, diez mil veces, un millón de veces había oído esas palabras que lo expulsaban de su casa, que lo enviaban lejos hasta que se convirtiera en alguien diferente de quien siempre había sido; diez mil veces había visto en su recuerdo cómo el rey y la reina, sus padres, asentían con una inclinación de cabeza, y había pensado: «Me envían a la muerte y lo saben. A la muerte o al fracaso, y les da igual».

Y sentado junto a la orilla, habló en voz alta, para sí mismo, y se repitió: «He llegado, he llegado», como si no pudiera creerlo. Pero era cierto. Extendió la mano y tocó el agua, que era fría, pero no con el frío extremo de los manantiales que bajan de la alta sierra, sino de un frescor reconfortante, como si estuviera hecha para que la tocaran manos humanas. Le pareció sorprendente haber superado todo el dolor de las innumerables jornadas de viaje, el desgarro del día en que creyó que iba a morir de hambre, y las mañanas en que caminaba una hora y tenía que detenerse para llorar, y las noches en

que sabía que estaba completamente solo y que a la mañana siguiente tendría que levantarse para seguir esforzándose todo lo posible y seguir estando completamente solo. Recordó todo esto y le maravilló no sentir ningún dolor, ni en su cuerpo ni en su corazón. Estaba muy lejos de su casa y de los suyos, y las heridas del camino habían cicatrizado, y en sus pies, que al comienzo del viaje le sangraban, sólo había un calor agradable. Había llegado. La fatiga cayó sobre él, y mientras pensaba qué haría ahora, qué palabras debería decir o pensar al sumergirse en el agua sagrada, se quedó dormido. Durmió muchas horas.

Cuando despertó, caía el sol, y el agua del lago se había vuelto dorada con el reflejo de la luz del cielo, una infinita lámina como de metal y aceite y miel, tranquila y casi silenciosa, emitiendo murmullos que serenaban el paisaje mejor que el silencio. Nosye se puso en pie y contempló el Lorentari, el lago de los poderes celestiales, el Lago Dorado, como si fuera suyo. Y, demorándose, se desvistió, prenda por prenda, y siempre muy despacio, como se mueven los reyes en las ocasiones importantes, entró en el agua del color del oro y se bañó en ella, vertiéndola sobre su cuerpo con sus manos desnudas, y supo que aquella agua lo limpiaba de su pena, de su miedo y de su debilidad, de su desconcierto y de todas sus lágrimas. Y cuando el sol desapareció por completo tras la línea del horizonte, allí donde el lago se encontraba con el cielo y no se veía su fin, el agua se volvió oscura como los bosques más densos, y Nosye salió de ella y se cubrió con un manto y volvió a sentarse allí en el suelo, junto al lago que lo había curado. Ese día ayunó en señal de respeto por su purificación, y se retiró para dormir a un soto de árboles jóvenes, unos pasos más allá en la ribera. Así el príncipe de Anlur participó de las aguas milagrosas, y cumplió la misión a la que lo habían enviado.

A la mañana Nosye despertó feliz, sonrió al lago que relucía, claro y azul otra vez, con reflejos de la luz blanca del sol en las pequeñas olas, y supo lo que tenía que hacer: tomar el caballo de la rienda, como tantos y tantos días antes, y volver a casa.

A casa.

Pero el solo pensamiento de emprender viaje otra vez le hacía sentir todavía más cansado que el día anterior, cuando en la meta misma los largos meses de camino lo habían cubierto con su carga de trabajos. Se levantó, se retiró del cabello una hoja verde de los árboles que le habían dado abrigo. El lago era hermoso. No se iría hoy: se quedaría descansando unos días, tal vez una semana, antes de acometer el regreso.

Fue entonces cuando su vida se detuvo.

Como advirtiera que en las alforjas de Hyal apenas quedaban provisiones, se entregó a la tarea de localizar plantas comestibles, y se alegró de encontrar también algunos tipos de bayas que conocía de los bosques de Anlur. Al ver que los pájaros se posaban junto al lago para beber, supo que también él podía beber de esas aguas, y más aún, que le estaba permitido, después de haber entrado en ellas y haberse lavado de todo lo indigno que había en él. Así, comió y bebió, y al atardecer de este segundo día, entró de nuevo en las aguas de oro, para hacerse uno con ellas otra vez y gozar del frío y de la pureza, porque se sentía muy feliz y entendía de una sutil manera que no hacía mal ni abuso con ello. Se bañó, pues, y al ocaso, cuando descendieron las sombras, vio otros animales que bajaban a la orilla, corzos y gráciles ciervos que no se asustaron de él ni de su presencia en el agua. Salió y se sentó en la hierba una vez más, con cuidado de no perturbar a los hermosos inocentes, y se asombró de que lo miraran tranquilos y no huyeran; pero no se asombró demasiado porque nada le parecía demasiado

extraordinario, o todo era extraordinario por igual y no había sorpresa, sino esta serena alegría, ahora que había cambiado su corazón.

Así corrieron algunos días, hasta que Nosye dejó de saber cuántos, ni si ya había pasado la semana que se había concedido para reponerse de su fatiga o todavía no; y pensaba mucho en aquella otra temporada que había pasado solo y quieto, acurrucado en una hondonada entre el olor de los hongos, y en lo diferente que había sido. Se acordaba a menudo de Raik, sin resentimiento, no como del protector que lo había abandonado, sino como de un amigo a quien le hubiera gustado poder enseñarle el lago y este precioso valle, y el placer que era vivir en ellos. Se los habría mostrado como un anfitrión muestra su casa, y le habría invitado a quedarse, compensando al muchacho de los cazadores por toda la responsabilidad que imperdonablemente había puesto sobre él al rogarle que lo acompañara en su viaje, y haciéndole olvidar el viento helado de los páramos, los pies descalzos sobre las piedras, los azotes y la caza del oso y la severidad de la prueba de la iniciación, todo aquello que Raik le había contado sobre su vida. Se preguntaba dónde estaría, si ya habría regresado con los suyos, con su iniciación cumplida y superada, y sería uno de ellos, en camino hacia la realeza que codiciaba. «Claro que sí —se decía—. Si yo he sido capaz de cumplir este viaje, que para la corte de Anlur era como mi propia iniciación, y estoy aquí junto al lago —aquí, ahora—, sin duda Raik habrá hecho algo mucho más noble y más difícil; él, que vale tanto más que yo. Entre los suyos la realeza es excelencia, por eso él va a ser rey. ¿Y yo?».

Nosye sabía que él también tenía que volver con los suyos y cumplir con sus deberes: el primero de todos, el que le preparaba para asumir la corona. Debía volver y convertirse él también en rey.

«Pero yo no quiero ser rey», pensó.

Nunca había pensado tal cosa. O quizá, más bien, lo había sabido siempre, pero nunca había puesto en palabras esta resistencia, este miedo. La negativa a ser lo que tenía que ser. Se asustó.

Se asustó tanto, y hasta hacía un momento había sido tan feliz, tendido al sol tibio de la primavera junto a su lago, que decidió cerrarle el camino a aquel pensamiento que amenazaba con traer oscuridad a su corazón, cuando su corazón ya sabía tanto de la oscuridad y ahora que se había limpiado no quería saber nunca más de ella. Así que dejó de pensar en reinados y en excelencias, y aquella noche volvió a bañarse en el Lago Dorado, mientras bebían los ciervos, y volvió a dormirse tranquilo, como los otros días.

Era tan fácil como eso: dejar pasar el tiempo en los más simples y suaves de los placeres, alegrarse con la caída de la tarde, que significaba que ya no podía pensar en partir ese día, y posponer la decisión, la idea misma, la amenaza de tener que pensar en ello; así un día y otro, tan fácil como eso; igual que había viajado, un día y otro, pero sin peso, sin esfuerzo. Peligrosamente fácil. Había en esto una desesperación, aunque tal vez él no se diera cuenta, cegado como estaba por la serenidad que había encontrado y que lo deslumbraba con tanta fuerza como la dicha más frenética suele deslumbrar a los hombres.

Las noches dejaban de ser frías, y aquí no había lobos ni fieras de las que tuviera que defenderse; los primeros días hizo una hoguera al caer la oscuridad, pero como no percibía peligro alguno, como nunca vio un ciervo muerto y devorado ni ninguna otra señal, se relajó y dejó de encender fuego, y le parecía que era mejor así, porque el fuego es signo de la presencia humana y él tendía a desvanecerse en aquel dulce valle, como si fuera una más de las apacibles criaturas que lo habitaban. Dormía sobre los helechos

entre los árboles del soto, y más tarde descubrió una balma o abrigo en un afloramiento de roca, muchos pasos hacia el norte a lo largo de la orilla del lago, y allí se refugiaba a veces, cuando llovía. Se había recuperado de la fatiga, también de la de su alma, y ya no le importaba caminar; solía hacerlo con los pies descalzos para sentir la hierba. Pero prefería dormir bajo los árboles jóvenes; el caballo se echaba cerca, y con sus crines de color gris claro irradiaba un resplandor espectral al oscurecer.

—Hyal —lo llamaba Nosye, acariciándolo—. Hyalorim… Todo eso ya ha pasado; el invierno ya ha pasado.

Se complacía en repetirlo en voz alta, dulcemente. El invierno y todo su sufrimiento. Y un día, mientras se bañaba, se le ocurrió que podría no volver. Simplemente eso: podría no volver nunca. Y por segunda vez se asustó, porque estaba convencido del poder de las palabras, incluso de las que sólo se pronuncian en el pensamiento. Se lo había dicho a Raik aquel día, y Raik no había querido creerle, pero resultó ser verdad: las cosas que se piensan una vez acaban cumpliéndose.

No era una promesa, no era un voto ni un compromiso, pero era una idea que no iba a abandonarlo. Nosye vivía junto al lago su nueva vida fácil, detenida. Y aunque, después de la embriaguez de los primeros días, el agua empezó a resultarle demasiado fría, y se le erizaba la piel y resoplaba y le parecía que nunca más volvería a entrar en calor, y a veces dejaba pasar días sin lavarse y entonces empezaba a oler como un animal y se inquietaba recordando hasta dónde podría llegar por ese camino, y a pesar de los libros y de la música que echaba de menos, ahora sí, en los largos y lentos días vacíos, y de las ropas que empezaban a hacerse pedazos ante sus ojos, era más feliz de lo que había sido nunca, y estaba tranquilo, como nunca lo había estado. Y había más cosas, muchas más, que

no se podían explicar con palabras, la sensación de las mañanas, por ejemplo, una sola vibración, se diría, en todo su cuerpo, y todos sus sentidos erguidos respirándola, el aire fresco en la piel, y los pájaros —y se diría que no había en el mundo ningún sonido más, porque ¿cómo podía haberlo? Si él sólo podía oír ese, los pájaros, y la luz, la luz como un tejido dorado si había nubes sobre el horizonte, la luz y el olor y la promesa de que todo era posible, ahora que ya era de día—.

Se daba cuenta de todo lo que estaba aquí con él, casi como si lo tocara con los dedos, y que no podría expresar con el lenguaje que se le había enseñado. Un tesoro de intuiciones y visiones y deslumbramientos se perdería si tuviera que intentar compartirlo con alguien, relatarlo… Aunque había sentido lo mismo durante su viaje, el mismo peso de esta sabiduría intangible —un peso que había sido abrumador entonces porque era abrumador lo que aprendía—, ahora sabía tanto más; ahora había momentos en que le parecía que lo sabía todo porque él era todo, o mejor, una parte de todo que encajaba tan perfectamente en su sitio, que estaba tan totalmente donde tenía que estar, que era todo. Y esto tampoco podría expresarlo en palabras. «Cuando vuelva —pensó; y se detuvo—. Si vuelvo», empezó de nuevo; y se detuvo otra vez porque no podía creer, no podía asumir que el príncipe Nosye de Anlur, heredero del reino de Nydoe el Grande, cuya legendaria sangre latía viva en sus venas, fuera a pasar el resto de su vida inadvertido como un animal manso al borde de un lago; pero tampoco podía imaginarse regresar. «Si volviera, no podría explicarle esto a nadie. Nunca sabrían cómo me siento… aquí, ahora».

Repitió: «Aquí, ahora», mientras miraba su mano abrirse y cerrarse, obediente a su voluntad. Esta era su mano…, este era él, estaba vivo, poseía un cuerpo —no, *era* un cuerpo— que él

dominaba. «Qué raro es», suspiró; aunque, una vez más, si alguien le hubiera pedido cuentas de ese suspiro y de esa observación, no hubiese podido darlas. Pero estaba solo, y poco a poco aprendía a cerrarle las rutas a la introspección.

Porque en efecto suspiraba, incluso a menudo, una especie de «ay» resignado que su padre le había prohibido miles de veces, allá en casa. Y era cierto también que por momentos aparecía la angustia, amenazándolo, y pensaba que la verdad era que no debería estar allí. Pero cada día se sentaba a contemplar el atardecer, conmovido, sin palabras, a orillas del inmenso lago del que no se alcanzaba a ver la otra ribera, y se deleitaba en la imagen de las montañas azules y de los hilos de nubes encendidas al oeste, de todo esto que él había encontrado y que ya consideraba suyo: no como un cazador ufano de un trofeo, sino solamente como quien recibe un regalo que jamás habría podido merecer, y siendo así, lo acepta con toda sencillez, pues no otra cosa son los regalos y la humildad de las manos que los toman no comporta humillación. Y pensaba que tal vez podría tratarse simplemente de eso, que la vida podría llenarse sin necesidad de palabras y ni siquiera de actos ni de hazañas, nada más que con la belleza que venía dada desde fuera y que no se dejaba decir. Pasaba otro día, y la idea de quedarse se asentaba un poco más.

No había hazañas, no había acontecimientos en aquella existencia que era como la de un corzo, que pasaba igual de ignorada, y cada vez sentía menos deseos de oponerse a esto, de insistir en su propia naturaleza distinta de la de las criaturas que le rodeaban. Su espada y su puñal yacían olvidados en su cama de helechos, y dejó de cazar con el arco porque le parecía que el zumbido de las flechas hacía pedazos la paz del aire. Tendía algunas trampas —otra cosa que le había enseñado Raik—, y a pesar de su escasa habilidad tuvo un

éxito sorprendente; las bestezuelas, conejos y turones, y a veces un faisán de espléndidos colores, caían en los cepos como si hubieran nacido para darle de comer. «Los animales de aquí son así de confiados —supuso Nosye— porque viven en el paraíso». Pero después, al verlos revolverse en el lazo, todo enormes ojos espantados, no tenía corazón para matarlos: los liberaba y los dejaba ir. No quería manchar con sangre vertida por sus manos la inocencia del lugar que lo había acogido; era allí un huésped, no un conquistador, y ningún huésped enturbia el agua ni ensucia el suelo de la casa donde duerme. Lo habían admitido y cobijado como si fuera un igual, y se sentía agradecido al valle y al musgo y a su cueva cálida, y a los ciervos que no se apartaban a su paso. La primavera se había abierto en plenitud, y hubo una mañana en que se levantó viento y una lluvia de flores cayó desde los árboles sobre su cabeza. Tuvo que echarse a reír: tan dulce era aquello, tan perfecto, demasiado perfecto, como uno de esos cuentos sobre la edad dorada de los hombres. Pero todo era verdad; al menos igual de verdadero que en su momento había sido lo otro, el laberinto inextricable de su enfermedad, el terror, el deseo de la muerte. Y estaba fantásticamente solo, y podía reírse de sí mismo, pero nadie más se reiría, nadie lo censuraría, nadie sabría si dejaba hojas y bayas como ofrendas de gratitud en las grandes rocas planas, altares de su nuevo panteísmo, ni si, arrebatado de alegría, danzaba desnudo en la lluvia templada o tejía para Hyal y para sí coronas de flores.

No dependo de nadie —se decía asombrado ante su propia dignidad, recién descubierta—, y nadie depende de mí. No podía desobedecer, puesto que no tenía deberes, ni podía decepcionar, pues no tenía a quién, y nadie lo miraba porque no había nadie. Ser mirado significaba ser juzgado. En su vida anterior nunca salía de su

cámara sin antes estudiar cuidadosamente su imagen en el espejo para calcular el efecto que haría en los demás, qué pensarían de él, y hacer los ajustes necesarios. Enderezaba la espalda, levantaba la barbilla, a menudo —si había pasado una mala noche, o si había llorado— volvía a la pila de helada piedra de mármol para lavarse la cara otra vez, y así se marchaba por fin, bien ajustada la máscara, que no iba a ser capaz de protegerlo, pero que era lo único que le permitía enfrentarse con el exterior. Aquí no había espejos. El pelo había vuelto a crecerle un poco, podía pasar la mano por los largos mechones irregulares. Pero no tenía manera de saber cuál era su aspecto, y no le importaba saberlo; su reflejo tembloroso en un charco de agua no le preocupaba, y estaba aprendiendo a no mirar tampoco a su interior, sino hacia fuera, donde había tantas cosas que ver.

Ahora apenas echaba de menos la lectura, las danzas, todo lo que hacían para llenar el tiempo los hombres y las mujeres con los que se había criado. El tiempo no era el mismo allí que aquí. Exploraba las riberas como el que por primera vez abre las puertas de su nueva casa, durante horas. Las hojas brillantes al sol le parecían un gran misterio. Se detenía a meditar sobre ellas, quieto y erguido como si él mismo fuera un joven árbol. Su meditación no consistía más que en contemplar y asombrarse. Frotaba las manos en las hierbas aromáticas. Un lirio desgarrado en varios sitios por su propia hoja verde, que parecía una espada, como un jirón de tela vieja; y en la parte interior de los pétalos, más cerca del cáliz, dibujos simétricos de las venas moradas rayando la superficie blanca. Le recordaban las vetas del pelaje de los tigres, tal como aparecían en las ilustraciones de los bestiarios de la biblioteca. Pues nunca había visto un tigre de verdad, ni conocía a nadie que lo hubiera visto.

—Y nunca lo veré —dijo en voz alta, rompiendo el silencio, aunque

no había ninguna violencia en la manera en que su voz se unía al coro disonante de los pájaros.

Pero no estaba triste. No necesitaba ver nada más que lo que ya tenía todos los días.

A menudo se sorprendía tratando de convertir conscientemente esa belleza en un recuerdo, como quien almacena alimento en previsión de los días de penuria. Hasta que se dijo que no necesitaba someterse a esa tensión: que tendría esta misma belleza a su disposición muchos otros días, siempre que quisiera: que no volvería a sufrir penuria. Atrás quedaban los patios húmedos del palacio real de Anlur y su jardín pequeño, tan pequeño, donde se refugiaba para leer, donde huía cuando necesitaba huir.

Aunque acaso esta era otra manera de huir, a un jardín más magnífico y más lejano, pero con la misma indocilidad que cuando se escondía de sus maestros y de sus padres en Anlur… El mismo egoísmo. Esa era una de las palabras que contra él utilizaba su padre: debería emplear su tiempo en prepararse para sus obligaciones, le había dicho una mañana en que lo vio junto al canal del jardín, había cosas útiles que hacer en lugar de estar allí sentado, con la vista fija ¿en qué? Nosye había estado mirando uno de los pequeños árboles que alguien había plantado aprovechando la humedad de la acequia. Como si un chopo fuese un profundo objeto de reflexión. Y lo era. Esto era lo que su padre no entendía.

Nunca había visto a su padre el rey con un libro en la mano. Nunca lo había visto pasear por el jardín. Al final del día, creía, se sentaba, con una copa de vino delante, a hablar con sus privados, sus amigos más cercanos.

«Yo no sería capaz», piensa Nosye tratando de imaginar la ingente pirámide del reino, con su padre el rey en la cúspide. Ordenar todo eso. Que todo el mundo esté bien, que no ocurra nada infausto,

atajar la malicia, la desgracia. Imponer autoridad, que hasta el último siervo de la gleba obedezca la ley, que nadie haga daño a nadie. Tanto trabajo.

Yo no sería capaz de vivir así.

Aún no hacía ni medio año de su partida. Pero en algún momento empezarían a inquietarse, y con el correr de los meses terminarían comprendiendo que no volvería. Y la noticia no sería del todo una sorpresa, se dijo, con un poco de resentimiento. Nunca sabrían si había muerto devorado por agudos colmillos o por el hielo de las noches de diciembre; nunca sabrían dónde estaba ni podrían darle sepultura bajo las bóvedas donde descansaban los reyes del norte, desde el propio Nydoe. Pensarían en él un tiempo, su madre lloraría por él —oh, lloraría—; él la había oído llorar detrás de una puerta cerrada, incluso la había visto una vez: vio la desesperación por él, contra él, crecer e hincharse hasta que ya no cupo dentro del rostro de ella, y cuando sus facciones se habían deformado hasta darle miedo, fue de pronto como si algo estallara al romperse y se echó a llorar, y se cubrió la cara con las manos. Lloraría por él una temporada, un mes, unos cuantos meses. Y después engendrarían otro hijo y este sería el príncipe y el heredero, un niño desconocido que acaso ocuparía su cuarto, y que vestiría sus trajes ceremoniales en las ocasiones solemnes y ocuparía los lugares otrora destinados a él, a Nosye: el alto escaño en la tarima del trono, unos pasos por debajo de su padre, y el trono mismo, cuando le llegara el momento. Y sería el hijo de los reyes, y su madre le besaría cada noche porque no estaría contaminado por la negra enfermedad del miedo y de la negación y de la debilidad, y llegaría a ser el rey de Anlur.

Quién me diera haber visto los reyes…

¿Qué tenía él que ver con todo eso? ¿Heredaba él las leyendas, la grandeza, en su sangre? Nosye sin más. Nosye el ermitaño, pensó

repentinamente, burlándose de sí mismo. No era parte de aquello, no volaría con los grandes. Y una y otra vez, especialmente al ocaso, se sentaba en la hierba frente a la extensión que era como una llanura dorada, recorrida por el viento. Las olas iban hacia la orilla. El agua se tendía hacia él, hacia él. ¿Estaba curado? Sí, estaba curado. Era feliz. La cura no había sido como la esperaban los físicos de la corte, los consejeros y los sabios que lo habían enviado a este viaje. No sería el príncipe ni el soldado que ellos querían que fuera. Nunca sería un glorioso rey de Anlur.

Una mañana salió de la balma para encontrarse con un aire tan templado, tan saturado de la promesa del verano que se acercaba y tan limpio tras la noche, como si acabara de salir de su lugar de nacimiento, que tuvo que prestarle toda su atención para absorberlo por completo y poder evocarlo siempre. Era fresco sin el desamparo del frío, tibio sin el calor de la sangre, y era una delicia estar allí, simplemente existir en mitad de aquel aire tan suave, rodeado y ungido por él. Y pensó que no había hecho nada para merecer este placer. No se había esforzado en ninguna tarea contraria a su naturaleza, no había acumulado méritos. No se había portado bien para ganárselo como recompensa. Era un regalo.

Pero sí había hecho algo bien. Había tenido el valor de hacer una sola cosa bien en su vida.

Una para siempre.

De las repentinas tormentas propias de la estación cálida, que no se daban en las tierras de Anlur, Nosye había oído hablar. Hubo varias, incluso muy violentas. En ocasiones quedaban prendidas sobre las cumbres de las altas montañas, lejos, y se podía ver la luz caer en largas franjas rectas a través de los velos de agua. Otras veces descargaban directamente sobre el lago (sólo transcurre un instante entre el relámpago y el trueno), y le asustaban, casi le

asustaban. Recordaba, con un dolor sin rencor, cómo Raik lo abrazó una vez mientras miraban la lluvia. Decía en voz alta su agradecimiento por tener un abrigo donde refugiarse (no sabía a quién se dirigía, pero sabía que le escuchaban: era el mismo, los mismos a quienes hacía ofrendas de flores) y por estar allí, por estar vivo a pesar de todo y poder ver el juego de la luz plateada tras las nubes, los círculos en el agua cada vez que una gota caía sobre el lago, y el ruido, y la fuerza, una celebración de todo lo poderoso. Después de la tormenta, la tierra desprendía un olor que Nosye aspiraba como si bebiese un vino mágico, y agitaba las ramas cargadas de destellos para que el agua cayera sobre él en pesados chorros que le hacían reír sin ninguna razón.

Debía de haber muchos lagos en aquellas montañas, muchos valles iguales que el suyo en los que el agua quedara retenida. Y entonces se le ocurrió por primera vez que quizá, después de todo, este lago no era EL lago.

A lo largo del verano se repitió la pregunta, extrañamente tranquilo, pero con una insistencia que no le dejaba tanto tiempo como antes para perderse en la contemplación de las hojas verdes. Bien podía ser que el lago que lo había purificado y junto al que vivía tan felizmente fuese uno cualquiera. Y se sentaba una tarde tras otra a la orilla y preguntaba al agua y a sí mismo: «¿Estoy curado? ¿Estoy curado?». La duda no había alterado su sosiego porque, fuera como fuera el lago y su nombre (y llegaba a pensar que, al cabo, el lago Lorentari era un lugar legendario y que las leyendas rara vez son tan verdaderas como deberían ser), lo cierto es que nunca había estado tan feliz y tan en calma, y nunca antes había visto lo fácil que era en realidad vivir, y que incluso él sería capaz de seguir adelante, sin padres, sin amigos, sin deberes terribles, suavemente, sin ningún problema. No dependía de nadie: cuidaba de sí mismo. Tan ligera

era la vida allí, tan alejada del peso que lo aplastaba en sus habitaciones de palacio.

Y eso era. Si regresara, volvería a sentirse aplastado. O no. Las palabras de su padre, las palabras de Nosye contra sí mismo, tantos nombres de debilidad y de vileza.

«¿No deberías estar haciendo algo útil? Príncipe cobarde, deshonra de la casa de Anlur». Y era verdad. Y la dulzura y la serenidad, la hierba translúcida al sol, las palabras que callaban y sólo había hermosura. Nosye el ermitaño. Eso también era verdad.

«¿Me he curado? ¿Estoy curado?».

Había simplificado su vida de tal manera que era muy hacedero llevarla porque se llevaba sola. Pero no podía decir que hubiera aprendido a cargar con ella. No realmente. Y, sin embargo, ¿podría? Tal vez podría. Porque si no, se dijo, ¿esto va a ser todo?

Sólo esto. La delicia del aire, dormir bajo los árboles. Y en invierno se retiraría a la balma, la tapizaría con juncos secos. No volver nunca. Sólo eso, un año y otro. Nunca más lecciones de esgrima. Nunca, en ningún momento del futuro, las vidas de los súbditos bajo él y sobre él: sólo su propia felicidad. Nunca más su madre, con la piel tersa sobre los pómulos cuando reía a carcajadas. Cuando la vio reír así, en uno de los delusorios paréntesis de su enfermedad, había sabido ya entonces qué precioso era ese instante y qué raro, y cuánto iba a doler cuando quedara lejos. Tan tan lejos. La alegría de estar juntos, cuando él estaba tranquilo, cantaba por los corredores de palacio, y sus padres no le odiaban. Tan agudo el contraste con los otros momentos, tan hiriente la nostalgia. Nunca más tendría que golpearse la cabeza contra la pared en las madrugadas de insomnio, ni llorar mordiendo la almohada para que no le oyeran. Nunca más tendría que pensar: «Esto es insoportable y no hay salida».

Porque ahora había salida. Era la única diferencia.

Nosye se sentó a la orilla del lago, que no sabía si era el lago Lorentari pero le daba igual, y acarició el agua fría con la yema de los dedos. Antes se había coronado de flores, las últimas flores de la estación, y de hojas y bayas, que abundaban ahora, y había depositado sus ofrendas en el abrigo de roca y en el soto donde había dormido entre los helechos. Había dado las gracias por su curación y por la vida que había conocido allí, tan simple y mansa.

Hacía mucho que sólo le quedaban las estaciones para calcular el tiempo. Junto al lago eran suaves, el cambio de temperatura apenas perceptible. Pero veía las hojas amarillas, el viento que las derramaba a sus pies. Otoño. Un año. Puso rumbo al este, Hyalorim a su zaga.

La prueba de los reyes

Otra vez, por tercera desde que saliera del poblado de su clan, Raik cabalgaba a todo galope con los ojos llenos de lágrimas. Tenía el tiempo justo para llegar antes de la siguiente luna llena. «Llegar… ¿para qué? —se decía—. ¿Para qué, y a dónde? A un lugar que ya no ha de ser el mío, para hacerles saber de mi deshonor; para enterar de mi fracaso a los mismos que un día pensé superar, y despedirme de las tumbas de mi padre y de mi madre antes de alejarme para siempre… ¿Para esto?». Sin embargo, sabía que así había de ser, y que el deshonor sería aún mayor si no cumplía este último plazo y compromiso con los suyos. Su fracaso no podía empeorar, pero su peso se doblaría si no lo confesaba delante del druida y de todos, mostrándose valeroso una vez más, una última vez antes de desprenderse de cuanto significaba el nombre de los cazadores.

Cabalgaba, pues, a todo galope y con los ojos llenos de lágrimas, y maldecía el tiempo de la noche, cuando el agotamiento del caballo y su propia fatiga lo obligaban a perder algunas horas interminables. (A veces, sentado en la negra tierra, apoyaba la frente contra el lomo del animal, aspirando el fuerte olor que le era tan familiar y al que, como todos los jinetes cazadores, se había acostumbrado desde antes de tener conciencia del mundo, y pensaba que este había sido el más fiel, el único fiel de los compañeros que había tenido en este año de su iniciación. Los demás habían aparecido

para desaparecer, y no los reencontraría). Seguía el mismo camino que recorriera a la ida, deseoso de ver de nuevo —no sabría decir por qué— los lugares por los que había pasado hacía tantos meses, tal vez con Nosye, cuando aún esperaba oír al druida augurarle un futuro de gloria. El sueño que había sido su aliento resultaba falaz… Él creía que los sueños no mienten. Lo creía hacía mucho tiempo.

Reconocía, recordaba los paisajes, los ambientes de entonces, si no los parajes exactos. Hacía casi un año de aquello; el sol era igual de débil, y los olores eran los mismos. Encontró deshojados los bosques del sur cuando penetró en ellos, despidiéndose definitivamente de las praderas donde todo era horizonte, del gran cielo gris bajo el cual había encontrado su vida y luego la había perdido. Más al norte se internó en las selvas perennes, parte ya de las tierras occidentales de su pueblo. El viento del invierno le castigaba el rostro; venían en él sonidos que no podía identificar, mensajes o imprecaciones de las secretas criaturas de lo salvaje. Pensaba en los osos, en los lobos, sin temerlos. En ocasiones oía lejanamente voces que le parecían humanas. No les prestaba atención; no se hubiera detenido aunque se hubiera encontrado, como no era imposible, ante un poblado de su propia gente. Era a los suyos a los que quería ver, a su tribu, a su druida; verlos y manifestarles la ruina de su fallida prueba cuanto antes. Por eso no se detuvo un crepúsculo en que pasó muy cerca de una hoguera, ni se molestó en mirar quiénes se guarecían en torno a ese fuego, indicio y promesa de la presencia humana. Caía la noche rápidamente y él quería avanzar aún lo que pudiese, siquiera mil pasos más antes de rendirse por hoy y encender su propio fuego para pasar la noche. No volvió la cabeza, no aminoró el paso, tal vez picó espuelas y no quiso romper la soledad que lo acompañaba en aquel espantoso viaje, pasó de largo y se hallaba ya lejos cuando

oyó su propio nombre como una palabra desconocida.

—¡Raik!

Se detuvo, se volvió; no, no se detuvo, viró en plena carrera, tirando violentamente del bocado; el animal se encabritó, él fue arrojado al suelo y entre los relinchos del caballo oyó la palabra nueva, tan sorprendente como si nunca hubiera sido empleada, la primera vez que alguien le hablaba desde Théadir…

—¡Raik, Raik, Raik!

Nosye corría y él corría y quiso preguntar inútilmente si era él, si era real o si por el contrario venía de las canciones o las memorias tristes de pasados alegres, si lo había perdonado o lo perdonaba ahora y si para él había habido salvación, pero cuando se abrazaron, todo lo que se oyó decir fue:

—¡Nosye! ¡Vives! ¡Nosye, vives! ¡Oh, te tuve por uno más en la carga de mis cuentas!

Lo apartó de sí, lo miró a los ojos azules, que irradiaban luz, y todo él aparecía radiante, y era el príncipe Nosye, más feliz que nunca lo viera; y Raik lo volvió a abrazar, también él feliz como no pensaba jamás volver a estarlo.

—¡He aquí que me aguardaba una alegría cuando yo no aguardaba ninguna alegría! Oh, Nosye, ¡te encuentro vivo donde te abandoné! Dime que no vas a odiarme ya más desde ahora. ¡Nosye! ¿Llegaste al lago?

—¡Sí!

—¿Encontraste el camino? ¿Te curaste? ¿Estás curado?

La alegría del querido, odiado, perdido, frágil norteño se remansó:

—Sí…

—¿Me has perdonado?

—¡No hay nada que perdonar! Bendito seas, Raik, ¡yo tampoco pensé volver a verte! ¡Qué contento estoy de haberte encontrado!

Nosye de Anlur, de la casa de Nydoe, era todo luz.

Aquella noche hablaron junto a la hoguera largamente, y Nosye habló de sus pruebas, de la tentación de la soledad y de cómo había decidido regresar y trabajar y vivir la que era su vida a pesar de todo, y cómo así había triunfado sobre sí mismo, a la vez vencido y vencedor, y se había salvado. Raik le escuchó con amarga alegría, y después le contó de Théadir y de su altiva belleza, y de los hombres que vestían cotas de malla y obedecían sin sumisión, y de las filas de estandartes, los guardias, los caballos, los yelmos, de la flecha que se clava en el centro del blanco y un símbolo extraño sobre el pecho; y del prisionero de ropas bordadas, y de los dioses oscuros. Y concluyó:

—Théadir fue mi pecado y mi pasión. Aún lo amo. He preferido llegar a odiar cualquier cosa, a mí mismo, a mi raza, ¡mi raza, Nosye!, todo lo que me enseñaron siempre, antes que odiarlo a él. Y ahora nunca volveré a verlo. No espero recompensas por mi virtud, y sé que en cualquier caso ninguna recompensa alcanzaría a consolarme de haberlo perdido… Y además dudo que pueda reconocer como virtud (ante mí mismo tan solo, ya que a nadie más le importa) un sacrificio contra el que no dejo de rebelarme. Y sin embargo lo hice. Está hecho. ¿No es cierto?

—Está hecho —asintió Nosye, tranquilizador.

—¿Entonces…? —No sabía qué preguntar: no podía ver claramente. Quería quejarse de la injusticia de todo ello, decir en voz alta que aún estaba sangrando por dentro a pesar de haber hecho —precisamente por haber hecho— lo que todas las fibras de su alma le decían que tenía que hacer. Quería preguntar por qué, o sólo quería gritar, o destruir algo, dejar libre su rabia. Y quería llorar, pero

eso no era una novedad. Había llorado cada uno de los días de este viaje de regreso.

Nosye aguardó, mirándolo con sus claros ojos atentos; grave, dulce. Siempre lo había sido, pero ahora Raik sintió el peso de su mirada sobre él y percibió la diferencia entre ellos dos, tan definitiva y tan inesperada, tan contraria a lo que habría sido previsible cuando viajaban juntos: él, Raik, había fracasado, era él quien estaba temblando, ahora mismo, por el deseo de llorar, mientras Nosye lo escuchaba con la serenidad de quienes se han redimido.

—¿Qué voy a hacer ahora? —empezó de nuevo, sin darse cuenta apenas de que volvía a hablar—. No tengo ningún sitio adonde ir. Nada que hacer… —Se detuvo antes de que su voz dejara de ser suya. También él sabía, como Nosye, lo ajenos que suenan los propios sollozos.

—Eso significa que puedes ir adonde sea —susurró Nosye—, y hacer lo que sea. Y puedes…

—Haces que suene como una promesa —le interrumpió Raik, aunque había alzado la cabeza para mirarle con una luz de verdadera gratitud. Este era su amigo, un niño gentil: sus ojos eran claros y en ellos no había nada que temer, y era capaz de inventar consuelos cuando el consuelo no era posible, y de hablar en voz baja para no perturbar a los heridos. Estaba bien hallarse ahora a su lado, y pronto se separarían y no volverían a verse jamás, y a pesar de todo habría estado bien tenerle por amigo, y lo que amaba en él era ya suyo para siempre.

—Pero no es una promesa —continuó—. Es una condena. Yo quería… Yo quería cosas grandes. Hacer cosas grandes… Théadir me dijo una vez que yo no me conformaba con menos que lo más grande. Eso era lo que yo quería. Hacer cosas grandes y difíciles, ser el mejor entre los buenos, el mejor de los míos. Ya no tengo a nadie

a quien pueda llamar los míos… Claro que puedo vivir donde sea. Te he escuchado. Quizá también podría encontrar el lago y vivir allí, o ir al sur, donde no hace frío y la vida es fácil, o a cualquier otro sitio. Sé cazar, puedo mantenerme solo. No se trata de eso. Se trata de que viviría como un animal, sin ninguna razón para vivir más que simplemente seguir viviendo… Sí, ya sé. —Porque Nosye había hecho un gesto como para tomar la palabra—. Tú has sido feliz de esa manera. Pero al final no ha sido suficiente, ¿no es cierto? Al final has elegido volver. Tú eres el príncipe de Anlur, y un día serás rey. Yo también iba a ser rey… Yo quería hacer cosas grandes —repitió, como si una súbita fatiga le impidiera seguir encadenando las palabras de su desesperación.

—Raik —dijo Nosye, suavemente—. Lo que iba a decir antes es que puedes venir conmigo. Yo sé lo que eres, y sé que serás mejor de lo que yo llegaré a ser nunca. Voy a volver a mi casa y no voy a dudar más, pero estoy muy asustado. No lo hago porque quiera… Bueno, sí: pero si quiero hacerlo es sólo porque tengo que hacerlo. No soy fuerte, y no soy valiente, y lo único que es diferente en mí es que ahora sé que sí voy a ser lo que esperan de mí, y que no desesperaré, porque si verdaderamente no puedo serlo, habrá una salida. Pero no seré un desertor antes de haber empezado. Antes esperaba algo, no sé qué, una especie de milagro que a lo mejor podría venir y cambiar mi futuro. Pero no. Y sí, soy el príncipe, el último de la sangre de Nydoe el Grande, y voy a ser el rey de Anlur, pero no soy mejor de lo que era antes. Raik, tú serás mejor que yo siempre, aunque no tengas títulos. Yo no soy digno de gran estima, pero reconozco lo que es estimable cuando lo veo, y lo vi cuando me encontré contigo. Besé tu mano, ¿recuerdas? Y ahora no tienes ninguna obligación, nada que te llame a ningún sitio. Puedes venir conmigo. Sé que mis padres te acogerán porque verán lo que eres

tan claramente como yo lo vi. Podemos darte un lugar donde vivir, y aprenderás deprisa, y serás un caballero de la corte de Anlur. Y si quieres, seguiremos siendo amigos, y yo podré seguir apoyándome en ti. Porque eres todo lo fuerte que yo no seré nunca. —Raik no le había apartado los ojos en todo el tiempo. Nosye se detuvo y esperó una respuesta, pero él no podía decir nada. Al cabo, volvió a hablar el príncipe, en otro tono, con una insinuación de risa y de desmayo —: ¿Ves? Estoy haciendo lo que hice al principio: pedirte que vengas conmigo para ayudarme. Soy igual que entonces. Todo es igual… Casi todo. No creas que me he salvado y que tú has caído, Raik, porque no es así.

—Comprendo lo que quieres decir. —Casi sonrió Raik, maravillándose de cómo ambos parecían haber tenido el mismo pensamiento—. Pero sí, eso es lo que creo. Te has salvado, y estás viajando a tu reino en contra de tu miedo, y no hay mayor valor que ese. Y sí, yo he caído. Claro que sí.

En el silencio que dejó que se extendiera sabía que otra vez los dos estaban pensando en lo mismo. En la pregunta que quedaba por responder.

—Creo que sí —dijo al fin—. Creo que iré contigo.

Nosye le miró y sonrió. Su sonrisa era muy lenta, como si tuviera miedo de alegrarse demasiado pronto de algo de lo que aún no se había asegurado. Se extendió a sus ojos y a su frente y Raik pensó: «Por supuesto que ha cambiado. Es como ver sonreír a los grandes sabios».

—Pero antes tengo que ver a los míos —dijo—. Tengo que decirles… todo.

Nosye asintió. Después:

—Yo no podría. No sabría despedirme de todos, y de mi casa y de todo lo que conozco para siempre, sabiendo que no voy a volver

nunca. *Nunca.* No sería capaz.

—No sé cómo voy a hacerlo —replicó Raik—. Pero seré capaz porque esto no es algo que yo pueda elegir ser o no, hacer o no hacer. Va a ocurrir porque es lo único que puede ocurrir. Aunque aún no pueda creerlo —añadió.

Nosye volvió a hacer un gesto de asentimiento. En verdad era como hablarle a un gran sabio, al druida, cuando tenía esos gestos o cuando miraba de esa manera. La nueva serenidad que había ganado se vertía a través de él.

—Tu camino sigue hacia el norte —dijo.

—Sí. Por unos días aún llevaremos la misma ruta.

—No digo eso —insistió, gravemente—. Sino que puedo acompañarte a ver a los tuyos. Si quieres.

Había demasiadas cosas, le parecía a Raik… Demasiadas cosas que no eran como él había pensado que serían.

—Siempre imaginé que lo haría solo —respondió—. Hasta donde yo recuerdo, todos los jóvenes… al viaje de la iniciación partimos solos, y todos los jóvenes que yo he visto volver lo hicieron solos.

Y hubo otro silencio, cálido como los anteriores, a pesar de la amargura; como los anteriores, lo llenaba el crepitar del fuego y el reconocimiento de su hermandad, la de dos personas que habían fallado, y que habían aceptado su deber, y que estaban desconcertadas y que, en medio de todo eso, eran amigos y no enemigos. Ser amigos significaba no volver a hacerse daño el uno al otro.

—Sí. Ven conmigo —dijo Raik, y casi no se oyó a sí mismo.

—¿Quieres? —preguntó Nosye, igualmente sin voz, y era difícil saber si sus susurros eran inaudibles por miedo a la exaltación, o a los sollozos, o porque sentían que todo estaba hecho y sellado ya, su alianza, todo lo que había cambiado en esta extraña noche.

—Sí.
—Muy bien.
Raik nunca se había permitido suspirar. Cuando lo hacía, se lo reprochaba. Cuando Nosye suspiraba, se lo reprochaba su padre el rey. La desaprobación de Raik, aunque se dirigiese contra sí mismo, era aún más temible que la del rey Noar de Anlur, y Raik había dejado de suspirar a temprana edad. Suspiró ahora, tendiéndose para dormir en la manta de piel de oso que después de tantas cosas había vuelto a sus manos.
—Todo estará bien al final, Raik —oyó decir a Nosye. Ya no podía verle porque se había echado de espaldas a la hoguera, enfrentando la ciega extensión del bosque en torno a ellos.
—No, no lo estará —dijo—. Pero te lo agradezco.

Cada crepúsculo encendían fuego contra el amargo frío de noviembre y compartían la comida. No mucho después de su reencuentro, al final de una tarde despejada que cortaba un viento seco y helado, vieron un tiarin. Estaba frente a ellos en una rama desnuda, en apariencia indiferente al frío. Raik no esperaba llegar a ver uno vivo; Nosye, que había leído las descripciones de los bestiarios, ni siquiera había creído nunca en su existencia. Escuchó a su amigo contarle, en un susurro, aquella iniciación del año anterior al suyo que había consistido en cazar uno de ellos, y lo orgulloso que estaba el chico cuando mostró al druida las largas plumas de la cola, de brillo metálico, y que a Raik le parecieron lo más hermoso que había visto hasta entonces.
Nosye miró a Raik, miró al pájaro en la rama que oscilaba al viento. Un tiarin, y en verdad que era magnífico; se lo contaría a los físicos de la corte, pero los más escépticos no le creerían. Volvió a

mirar a Raik.

—¿Quieres dispararle? —murmuró.

Raik no se movió. Ver el pájaro legendario de los bosques del sur, vivo y hermoso, y matarlo, ¿qué cambiaría? Se presentaría ante los suyos con una muestra de buena suerte, nada más, y seguiría sangrando por Théadir y por lo ciego que había estado al elegir su camino. Y con un gesto detuvo la mano de Nosye, que ya se cerraba sin ruido en torno al arco, y Nosye también pareció contento de no haber perturbado aquella visión de belleza.

Hasta que cerraba la noche se quedaban sentados cerca del fuego. No necesitaban hablar, amigos y hermanos como eran ahora, y se encontraban cómodos juntos, pero Raik se sorprendía de lo asustado que estaba y lo hundido, de necesitar tanto consuelo. Quizá antes no se había dado cuenta de cuánto lo necesitaba por la simple razón de que nadie estaba con él para proporcionárselo. Nosye le acariciaba el cabello, velándole un rato después de que él se hubiera echado a dormir, a veces en su regazo, y Raik tenía la impresión de que aquello era inadecuado pero infinitamente reconfortante, recibir la protección de alguien a quien debería estar protegiendo él, que solía ser el más fuerte. Pero ya no lo era; y representaba tal alivio poder cesar de luchar y dejar que lo cuidaran. Le asombraba que Nosye no le guardara ningún rencor por haberlo abandonado así, en los bosques desconocidos, sin una palabra. No habían vuelto a mencionarlo, ni siquiera ahora que viajaban por las mismas sendas semiocultas que hacía un año los habían llevado a los dos a sus pruebas, cuando aún no sabían qué sorprendentes iban a ser estas, y qué distintas a lo que anticipaban. Raik veía en aquella traición una muestra de lo equivocado que había estado siempre, de cómo su orgullo y su deseo de cumbres demasiado altas lo habían confundido hasta su caída. E intentó hablar de ello, pero Nosye lo

tranquilizó y no le dejó pedir disculpas, porque no consideraba que tuviera que disculparse. Los dos habían aprendido y sus lecciones eran dolorosas, y la manera de aprenderlas era estando solos.

Envidiaba la serenidad de Nosye, pero algunas noches el príncipe habló también de lo que le preocupaba, y de cómo estaba de aterrorizado ante la idea de volver al lugar donde había sido tan infeliz que ahora apenas podía creerlo él mismo; donde había sentido que todo el mundo le despreciaba, y sus padres en primer lugar; donde se había dicho demasiado a menudo que no podía seguir. Y tenía miedo de que la resolución que había encontrado frente al lago, y que lo había curado de la negación, se tambalease y cayese ante la vida de palacio y él tuviera que volver a huir para siempre. En tales noches los dos muchachos se dejaban llevar por lo mucho que podían compartir, dudas y confusión y las pocas cosas que sabían con claridad, y conversaban hasta la madrugada; y entonces, cuando ya el fuego pedía otra brazada de leña para avivar las brasas, la fatiga les hacía olvidarse de las reservas del pensamiento e incluso de la cortesía, y hablaban libremente, hasta que al final la introspección era como un abismo, y sólo se escuchaban el uno al otro para ayudarse a mirar mejor cada uno dentro de sí.

—¿Por qué vuelves, entonces? Ya sabes cuánto admiro tu valor. Pero realmente no tendrías por qué volver, ¿no es cierto? Si no quisieras…

—¿Por qué vuelves tú? Tú también podrías ir a buscar otra vida y dejar que nunca supieran…

—Que nunca supieran qué había sido de mí. Que nunca supieran de mi fracaso.

—En realidad vuelvo porque… ¿Tú has visto llorar a un adulto, Raik? Yo he visto llorar a mi madre.

—Vuelves para no decepcionarla. Yo enterré a mi madre en el bosque junto al cercado. Yo también vuelvo para no decepcionar a los míos.

—No es eso exactamente. No vuelvo porque quiera estar a la altura de lo que esperan de mí. Haré todo lo posible por estarlo, pero no es eso… No quiero volver a ver llorar a mi madre.

—Si yo me hubiera quedado con Théadir… No sé si alguien habría llorado por eso. Pero yo habría llorado. Después, mucho después.

—Es simplemente lo que duele pensar que mientras tú lloras y te pudres en tu cuarto, tu madre va a estar llorando también… Los adultos no lloran, si lloran es que no pueden soportarlo.

—Soy yo el que no me hubiera perdonado.

—Vuelvo por ellos. Por ellos no volveré a pensar en matarme.

—No puedes trabajar en el estiércol sin mancharte… No hubiera podido pagar ese precio por su grandeza.

Así avanzaban hacia el norte, corrigiendo después el rumbo hacia el este, para salir de los bosques de coníferas y adentrarse en los brezales de la meseta, y veían crecer la luna cada día, la que sería la luna llena de diciembre. Y el frío aumentaba a la par, y Raik se tendía bajo la manta de piel, abrazándose las rodillas contra el pecho, y temblaba hasta que se dormía, así que Nosye no sabía si atribuir su temblor a la helada de la medianoche o a otra cosa que trepaba más profundamente en su ánimo, más perniciosa que el frío. Esa otra cosa que los atormentaba a ambos: el miedo a lo que iban a encontrar, uno y otro, al final de su viaje. Sólo que Raik estaba ya al final, y se negaba a pedir albergue en las aldeas con las que tropezaban cada vez más a menudo, ahora que habían llegado a las estepas de los jinetes. Nosye se sentía curioso por ver la forma de vida de aquella raza, después de haber oído tantas cosas y de haber conocido en Raik la entereza de su espíritu. Pero Raik evitaba a

estos otros clanes y lo guio directamente al poblado donde había nacido, no queriendo enfrentarse a su fracaso más que una sola vez, y sabiendo perfectamente que el ritual de expulsión iba a hacerle una herida que no se cerraría. Apartaba la comida sin tocarla, y había dejado de hablar, pero el último día —a la noche siguiente habían de llegar a su aldea—, dijo:

—Gracias por todo, Nosye.

El príncipe sonrió, con un gran esfuerzo, porque le asustaba ver así a su amigo, que en otro tiempo había sido tan resuelto, tan duro.

—Ya sabes decirlo —dijo.

—¿El qué? —preguntó Raik, sin comprender.

—Mi nombre. Ya lo pronuncias bien. —Y Raik sonrió a su vez, lo que para Nosye fue como agua en el desierto.

—No me había dado cuenta —dijo.

—Gracias a ti, Raik —dijo Nosye.

Final

El druida los miraba en silencio, hebras blancas en su negro cabello, que llevaba ceñido por una cinta en la frente, igual que Raik. Su gesto era severo, pero las arrugas junto a los ojos, profundamente cinceladas, indicaban que a lo largo de su vida también había sabido reír, y mostraba en los fuertes brazos cicatrices de la caza y de la lucha. Este era un sabio mucho más digno de veneración que los médicos y los escribas de la corte de Anlur, pensó Nosye, que no se atrevía a moverse, intimidado. Raik temblaba como una hoja, pero valientemente sostenía la mirada del druida. Los rodeaba la tribu entera, hombres y mujeres y los jóvenes de su edad, que habían vuelto de su iniciación antes que él y ahora eran también adultos, y los niños pequeños. Miraban al extranjero, sus extrañas ropas y su cabello pajizo, con curiosidad disimulada por la austeridad de sus rostros; pero esperaban a que hablara el druida.

Y el druida, el mejor de entre ellos, habló por todos, y su voz era como metal de campanas en el silencio; y dijo:

—Joven, has superado las pruebas que tenías que superar, y la fuerza que puede regir el mundo está en tus ojos, y te acompañará hasta el fin de tu vida. Crece entre los tuyos en poder y en nobleza, y yo auguro que un día serás un gran rey.

Y Nosye le devolvió la mirada, y en el fondo de los ojos no vio ninguna justicia vengadora, sino sólo benevolencia. Y sonrió, parpadeando para apartar las lágrimas, y pensó que nunca, nunca

en mil vidas iba a poder dar las gracias por esto. Pero el druida se inclinó ante él en saludo y reverencia, y él se inclinó también, y asintió, y supo que este sabio aceptaba su veneración y su gratitud y le decía: «A ti». Y todo estuvo bien.

—Y tú, joven Raik —continuó el druida, de nuevo erguido contra el creciente de la luna de diciembre—, has tenido en tus manos lo que más deseabas y era más grande que tú, y has renunciado a ello. En mucho tiempo no volverá a verse una prueba de valor tan alta. Ocupa tu sitio en el círculo de adultos porque lo esperamos todo de ti.

Raik lo miró como si no pudiera creer que estuviera allí. El druida tendió el brazo y le tomó la mano.

—Bienvenido de vuelta, Raik —añadió, muy bajo, como un secreto.

Cabalgaron juntos, el caballo castaño y el que tenía el color y el nombre del invierno, hasta el lugar donde Raik había despertado al comienzo de su gran viaje, en el cauce seco donde se encontraran. Allí se abrazaron, príncipes hermanos, y se despidieron, apoyando la frente en la frente del otro, y Nosye partió solo hacia el norte.

Y allí fue donde Raik, druida y rey-druida de los jinetes cazadores, heredero y restaurador de la gloria de Ikol, y Nosye el Magnánimo, de la Casa de Nydoe, rey de Anlur en las tierras del manantial del río Lorsi, siguieron encontrándose bajo el plenilunio de diciembre, para sellar la lealtad que unía a sus pueblos, célebres por su nobleza y por su alianza, y para renovar la amistad entre ellos, sus reyes.

Así sucedió durante muchos años.

A modo de epílogo
Los príncipes tristes

La edición que he manejado de este texto que acabas de terminar, dichosa lectora, dichoso lector, fue un regalo de la autora. Es un cuaderno de papel blanco convencional, cosido a mano, con cubierta —no ha de confundirse cubierta con portada— de papel verjurado, con hojas de guarda y con un refuerzo ancho, a modo de lomo, en forro de papel de dos colores; en el ángulo inferior derecho aparece un corazón del mismo forro de papel. En la portada —ahora sí— aparecen los siguientes datos: *LA PRUEBA DE LOS REYES o LOS PRÍNCIPES TRISTES, que de ambas maneras se ha llamado a lo largo de los años. Una novela, por tu X*, donde X es el apelativo que usábamos la autora y yo para referirnos la una al otro y viceversa, con la correspondiente mención de género.

La voluntad de la autora quiso que el texto fuera *una novela*. Es, en efecto, una gran novela, pero podría haber sido un gran poema épico lleno de héroes —Gilgamesh y Enkidu o Niso y Euríalo— y de lugares míticos y originales a un tiempo —Terramar o Arda— y hoy, tras muchos avatares y más años, es la novela que la autora soñó gracias al cariño de la Editorial Siruela.

Carmen Jodra Davó fue una apasionada lectora y una sagaz observadora de su tiempo. Su desbordante erudición y su infinita capacidad creadora fueron de la amplitud de la filología a la certidumbre de la biblioteca, del desbordamiento lírico al manso cauce del diario, de la luz a la sombra*. Así habló, y así Raik empezó*

a saber algo de la enfermedad que aquejaba al príncipe: la melancolía. La melancolía nunca pudo con nuestra autora, aunque fue la suya una pertinaz, y en sus años en la Residencia de Estudiantes vertió esa *bilis negra* en un cedazo, y así consiguió ese lirismo atrabiliario de quien está muchos escalones por encima y ve con claridad el horizonte.

La biblioteca nos salva. La biblioteca salvó a Carmen. No fue el refugio idílico de quien se esconde entre libros, de quien huye, sino que fue su trabajo. La dinamización, el fomento de la lectura, la ayuda a los jóvenes usuarios —usuarios, decía mucho ella, pues las bibliotecas se usan— con las tareas del colegio. Carmen Jodra Davó fue poeta y escritora en un sentido amplio, y nunca dejó de serlo. Evitó los cenáculos y la gente pensó que no escribía. ¡Y vaya si escribía! Y revisaba. Y reposaba. Y esta novela, claro, es fruto de esa revisión exhaustiva desde los años de la Residencia de Estudiantes hasta los años en la biblioteca Luis Rosales de Carabanchel, Madrid. En esa biblioteca veía ella su novela.

En los últimos meses de su vida, Carmen cambió el retiro buscado e idílico de la biblioteca por uno que impone la mecánica celular. Y siguió escribiendo, siguió revisando y siguió amando a su familia y a sus amigos. Este iba a ser, junto con el poemario *El libro doce*, el regreso editorial de Carmen Jodra Davó, pero la vida es caprichosa y no ha querido que viera la publicación de aquel ni la de este. Pienso en el nombre de muchos de los usuarios, nombres de entonces niños, ahora adolescentes o casi adultos, pero los guardo con celo. Como el niño que, como la niña cuya, como los gemelos quienes. A todos ellos Carmen les habría regalado la historia de estos príncipes tristes porque en la tristeza también hay un atisbo de esperanza y de porvenir. *La melancolía no es sino fervor recaído*.

En una tarde de hospital, se me encomendó la tarea de ser

depositario de la obra de mi mejor amiga, de mi X: *Y ahora que van a pasar tantas cosas, ahora que esto no tendría que pasar, parece que ha llegado el momento*. Y citó a Gide en francés, lengua que aprendió leyendo libros de la biblioteca que tanto amó: *Nunca sabrás los esfuerzos que hemos tenido que hacer para interesarnos por la vida; pero ahora que nos interesa, será como con todas las cosas: apasionadamente*. Y apasionadamente he vuelto a estremecerme *ante tanta belleza*.

DIEGO ROMÁN MARTÍNEZ
Albacea de la autora